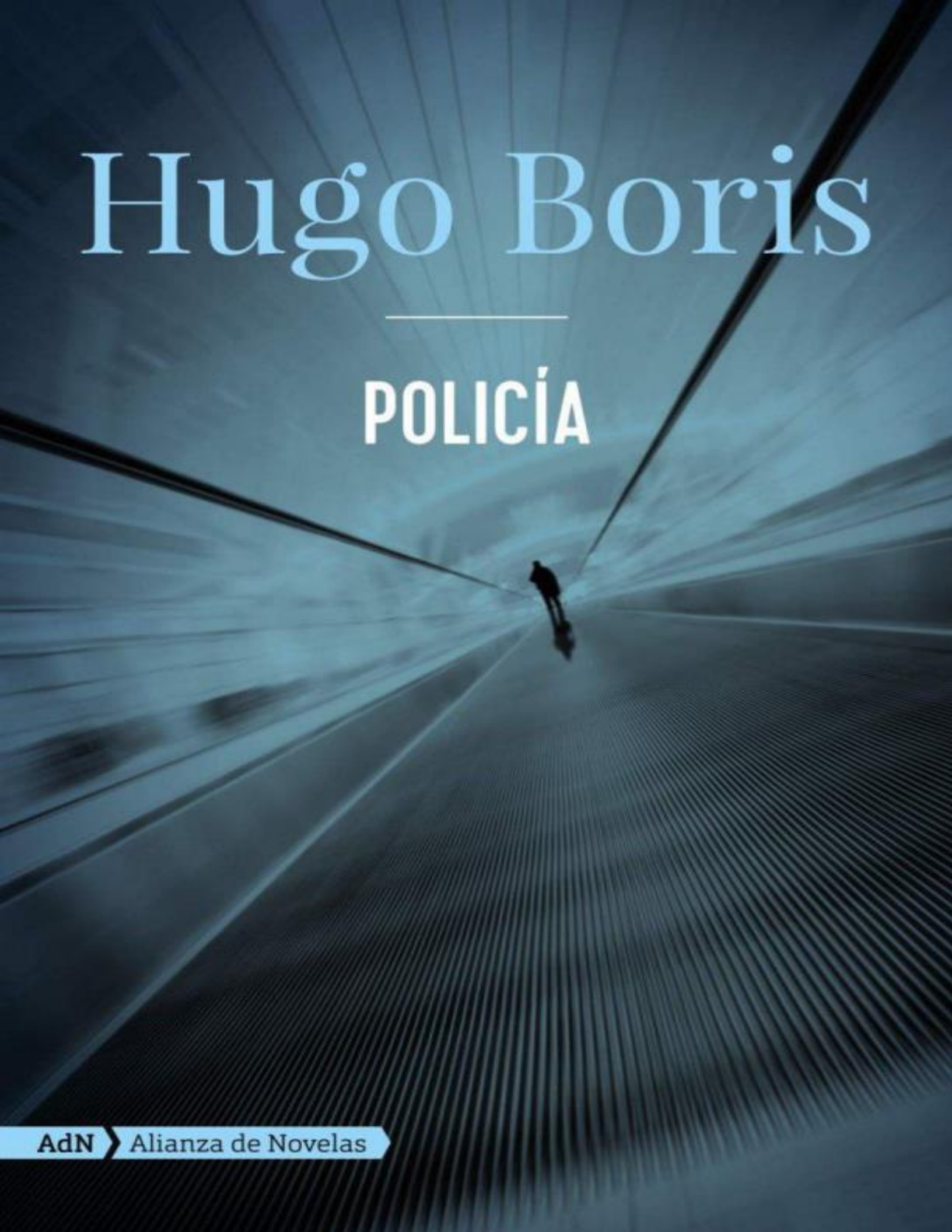




Hugo Boris

POLICÍA

Hugo
Boris

POLICÍA

AdN Alianza de Novelas

Hugo Boris

POLICÍA

Traducido del francés por Regina López Muñoz

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

29

30

31

32

Agradecimientos

Créditos

Para Gabriel

La sangre del uniforme no es suya. Ha intervenido en una pelea horas antes, será ahí cuando se ha ensuciado. Está sola en el vestuario, de pie al lado del lavabo, piernas desnudas sobre las baldosas, revolviendo entre la pila de pantalones de la taquilla. Primero se pone uno que le cubre hasta la mitad del vientre. Sabe que el peso del cinturón, el arma, el cargador, las esposas y la porra lo bajará hasta las caderas. La entrepierna le llegará a mitad del muslo, tan abajo que parecerá que lleva uno de esos pantalones cagados, de modo que lo deja caer a sus pies, echa mano de otro del montón. El tiro del segundo es más alto, pero las perneras son demasiado largas, le hacen bolsas en las rodillas. Coge un tercero que le aprieta la cintura. Sentada le costará respirar, así que se prueba un modelo de hombre, de invierno, aunque ella sea una mujer en verano, y experimenta entonces un sentimiento cercano al miedo, una aceleración en la sangre, un temblor que parece augurar la presencia de un peligro a pesar de que está sola delante de una hilera de armarios metálicos. Podría probarse en vano todos los pantalones de la policía nacional; encargar todas las tallas, todos los tejidos, todos los patrones, franceses o italianos; invertir en ello sus ochocientos puntos anuales, que nunca le sentará bien ninguno.

El chaleco antibalas se mantiene de pie en el suelo, crea la ilusión de que Virginie se ha arrancado la caja torácica y la ha dejado ahí un momentito. Se ha encorvado bajo su peso a lo largo de la jornada. Alza la cabeza, su cara es la misma en el espejo del lavabo. No traiciona su pensamiento, el de que es una mujer que mañana abortará. La persistencia de sus facciones no deja de asombrarla. No consigue conciliar lo que está viviendo desde hace varias semanas con la imagen inalterada que le devuelve el azogue, esa boca, esa nariz, esos ojos conocidos. En lugar de una figura abatida, de tejidos arrugados, siguen ahí esa carita aguda y esos ojos grises, ese ligero estrabismo acentuado por el cansancio, que le vale no ser guapa sino interesante, ese aire indócil que al fin y al cabo es lo que constituye su encanto.

Una compañera entreabre la puerta, asoma la cabeza.

—Virginie, a estos les parece bien.

Su equipo ha aceptado para esa noche una misión fuera de la circunscripción que se prolongará más allá del final de su turno. Ella ha sido la primera en dar el sí, sin saber de qué se trata. Fichó a primera hora de la tarde. Virginie doblaría sin descansar si se lo permitieran.

—Tenéis que ir al centro de internamiento de extranjeros de Vincennes, el de la avenida de Joinville. Asistencia en una misión de escolta.

—Pero aquello está que arde, ¿no?

La muchacha se encoge de hombros, como diciendo: «¿Y yo qué sé?».

La puerta vuelve a cerrarse. Virginie se reencuentra con su rostro en el espejo. Desde que entró en el cuerpo, ha visto a un padre olvidar a un hijo en el interior de una nevera, donde lo encerró para castigarlo; a un detenido en los sótanos del palacio de justicia escupirle a la cara para intentar contagiarle la hepatitis; a prostitutas versallesas con diademas de terciopelo; a una ancianita de ochenta años con la cara partida por veinte euros; a ahorcados vaciándose nada más tocarlos; a parados de larga duración perdiendo un dinero que no tenían en cupones de rasca y

gana; un gato que se comió las partes blandas de la cara de su amo, fallecido una semana antes; las calles de París desfilar a más de ciento diez kilómetros por hora; las manchas de la sangre de un colega en el ordenador después de que se pegara un tiro en un ojo; a un niño sobrevivir a una caída desde un cuarto piso. Ha visto flotar todo eso entre las mil tareas ingratas que conforman su día a día, ha ido a perder su paz espiritual en los lugares equivocados, obligada a vivir por encima del extrañamiento, a conocer todo lo peor de la existencia, a cambio de un sueldo apenas decente, y todavía se pregunta cómo es posible que no tenga los ojos sucios, asombrada de que no hayan almacenado, en su profundidad, el pálido reflejo de la miseria.

Envía un mensaje a Thomas, le avisa de que volverá tarde, recuerda que hay que darle a Maxence las gotas de vitamina D y embadurnarle el culete con crema de pañal.

Se había prometido que su vida no cambiaría radicalmente, que reservaría tiempo para ella, que no se dejaría desbordar. Su madre, sus tías, sus amigas, tal vez, porque les había faltado vigilancia. Pero ella tampoco ha podido evitarlo, su vida se ha dado la vuelta como un calcetín. La impostura universal la atrapó como a las demás, el agotamiento, las lágrimas a cualquier hora del día y de la noche, la desaparición del deseo y el corrillo de herpes labiales. Thomas ya no la toca. Todavía se besan un poco, pero sin recrearse, de pasada. Se acarician la mejilla, el pelo, la nuca, pero hacer el amor, no. Se han desacostumbrado del otro, como si ya no supieran llevar a cabo los gestos. Virginie ha probado con besos menos equívocos, llamadas, roces de brazo y de torso. No obtuvieron respuesta, la dejaron tan avergonzada como si hubiera extendido la mano para pedir limosna.

Se rehace rápidamente el moño, lo atraviesa con cinco o seis horquillas, desvía la atención hacia los gestos cotidianos del trabajo, se calza las botas militares, desliza el cinto bajo las trabillas. Toca el arma en la que ha introducido un cartucho al empezar el turno. Se pone el chaleco antibalas por el cuello, fija los cierres de velcro a un lado y otro de la pechera. En ella ha escrito su grupo sanguíneo con rotulador negro, a mano alzada. Se enfunda la cazadora, con la palabra «POLICÍA» en mayúsculas grandes. El uniforme la yergue mecánicamente, como un tutor, le proporciona una seguridad que no emana de ella, asfixiando por un instante sus ecos emocionales. Echa los hombros hacia atrás, saca pecho. En el espejo, una línea blanca separa los dos hemisferios de su cabello congelado por las horquillas. Lleva el pelo tan tirante que le tensa las facciones. Por un segundo se pregunta si tendrá valor para enfrentarse a Aristide. Posa la mano en el pomo de la puerta sin lograr decidirse, inspira profundamente. Ha oído su voz por el pasillo hace un momento. No, verse esa noche sería agotador, inútil. La mera perspectiva de tener que intercambiar tres palabras con él delante de los compañeros se le antoja muy por encima de sus fuerzas. Lo único que tiene que hacer es acercarse a Hervé para pedirle las llaves. Irá a refugiarse al coche patrulla hasta que salgan para el centro de internamiento.

Avanza por los pasillos vigilando discretamente los ángulos muertos, echa un vistazo tras de sí para protegerse del efecto túnel. Aminora el paso cada vez que se aproxima a una puerta abierta, se aleja del marco para ver antes de ser vista. Se mueve en terreno hostil en su propia comisaría, baja un piso pegada a las paredes del hueco de la escalera. En la sala de descanso, los hombres y mujeres del turno de noche se inclinan sobre la comida calentada en microondas, los colombos de pollo y los filetes de merluza. Reconoce enseguida la espalda ancha de Aristide, ligeramente trapezoidal, las vértebras duras de su nuca fresca, sus orejas de soplillo deformadas por las peleas, el uniforme que a duras penas oculta la musculatura, el culillo de macho alfa. Está ahí, de pie, charlando con Hervé. Tiene los brazos cruzados, las dos manos cerradas en los bíceps, guapo como un poli de la brigada anticriminal, las piernas separadas, el centro de gravedad bajo. Virginie tiene que precipitarse como el relámpago, no darle ningún margen. Se

abalanza sobre Hervé, alarga la mano para quitarle las llaves.

—Te espero en el coche.

No permite que Aristide le lance una mirada ni le dirija la palabra, se esfuerza por huir reduciendo voluntariamente el paso para que no lo parezca, empuja las puertas, atraviesa el vestíbulo de recepción, rodea la hilera de sillas de plástico moldeado, reconoce a una abogada que espera, pasa por delante del adjunto de seguridad, el mostrador sobre el que una mujer ha apoyado una bolsa de plástico para su marido en detención preventiva:

—No ha comido nada desde ayer...

—Pues que acepte lo que le damos, señora.

—Pero he llamado y me han dicho que podía venir...

Virginie enfila la puerta de la comisaría, escapa bajo la luz de la tarde, inspira a pleno pulmón el aire nuevo.

Atraviesa la avenida Daumesnil para llegar hasta los coches serigrafiados, aparcados delante de los arcos del viaducto. Va casi al trote. Tiene la sensación de que no estará a salvo hasta que no se cobije en el vehículo. Frunce los ojos ante la estela cegadora del sol.

Abre el coche, se deja caer detrás del asiento del conductor, cierra la portezuela, suspira como si hubiera llegado por fin al término de un largo viaje. Ha trabajado todo el día con Érik, su comandante, y con Hervé, su colega conductor. Ambos se le unirán para evacuar tan peligrosos parajes.

En la parte superior del edificio de la comisaría, las reproducciones del esclavo moribundo de Miguel Ángel desfallecen de calor. Las estatuas gigantes ciñen el tejado cubriendo dos pisos, espaldas anchas y poderosas, apenas más musculadas que la de Aristide. Los torsos de los mártires están incendiados de luz. Es hermoso, alcanza a pensar Virginie, sorprendida por ser capaz de reconocerlo aún. Cierra los ojos para que descansen unos segundos. Se ha acordado de coger la receta del antibiótico. Pensaba pasarse por la farmacia de guardia al acabar el turno. Pedirá a Hervé que pare de camino.

Oye que la puerta delantera se desbloquea, abre los ojos.

—El asiento está todavía caliente, no me gusta —dice Aristide con tono burlón.

Se las ha arreglado para sustituir a Hervé esta vez, a modo de revancha.

—¿Todo bien o qué? —pregunta con un aire alegre en el que Virginie intuye una loca esperanza.

Aristide comprueba la resistencia del asiento con los hombros, se sienta apoyando del todo la espalda, como si estuviera en su casa. Sondea la intimidad de los portaobjetos y la guantera.

—¿Ahora haces como si no me vieras?

Tiene la voz de un adolescente al que le está cambiando el timbre. Ha envejecido mucho en dos semanas.

—Mira, mírame. Estoy desolado, ¿no lo ves?

—Ya vale.

—Ya vale... —repite él, imitándola—. Venga ya, niña. ¿Tú crees que a mí me apetece tener un hijo de una zorra como tú?

Y eso lo dice él, el preadulto de treinta y cuatro años que seduce con una cazadora de cuero sobre los hombros y con sus aires de chico malo, el que se peina con gomina y no sale de trabajar sin haber reconstruido su minicresta de gallito, engalanado para la feria y los coches de choque; la máquina de peluches pronto hallará a su maestro. Y eso lo dice él, Aristide, el bromista de la brigada que deja tras de sí una estela de alegría, el que da unas buenas tardes atronadoras en medio de la jornada, el que acapara las conversaciones sin previo aviso y las satura de coletillas —es la bomba, que aproveche, sin problema—; Aristide, el que avisa cada vez que se le pone morcillona o casi dura del todo, el que podría hablar durante horas de zurullos fantasma o de esos que te marcan una vena en la frente, el que no va a orinar sino a hacer llorar al coloso, el que imita a la perfección las felaciones dobles, el que sostiene haber ganado el título de mayor comedor de nata sobre pechos desnudos en el Pénélope en el verano de 1999, ese cuyos cálculos hay que dividir siempre entre cinco, el que afirma reconocer a simple vista, por las facciones, a las mujeres que tienen un coño pequeñito con el vello en forma de billete de metro; Aristide y sus bromas pesadas de cuatrocientos gramos, capaz de tocar la entrepierna de un colega y declarar: «¡Picha pocha! ¡Prohibido hacerlo al que lo hace!», Aristide y su mediocridad estimulante, Aristide, el que no sabe irse a dormir, Aristide, el que pulveriza zombis toda la noche, Aristide, encantador y vulgar, vocinglero y primitivo, excrementicio y solar, amante del cansancio y sus excesos, el movimiento por el movimiento, el ruido por el ruido; en definitiva, Aristide, el del buen humor. Y el Aristide que uno siempre quiere tener en su equipo, colega excepcional, el que deja de hacer el histrión nada más poner un pie en la tierra, tan prudente de servicio como imbécil al volante, Aristide, tercer dan de judo, el que calma los ánimos con su mera presencia física y desdramatiza el conflicto con una comprensión inmediata de la situación, a gusto tanto en las intervenciones más banales como en las más tensas, sin impacientarse ante la impertinencia, dando siempre con las palabras que no envenenan, conformándose con decir a tipos completamente derrotados que parecen muy cansados, a los delincuentes de poca monta que van por el mal camino —es para verlo en un semáforo en rojo a la altura de un coche tuneado lleno de pequeños vándalos exclamando con guasa, ventanilla bajada, codo fuera: «¡No golfeéis, panda de golfos!»—, Aristide, el que sabe cortar por lo sano la discusión cuando no es plan de estar toda la tarde dando vueltas a lo mismo, el que no duda de su fuerza, brutal por

encargo cuando conviene recordar que él es el rey de la selva, el que mide la brusquedad de sus llaves o de sus cacheos de seguridad según el estado de ánimo del momento, separando pies con un gesto poco cordial, obligando a bajar la mirada a quien no es más que un individuo violento, tirando del brazo entre las piernas hasta dislocar el hombro, aderezando el cacheo con las provocaciones habituales: «¿Quién es aquí el policía, tú o yo?», «¿Vas a cerrar la puta boca, eh?», «¡Cuando te digo que circules, tú circulas!», «Ya no hablas tanto, ¿no, so pedazo de mierda?», y disculpándose de inmediato por haber omitido el tratamiento de cortesía de rigor, corrigiéndose: «¿Quién es aquí el policía, usted o yo?», «Ya no habla usted tanto, ¿no, so pedazo de mierda?». Todo es mucho más guay cuando él participa. Porque todavía es capaz de hacer la rueda a los treinta y cuatro años y de apoyar las manos en el suelo sin flexionar las rodillas. Y todo ello con unos ojos verde anís, unos dientes blancos y el cráneo duro, una cara bonita, un aire de libertad, una sonrisa que ilumina la habitación, la calle, todo el distrito. Encajaría tan bien en el papel de matón del hampa como en un fresco homoerótico de Miguel Ángel. En lugar de eso, engulle un paquete de galletas Pim's en tres bocados y te pregunta, abriendo la boca, si alguna vez has visto un gato atropellado en un túnel.

—¿Vas mañana por la mañana?

—Sí.

Virginie clava los ojos en su nuca, enmarcada por las varillas del reposacabezas regulable. No le ha visto la cara en todo el día. Levanta la nalga izquierda para vislumbrar el relieve huesudo de su cara, los contornos de la frente y la nariz contra la perspectiva de la avenida. A intervalos regulares, los semáforos trazan una línea de fuga. El paso del verde al ámbar, y luego al rojo, materializa una falsa pista de aterrizaje. Esperan con nerviosismo un permiso cualquiera para circular, para tomar impulso, para largarse de ese aparcamiento. Es el destello de los semáforos, más intenso sobre el azul, lo que hace que el día derive en noche.

Érik atraviesa la avenida sin prisa. Virginie nunca se había alegrado tanto de ver la mirada de husky tristón de su comandante. Nunca se ha sentido tan tranquila como ante la proximidad de ese hombre desprovisto de imaginación y de malicia que camina con cierta rigidez en los muslos, estirando las piernas con cada paso como si tuviera agujetas, un chico práctico que jamás se separa de su chaleco táctico, padre de tres hijos y muy curtido en lo suyo, corredor de semifondo, que en ese instante a Virginie le parece la normalidad hecha hombre, enviada en su auxilio para protegerla de Aristide. Rodea el coche para instalarse delante, en el asiento del copiloto. El motor y la radio cobran vida a la vez que Érik sube a bordo, despertando con su sola presencia la vida íntima del vehículo.

—El fuego se ha reavivado —advierde Érik al tiempo que Aristide arranca—. Se han visto obligados a trasladar de edificio a los internos; una mierda. Algunos están oponiendo resistencia.

—Son ellos los que han provocado el incendio, ¿no? —pregunta Aristide.

Érik asiente.

—Les cuesta controlarlos, han llamado a los escoltas de la COTEP.¹ Hay uno que tiene que estar en un avión dentro de tres horas. Efectuaremos nosotros la expulsión.

—¡Ah, no! ¿Por qué tenemos que hacer eso? —exclama Virginie de pronto—. ¡No es competencia nuestra!

—¿Que no es competencia nuestra? ¿Y por qué has querido venir entonces? Esta sí que es buena. Te acabo de decir que los de la COTEP no están disponibles. Ya se están encargando de garantizar la seguridad del centro.

—No lo sabía.

—¿Y aceptas sin saber?

—No soy adivina.

Aristide acelera, las bóvedas del Viaducto de las Artes se suceden a más velocidad.

—¿Qué farmacia está hoy de guardia? —pregunta Virginie.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora? —pregunta irritado Érik, viéndola venir.

—Tengo que pasar por la farmacia. Paramos un segundo por el camino.

—¿Ahora? ¿No puedes esperar a mañana?

—No, no puedo. Tenía que ir después del turno.

—Yo qué sé qué farmacia está de guardia.

—Hay una en Nation que cierra tarde.

—Pero no pasamos por Nation —tercia Aristide.

—¿Y?

—Has dicho «paramos por el camino».

—Pues nos desviamos —zanja Érik—. No tardamos nada.

¹ Siglas en francés de la Compañía de Traslados, Escoltas y Protección, que presta unos servicios similares a los de la Unidad Central de Protección española. (Todas las notas son de la traductora.)

Es difícil decir cuándo empezó todo. Entre los efectivos del distrito XII, Aristide era más visible que Virginie. Despuntaba en el ambiente de vestuario de la comisaría con olor a calcetín. Durante mucho tiempo se cruzó con ella sin prestarle atención, demasiado ocupado en atraer la del mundo entero.

Hasta que un buen día se percató de que Virginie existía.

Discreta, era una de las pocas colegas que no intentaba parecer un hombre. Habían sido compañeros de equipo muchas veces y él sabía que Virginie podía hablar con crudeza si era necesario —solo se lo permitía en ocasiones especiales—. También soltaba algún puñetazo de vez en cuando; no se jactaba de ello, mientras otras chicas se las daban de marimacho creyendo que así se integrarían mejor.

Quizá una mirada, una vez, una sonrisa, un ojo que vuelve. No era fea, Aristide no se había fijado hasta entonces. ¿Cómo era posible que no la hubiera observado mejor? A partir de entonces convirtió en una cuestión de honor el mortificarla amablemente para que ella también le hiciera caso, aplicando si era menester una vieja ley aprendida en el colegio, según la cual hay que chingar a las chicas para que te miren. Había empezado a dejar escapar sonrisas encantadoras, entre irónicas y tímidas. Virginie, por su parte, fingía indiferencia, sabedora de que Aristide gustaba a las chicas y de que él lo sabía, ignorándolo lo suficiente para sembrar inseguridad. Ella ni era un alma de cántaro, ni estaba segura de que pudiera aspirar a un hombre así cuando en casa Thomas apenas la miraba. Acababa de incorporarse tras la baja maternal. Se le antojaba improbable, descarado, inesperado que un colega tan guapo le tirara los tejos así. Aristide, por su parte, vigilaba más su lenguaje, le sostenía la puerta, reducía los eructos largos y graves que emiten los hombres. Ella empezó a buscar su compañía, a reírse de sus burradas, a escuchar sus anécdotas como si fuese la criatura más interesante del mundo, a respirar un poco más fuerte para que él se fijara en sus pechos, naturalmente, sin proponérselo, por atavismo, obedeciendo muy a su pesar a la estrategia de la especie para la reproducción. Cuando formaban parte del mismo equipo se mandaban decenas de mensajes a escondidas de los demás, desde el asiento trasero al del copiloto y viceversa. Virginie iba a trabajar casi con ganas, sintiendo cómo crecía en su interior la necesidad de seducir, sorprendiéndose negociando su feminidad con el uniforme. No podía cambiar su forma de vestir y, como no se le permitía ni llevar el pelo suelto ni ponerse pendientes llamativos, había optado por maquillarse más, cuidarse las manos, concentrarse en lo infravisible o lo invisible, lo que se ve, lo que se aplica en los ojos. Había elegido lencería más rebuscada, sujetadores *push-up*, bragas con puntillas y esos lacitos delanteros que confieren un aire inocente. Hasta sus carcajadas eran más bonitas. Aristide la relajaba. Virginie se sentía más viva a su lado. Él no consideraba que ella solo fuera útil en las misiones que atañían a menores o mujeres maltratadas, la dejaba meterse en el ojo del huracán. Ella nunca tenía miedo cuando estaba con Aristide. Adivinaba que él siempre la llevaría a cielo abierto.

Hasta que la mirada culminó la obra. A Virginie le gustaba espiar su manera de desplazarse,

las expresiones fugaces de su rostro. Cuando se reunían para pasar lista, recibir órdenes o comer, a ella le divertía concentrar su atención en otro punto para luego regresar a él, pillarlo mirándola. ¿Era tan guapa como la que más? ¿Inspiraba su reciente maternidad un carácter prohibido que lo atraía? Él se traicionaba al no conseguir ya mirarla a los ojos durante más de dos segundos. Cuando el azar provocaba que se encontraran a solas, experimentaban una especie de apuro, una falta de coartada, y oían que una instancia superior se burlaba de ellos: «¡Pero bueno! Os rondáis desde hace semanas ¿y esto es todo lo que tenéis que deciros?». La mirada de Virginie se volvía extraña, suplicante, impaciente, como si quisiera decirle: «Hazlo, cretino, inclínate, bésame. Tengo un bebé de quince meses, yo no puedo dar el primer paso. Solo se me permite ceder».

Hasta que un día, él se lo dijo.

Le dijo que era guapa, que parecía hecha a mano.

Se besaron en un coche como el de hoy, tan brutalmente que sus dientes entrechocaron.

Las cruces en abismo de la farmacia parpadean todavía. Aristide da la vuelta a la plaza, rodea los leones de bronce de la estatua del Triunfo de la República. Aparca en doble fila muy cerca del escaparate.

Virginie se baja, entra en el negocio desierto, entrega a la farmacéutica la receta del centro de planificación familiar de Port-Royal. La chica debe de extrañarse de que una agente de policía uniformada se presente a esas horas con una receta en la mano. A Virginie no le cabe duda de que cuando la mujer lea en la hoja medio arrugada las tres palabras, Zitromax, Profenid y Efferalgan, sabrá inmediatamente de qué va el asunto. Aguarda que una sombra atraviese su semblante, pero no, debe de haberse formado para leer las recetas médicas sin inmutarse. Se adentra en la rebotica, abre profundos cajones correderos, recopila las tres cajitas, regresa y levanta con ellas una frágil estructura junto a la caja registradora. A Virginie le gustaría ser esa muchacha tibia y viva, que debió de terminar los estudios de farmacia hace pocos meses, y que seguramente está haciendo su primera sustitución gracias al mes de agosto. Le encantaría ser tan indiferente como ella, nadar en las aguas de los veintitantos con la ilusión de la libertad, unos vaqueros y unos tenis bajo la bata, el pelo recogido con una pinza, mechones que escapan del moño, la voz cristalina y bien timbrada.

—¿Algo más?

—¿Me puede dar un vaso de agua? Tengo que tomar las pastillas ahora.

La chica desaparece más rato. En ese instante, Virginie querría ser cualquier otra persona, aceptaría uñas postizas de gel, anillos de falange, zapatos de plataforma, un corte de pelo recto rubio, pendientes fantasía de tres pisos y, si fuera menester, que un ejército de maquilladoras, figurinistas y peluqueros revoloteara a su alrededor como un coche de exposición, la travistieran, lo que fuera, con tal de que le permitieran salir de incógnito y perderse por las calles del distrito XI.

La muchacha vuelve con un vaso de comedor escolar. Virginie extrae los comprimidos y se los traga delante de ella, de espaldas al escaparate para enmascarar el gesto. Va uniformada, pantalón de hombre, de invierno, y hasta su cuerpo proclama a voces que es policía. Administra antibióticos al amasijo de células vivas acopladas a sus mucosas.

—¿De este solo hay una toma? —verifica.

—Sí.

—Entonces le dejo aquí la caja, que me estorba —resuelve, práctica—. Las otras me caben en el bolsillo.

El intercambio comercial ha terminado. La farmacéutica levanta la vista hacia Virginie. La mirada sin precipitación de la muchacha atraviesa el uniforme de la agente de policía nacional, atraviesa el aborto, se zambulle en la suya con dulzura, amabilidad, una consideración de ser humano a ser humano que quisiera aliviar al otro de la piedra que lleva al cuello. Virginie intenta sonreír, pero percibe que no se trata de una visión agradable.

Se mete en el coche con las manos tan vacías como cuando salió.

Llegan al Sena, lo bordean a gran velocidad para rodear la circunscripción.

La Biblioteca Nacional de Francia aparece a lo lejos en la otra orilla y luego la sede de Natixis, la de la empresa pública de transportes de París, el puente alicatado del ministerio de Bercy. Se incorporan a la circulación de la autopista A4, pasan entre el centro comercial Bercy 2 y los polideportivos Tony Parker. Los árboles se alzan a ambos lados de la vía rápida, majestuosos. Aristide reduce para salir de la autopista.

Hace tres semanas, con una sola frase, Virginie le comunicó que estaba embarazada y que iba a interrumpir la gestación. Le dio ambos datos al mismo tiempo para no dejar que la idea se concretara. Había cometido un error y se proponía repararlo. El embrión regresaría al limbo del que acababa de salir. A él no le pedía nada. Había olvidado la píldora una noche y no la había tomado hasta el día siguiente. Era culpa suya, en realidad, a él no le pedía nada.

No obstante, los días siguientes había ocurrido algo que ella no había podido prever. Los músculos posturales de Aristide habían cedido. Su colega había empezado a desplazar menos aire con sus andares. Su rostro se había vaciado de luz. La persona que pisoteaba el silencio con todas sus fuerzas se volvió menos charlatana. Su humor lo protegía menos, había bajado la guardia. Algo sonaba falso, hacía reír menos. Seguía lanzando pullas por inercia, pero con una alegría sin jovialidad. Daban ganas de empuñar la llave de su espalda y girarla tres veces para dar cuerda al mecanismo. Virginie desplegaba fortunas de energía para ocultar su propia tristeza, en casa, en el trabajo, concentrándose para pensar en ello lo menos posible cuando en realidad pensaba en ello constantemente —antes de acostarse, en plena noche al levantarse, por la mañana al despertar, en la ducha, patrullando, a gatas sobre la moqueta con Maxence, tendiendo, cuando el número de Thomas aparecía en la pantalla del móvil, o el de su madre, todo el tiempo— y era él, Aristide, quien tiraba la toalla.

Habían dejado de verse inmediatamente, lo que había despertado una cólera sorda dentro de él. Se sentía rechazado. No había sido más que un hombre tiritita, una chuchería, un paseo en tiotivo. Nació entonces un dolor misterioso, sincero y profundo. Se había hartado de sí mismo, de su propio ruido, de sus bromas repetitivas, hastiado de soltar «Hola, ¿qué tal?»² a diestro y siniestro, del derroche superfluo de savia y energía, como un payaso que se hubiera cansado de calzar un 126, cautivo de su definición, de su inconsistencia, agotado de llevar a cabo una representación perpetua, sin fondo ni reserva. Parecía ponderar de pronto hasta qué punto estaba vacía su vida, lo insignificante que fue ayer, lo insignificante que sería mañana. Había sido capaz, él, el listillo de turno, de dar vida a un ser de carne y hueso. Él, el pajillero mazado, había dado inicio a algo sólido y duradero, una razón para vivir sin haberla buscado, pero Virginie se la arrebató de inmediato.

Tenía la confusa sensación de que tal vez aquello le impediría dormir hasta el fin de sus días.

Por eso, instintivamente, había empezado a rondarla como una alimaña, buscando con valor las palabras que la retendrían para ganar tiempo, para que aplazara la decisión, para que se lo pensara un poco más. Un buen día, la había acorralado en las taquillas del vestuario. Le había

dicho que era muy infeliz, que quizá hubiera otra solución, que, en el peor de los casos, solo tenía que «acostarse con su hombre», que todavía podía «apañárselas» para que pareciera que se quedaba embarazada. Lo había dicho con esperanza, controlando la voz, seguro de sí mismo. Lo peor de todo es que lo creía de veras. Le había dado muchas vueltas, esperaba que su triste proposición bastara para desviar la trayectoria. Por un segundo, a ella le había conmovido aquel deseo pueril, el ingenuo ardid que había inventado, pero enseguida se recompuso para no soltar las riendas de la situación. ¿Ese era el gran argumento para despachar salomónicamente el asunto de los celos y la paternidad? ¿Estaba Aristide dispuesto a ser el inseminador, ordeñado en cantidad insustancial? ¿No iba a consumirse de envidia ni a montar escenas? ¿Les dejaría a ellos el disfrute del niño, no ejercería su derecho más adelante? ¿No exigiría la custodia en fines de semana alternos? Al ver la cara que ponía Virginie, había añadido con una sonrisa:

—Cierra los ojos y piensa en Francia, ¿vale?

Como ella no se reía, fue más allá:

—¡Eh! Que no te estoy pidiendo matrimonio, no hace falta que me presentes a tus padres.

Cierto, no le proponía pasar por la vicaría. No habría ceremonias, ni epístola de san Pablo a los corintios, ni cóctel con hilo musical de Gotan Project. No entraba en sus planes ni causarle molestias de cualquier tipo, ni hacerla feliz. Sabía muy bien que él no encarnaba al hombre del día a día, que nadie decoraba el árbol de Navidad con un tipo como él, al que no le pegaba pedir días de permiso por un hijo enfermo.

Aristide no era más que un pobre diablo deseoso de que sus gametos lo sobrevivieran.

Ella no sabía qué responderle de lo estúpido que era todo, sin remedio. Lo había mirado como con ganas de asomarse al abismo. Lo había mirado y había pensado de pronto en el feto que se le parecería si seguía desarrollándose. Había estado tentada de explicarle la realidad de la vida: los cólicos, el reflujo gastroesofágico, que ella acababa de salir del primer embarazo, que todavía no se había recuperado del todo, que ya tenía un hijo, un compañero sentimental, unos suegros, que se negaba a sentirse acaparada de nuevo, deformada, nauseabunda, poseída, inyectada de hierro, calcio y fósforo. No iba a dejarse envejecer y desvitalizar a golpe de embarazos sucesivos, habían comprado un piso, tenía dos años de sueño atrasado y ninguna gana de volver a ensangrentar bragas de parto o ponerse protectores de pezones. Pero había tenido la sensación de que él ni siquiera rebatiría sus argumentos y se había echado atrás.

—No sabes ni lo que dices.

Había hecho esta afirmación con calma, con la condescendencia sin límite que manifiestan quienes tienen hijos hacia quienes no los tienen.

—No sabes de lo que estás hablando —insistió para dar por zanjada la discusión.

Se arrepentía de haberle revelado el embarazo. Se arrepentía de haberse acostado con ese hombre. Se reprochaba a veces el hecho de haber dejado de hablarle, de verlo. Se consideraba cruel. Pero sabía que tenía motivos para cortar por lo sano; todo había ido demasiado rápido.

² En español en el original.

El asfalto negro de la carretera cede a un revestimiento ocre, más fastuoso. Un viento tibio les trae ya la exhalación malsana del incendio, olores de madera, plástico, caucho quemado y gases lacrimógenos. No pueden ver aún los edificios del centro de internamiento en el bosque, pero vislumbran el cielo, que ha adoptado una reverberación rojiza por encima de las copas de los árboles. Las cúpulas de cristal del hipódromo surgen a la izquierda, al dar la curva. El Reducto de Gravelle queda ahí, a mano derecha, bordeado por un camino de herradura de arena fina. Franquean un cinturón de vallas policiales colocadas durante el día, acceden al lugar. El viejo fortín debe de ser la única construcción sólida del centro de internamiento, donde hay encerrados centenares de extranjeros a los que se les ha denegado el permiso residencia, a la espera de la expulsión definitiva. A su alrededor se han ido agregando toda clase de prefabricados, extensiones construidas al mínimo coste, barracones apilados unos sobre otros. Las dispares instalaciones rodean una explanada que hace las veces de aparcamiento y de punto de encuentro.

Aristide avanza al ralentí entre los coches serigrafiados, los furgones celulares y los camiones de bomberos. Los perros de la brigada canina, cuyas perreras flanquean el centro, aúllan de terror en sus jaulas. La evacuación de los detenidos se efectúa bajo una lluvia de ceniza y carbonilla, un ambiente de fin del mundo. El incendio, declarado a lo largo de la tarde, no quiere extinguirse. Mal sofocado, se ha reavivado con más fuerza. Bajo la atenta mirada de todos, a escasas decenas de metros, un ala entera del centro es pasto de las llamas. Las puertas y ventanas reventadas vomitan una lenta cabellera de humo negro. Los faros hacen surgir los rostros estupefactos de los vigilantes a la carrera y los buzos armados con bombonas de aire comprimido a la espalda.

—¿Dónde está la recepción? —dice Virginie.

La pregunta genera un eco cómico en el coche.

—Es uno de esos módulos de allí, a la derecha —indica Érik distraídamente.

El edificio que se alza frente a ellos, devorado por las llamas, los fascina, revela las líneas íntimas de su osamenta primera, el plano original del arquitecto sobre la mesa de dibujo.

—Pues voy —dice.

Tiene ganas de bajarse, incluso en ese clima de urgencia y peligro. La cercanía obligada de Aristide la asfixia, su presencia la hace sentir culpable.

—No tardes. De todos modos ya están al tanto. El tío debería estar listo.

—Yo aparco y voy para allá —avisa Aristide.

Virginie pone un pie en el suelo y de inmediato se apodera de ella el calor del aire. Los gases mal dispersados le secan la boca. Atraviesa el aparcamiento a buen paso para ganar unos segundos de libertad sobre Aristide. Llega a los prefabricados contiguos al reducto de cantería. El asfalto centellea en la noche, salpicado de minúsculas brasas procedentes del fuego. Pasa por encima de las mangueras llenas que tiemblan por la presión del agua, las sigue con la mirada hasta el foco del incendio. A unos cien metros, distingue las siluetas de los detenidos recortándose como sombras chinescas contra el fondo de las llamas. La cadena humana avanza a trompicones. Los ladridos vigorosos de los perros crean la desconcertante impresión de un

rebaño de cabras indecisas y rebeldes que solo avanzan a golpe de amenaza. Los guardias se han desplegado para trasladar a los detenidos de un edificio a otro, a través de un patio donde normalmente hacen ejercicio.

Virginie se pierde entre los módulos, sube una escalera metálica estrangulada entre los barracones de obra, pide indicaciones a un guardia, vuelve a bajar.

Penetra en un local elevado por tres escalones, con barrotes en las ventanas. Varios hombres esperan en bancos a ambos lados, bajo el tenue destello de los tubos fluorescentes. Experimenta una incomodidad instantánea, como si el aire fuera a solidificarse a su alrededor. El centro está ardiendo, pero la administración sigue repatriando. Hay un incendio, pero aun así se expulsa, salen los aviones.

Se acerca al mostrador del fondo para comunicar su llegada al encargado.

—Gracias por venir —dice él con una sonrisa fría—. Te estábamos esperando.

El hombre es pálido, con pelo rubio casi blanco. Sin prisa, presiona el pulsador de su bolígrafo contra el mostrador para extraer la punta y escribir en su registro con la flema de un gato gordo.

—Menuda fiesta tenéis montada —suelta Virginie—. ¿Cómo se ha declarado el incendio?

—Han prendido fuego a un colchón.

—¿Solo por eso?

—Cuando saben lo que se hacen... ¡Tienen mucha imaginación, pero mucha! Los hay que se tragan mecheros o monedas, otros que provocan incendios... Cada uno tiene su especialidad.

—Y el mío ¿cómo es?

—Simpatiquísimo —dice el hombre, fingiendo extasiarse—. Es tayiko. Muy top.

Virginie sonríe.

—Lo hemos sacado hace media hora. No nos ha dado ningún problema. Estaba en el edificio correcto cuando se ha declarado el incendio. Ha tenido suerte. Solo hay un extintor por pabellón. Aquí no tenemos nada, la verdad, ni puertas cortafuegos, ni material...

El móvil de Virginie vibra en su bolsillo. Consulta la pantalla: Aristide intenta ponerse en contacto con ella, ha debido de perderse entre los barracones.

—Tengo colegas que, mientras llegaban los bomberos, han cortado la alambrada del patio con una cizalla. Es el único objeto cortante que tenemos en el centro, ¡unas pinzas de veinte kilos! Han tenido que pasársela por turnos de lo que pesaba. Y eso que solo era una alambrada de jardín. Han conseguido cortar una parte seccionando los alveolos; si no, los internos no habrían podido salir del patio. Estaban atrapados como ratas. Los han trasladado a la misma ala que los travestis y los homosexuales, el único edificio donde todavía había sitio, pero luego hemos tenido que aislarlos, de lo contrario, los otros los habrían matado. Esto huele a motín desde esta mañana. En fin, paro ya de contarte mi vida, que al final hasta me pedirás dinero. Es el del jersey azul, ese de ahí.

Señala con un dedo a un hombre moreno sentado en un banco, con una mochila a los pies. A Virginie le alivia comprobar que carece de densidad física. Lleva unos vaqueros baratos y un par de zapatillas deportivas. Tiene la cabeza entre las manos, los codos apoyados en los muslos. Virginie sabe que le habría dado el alto durante una operación de control en la estación de Lyon. Ahora detecta a esas personas en las que nadie se fija, los clandestinos de las mil caras, invisibles entre la multitud, que tratan de no intercambiar una mirada con la gente para seguir siéndolo.

—Ya ha recogido sus efectos personales y los papeles.

El tayiko los mira de reojo. Carne de traficantes de personas.

—¿Está sano? —pregunta Virginie.

—Si no se ha tragado un bote de champú antes de que lo sacáramos...

—¿Lo habéis cacheado?

—Está limpio. Toma, esto es para entregar en la unidad local de expulsiones del aeropuerto.

Le tiende un sobre grande de manila, cerrado. Por fuera hay grapada una orden de misión con los datos de un vuelo a Estambul. El vigilante rodea el mostrador, la lleva delante del detenido como si quisiera presentarlos.

—¿Sabe adónde va? —le pregunta al hombre, que ha apoyado la espalda contra la pared.

El tayiko se mantiene inmóvil, los ojos apagados. Tiene cara de ruso septentrional, unos pómulos apaches y cejas muy negras.

—No entiende nada —advierde el vigilante—. ¿Sabe adónde va? —repite más alto—. Vamos a llevarlo al aeropuerto, allí subirá a un avión con destino Turquía. En Estambul hará escala. Luego, cogerá otro vuelo hasta Tayikistán. ¿Tiene intención de oponerse? ¿No? Muy bien.

—Vamos a esposarlo durante el trayecto —avisa Virginie, haciéndole una seña para que se levante.

Estira los puños para que él entienda. El hombre reproduce el gesto en espejo, le ofrece las muñecas. Ella lo esposas por delante y no por detrás para que no le duela la espalda durante el traslado. Agarra la mochila minúscula, se despide, coge al hombre por el antebrazo. Está tan flaco que nota el hueso a través del jersey.

Salen al olor cálido y especiado del incendio. Una mujer despeinada de unos cincuenta años reconoce al detenido en el descansillo. Levanta una mano para pararlos.

—No se lo llevará al aeropuerto, ¿no?

—Pues sí —confirma Virginie.

—¿Está de broma? Hemos contactado con el Tribunal Europeo de Derechos Humanos para detener la repatriación. Estamos esperando respuesta. El fax llegará mañana por la mañana.

La mujer empieza a pestañear, desbordada.

—En cuanto ponemos en marcha las diligencias, deportan lo más rápido posible, ¿no? ¿Les da miedo la respuesta?

—¡Pero si yo no sé nada!

La mujer parece completamente abrumada por la situación, los gritos, los movimientos de los detenidos, la inesperada evacuación. Virginie adivina que debe de tratarse de una asistente social, una vieja loca y litigiosa, de las que agotan a golpe de recursos continuos.

—¡Qué bonito trabajo el suyo! —espeta la señora, con acritud, agachando la cabeza.

—Efectivamente, es mi trabajo, alguien tiene que hacerlo. ¿Y usted?

—Yo trabajo en el centro, soy de la ASSFAM.

No explica qué es la ASSFAM, como si fuera más que evidente. La mirada de la mujer traza ahora diagonales.

—¿Por qué no se ocupan de él los escoltas de siempre? —pregunta, tratando de encontrar un punto débil.

—Dependemos del distrito XII, nos han llamado como refuerzo por culpa del incendio.

Virginie y la mujer se miran con desprecio, cada una en su papel. Una con su uniforme de la policía nacional, el arma a un lado, el pelo bien estirado; la otra con blusa blanca, el cuello marchito, el pelo deshecho, unos aros finos en las orejas. En realidad, Virginie no consigue guardarle rencor. La expulsión de ese hombre parece ser el golpe de gracia que termina de desanimarla. La mujer empieza a farfullar nuevas invectivas contra la policía, pero tal vez adivina en el rostro de Virginie una señal que la detiene: no es el día, no es el momento. La empleada de la ASSFAM rectifica, agacha la cabeza.

—Asomidin Tohirov, se llama Asomidin Tohirov. Ha denunciado secuestros de trabajadores en Tayikistán, prácticas de trabajos forzados en obras en Rusia. Él mismo fue víctima de dichas prácticas. Lo secuestraron y lo mandaron a trabajar a una obra, pero logró fugarse y regresar a su país.

Virginie sabe que está remoloneando, que no debería prestar atención a esa mujer. La conversación ya ha durado demasiado. El móvil sigue vibrando en su bolsillo.

—Estamos hablando de prácticas esclavistas, en otras palabras, de una red mafiosa en la que han caído muchas personas. En cuanto Asomidin empezó a hablar con la prensa, la policía tayika lo detuvo. Fue torturado durante varios días. Salió vivo de milagro. Logró escapar una vez más, cruzar la frontera rusa. Atravesó Europa entera a pie, en autobús, en taxi, en tren, en camión...

La mujer parece completamente poseída por lo que está contando.

—No debía ser deportado. Presentamos una solicitud que fue desestimada. El procedimiento ha jugado en su contra. En la OFPRA³ no lo han creído. Elevamos un recurso ante el CNDA,⁴ pero tampoco le dieron la razón.

Sigue aturdiendo a Virginie con acrónimos y siglas, esboza una sonrisa un poco loca.

—Le va a caer una buena cuando llegue.

Desafía de nuevo la mirada de Virginie, con un dedo señala, a ella, al hombre, no se sabe.

—Más habría valido que lo dejarais arder en su cuarto, habría sido menos hipócrita. A este, nada más pisar su tierra, se lo van a cargar, como a su padre.

La mujer le aprieta un hombro al tayiko y se marcha bruscamente, acostumbrada tal vez a esa clase de tormentos.

—Espere... —dice Virginie.

—¿Que me espere a qué? —pregunta la mujer mientras se aleja.

La puerta del módulo se cierra despacio tras la empleada.

Aturdida, Virginie busca la mirada del hombre al final de su brazo para que le confirme la sentencia, para saber al menos si él lo ha entendido, pero sus ojos huyen, se acomodan al vacío, con la expresión ausente y pasmada de quienes ya están muertos por dentro.

Virginie lo guía hasta la explanada. Aristide ha acercado el coche a los módulos. Érik se apea para abrir la portezuela y acomodar al interno en la parte de atrás.

—¿Dónde estabas? —pregunta mosqueado Aristide desde el interior del vehículo—. Te he buscado por todas partes... Esta mierda es un puto laberinto. ¿No has visto que te estaba llamando?

Virginie rodea el coche, deja el equipaje en el maletero, regresa a su asiento. Érik tira del cinturón de seguridad para ponérselo al hombre, afloja para que Virginie lo abroche en la hebilla correspondiente.

—¡Bueno, bueno! —exclama Aristide al tayiko a la vez que se gira en su asiento—. ¡Se puede decir que te estamos salvando de las llamas! No des las gracias ni nada, ¿eh?

Arrancan, dan media vuelta, salen del centro de internamiento. Se alejan del humo y las estridencias, se reencuentran con el frescor del cielo cubierto.

Érik agarra el transmisor de la radio para dar parte al puesto principal.

—TV12 a TN12, ya nos hemos hecho cargo del sujeto.

—¿Lo soltamos en el Charles de Gaulle? —consulta Aristide.

—Eso es.

Bajo la luz de las farolas que bordean el camino forestal, las hojas han adquirido una tonalidad fluorescente.

³ Oficina Francesa de Protección a Refugiados y Apátridas.

⁴ Tribunal Nacional de Derecho de Asilo.

No debería haber fingido interés. Para cuando pasaban por el hipódromo, a la altura de la entrada de propietarios, Virginie ya se había recuperado. En otras circunstancias se indignaría, por supuesto, pero hoy sería pura avidez. Se desvía a la derecha, por la carretera de La Ferme. Dejan atrás las caballerizas, la escuela de paisajismo de Breuil. Hace ya un tiempo que Virginie no deja espacio para las miserias del mundo. Los árboles bien podados, la fluidez de las rotondas, la elegancia del pavimento los alejan de París, cuando en realidad siguen en el XII, en las lindes del distrito. No lleva escrito «asistente social», ni «abogada», ni «enfermera». Lleva escrito «policía».

Nogent-sur-Marne, aparecen los primeros chalets. Virginie hace un mohín en la oscuridad del coche, atravesada por una contracción silenciosa. Un puño se sitúa sobre el peritoneo y lo aprieta despacio. No, no será un inmigrante detenido quien le inspirará lástima hoy, pero se le pasa por la cabeza la posibilidad de un aborto espontáneo. Seguramente serán los primeros efectos del medicamento ingerido en la farmacia. Ya no recuerda cómo se llama el que ha tomado, pero tampoco se atreve a averiguarlo sacando las otras dos cajas del bolsillo. Le pareció que era el antibiótico, no está segura. La comadrona con la que se entrevistó durante más de una hora en el centro de planificación familiar le dio tanta información, que se pierde. Le habló de un medicamento para no introducir microbios en el útero durante la aspiración y de otro para ablandar el cuello. «Hoy lo tienes tan duro como la nariz, pero se pondrá blandito como la mejilla», le había explicado la mujer, tocándose la cara, sumando el gesto a la palabra. El tayiko gira la cabeza hacia ella. ¿Qué querrá? ¿Está preguntándole algo? No. Ha debido de adivinar que no se encuentra bien, habrá percibido síntomas de agitación por su parte. El vientre se le contrae de nuevo, le arranca una sonrisa falsa. Tiene la sensación de que el abdomen empieza a resquebrajarse. A menos que se trate de un mal retortijón de tripas irradiándose hasta el bajo vientre. No ha comido nada desde mediodía. Se acuerda de que había que tomar el medicamento acompañado de algún alimento. Virginie desliza una mano entre el asiento y su espalda, contra los riñones. Lleva unos días notando dolores de regla, en la pelvis; el útero, que ocupa más espacio, le había advertido la comadrona, los ligamentos que se dilatan para preparar el cuerpo para el embarazo. ¿Se contradicen ahora las fuerzas, acaso? ¿Irá a desmembrarse poco a poco hasta mañana por la mañana? ¿Se convertirá en una mera herida silenciosa en el asiento de atrás? La rodilla de su vecino se pone a temblar nerviosamente. ¿Qué le pasa a este? ¿Le han dicho que era tranquilo! Su presencia junto a ella se vuelve penosa, como si ocupara el asiento trasero cuando en realidad no pintaba nada allí. Virginie cree que lo prefería cuando agachaba la mirada en los módulos prefabricados, hace un momento. Aparta la vista, intenta leer los carteles de la carretera, las vallas publicitarias que presumen de precios imbatibles, los nombres de las calles: Gabriel Péri, Général Faidherbe, Saint-Quentin. La comadrona le explicó el proceso, una vez en quirófano, el gotero, la posición ginecológica, el adormecimiento durante unos diez minutos durante los cuales le introducirían el espéculo en la vagina y a continuación una sonda de aspiración del tamaño del feto, cuyo diámetro máximo no era mayor, aseguraba, que el de su

estilográfica. Aspirarían lo que había en el útero y luego le harían «una pequeña eco» para comprobar la vaciedad, antes de pasarla a una camilla para conducirla a la sala de reanimación. Virginie había vacilado y había preguntado qué pasaría después. El producto de la aspiración se incineraba, había respondido al momento la mujer, acostumbrada a la pregunta, casi esperándola. Hablaron entonces de anticonceptivos, de las ocho mil píldoras que una mujer llega a tomar en el transcurso de su vida sexual, siguiendo un horario fijo, con olvidos inevitables, riesgos de embarazo en los cinco días que preceden al despiste y los siete sucesivos. Para referirse a Aristide, la comadrona decía: «su pareja», «su compañero», y, con una sonrisa de escarnio, «el hombre con el que mantuvo la relación sexual fecundadora». ¡Cuántas imágenes había hecho aparecer aquella mujer y con qué nitidez en los detalles! El gorro que le pondrían en la cabeza, los estribos de la mesa ginecológica del quirófano, el desayuno que le servirían a continuación, pan con mermelada... Virginie comprendió hasta qué punto se había planteado el asunto en abstracto hasta ese momento, evitando incluso pensar en ello, por un mecanismo espontáneo de defensa, para no atribuir una carga afectiva a un niño imaginario, para eliminar la posibilidad de ser vulnerable, para fingir indiferencia cuando lo cierto era que estaba desbordada por la situación, decepcionada por tener que esperar el plazo legal de reflexión, deseando solo terminar con todo lo antes posible.

Las crispaciones se atenúan cuando concentra su atención, pero ahora el coche circula a demasiada velocidad y solo consigue atrapar fragmentos de frases en el paisaje, palabras truncadas. Su vecino sigue observándola, ella lo nota. Hace otro mohín, muy a su pesar. Su vientre crece como si la dilatación cervical ya hubiera comenzado, provocándole molestias hasta en el cuello y los hombros. A partir de medianoche tiene que guardar ayuno, ni beber, ni comer, ni fumar, ni mascar chicle, ni mirar al takiyo a los ojos, ni hacer nada que pueda aumentar la acidez gástrica. Se concentra en la respiración, se conforma con observar de reojo las manos esposadas del detenido, en la periferia de su campo de visión, que cuelgan lacias entre los grilletes. Las sombras del alumbrado público acentúan los relieves de sus nervaduras. Son tan secas que parecen dos trozos de cartílago tensos de grasa, dos omoplatos aún sin osificar. Virginie recupera una respiración normal, se incorpora, lee mecánicamente la ruta grapada en el sobre con la orden de vuelo de Air France. Descubre una pasión repentina por el documento, lo repasa varias veces seguidas. Leer la tranquiliza, es un hecho. El alumbrado urbano apenas basta, tiene que acercarse el papel a los ojos. El vecino la ve levantar el sobre varias veces seguidas. Debe de preguntarse qué anda tramando. Virginie pasa una falange bajo el adhesivo, que cede al instante. Menuda mierda, piensa. No cierra, no agarra, es como todo lo demás, primer precio. Bastará con hacerse la tonta si alguien se lo reprocha. No tiene autorización para leer el dossier, pero tampoco se supone que deba saber eso, dado que no trabaja en el cuerpo de escoltas. Sabe que hace mal al abrir el sobre, lo sabe desde el principio.

El sobre de manila revela el pase consular, la autorización de tránsito por Turquía, las actas del proceso administrativo, la entrevista en la Oficina Francesa de Protección a Refugiados y Apátridas, la presentación de la solicitud de asilo, las resoluciones de denegación tanto de la Oficina de Extranjería como del Tribunal y la orden de expulsión.

Virginie recorre los sucintos relatos de vida consignados en esos folios a la luz de la pantalla del móvil.

Su mirada se desliza de frase en frase, lee, al principio sin comprender.

Pero las palabras se iluminan poco a poco con las explicaciones de la empleada de la ASSFAM. Va de un documento a otro, relee para estar segura.

Le ofrece la resolución de denegación a Érik.

—¿Por qué has abierto el sobre?

—¿Qué pasa? —espeta ella con una voz que pretendía ser animosa—. ¿Eres de la policía?

—¿Está escrito tu nombre? No, ¿no? Pues entonces no se abre.

—Estaba medio abierto.

Érik observa el sobre bajo el alumbrado público, inspecciona la solapa.

—Hay efracción.

—Lee.

Érik consulta la resolución de denegación, el relato de vida a modo de preámbulo, le devuelve el papel.

—¿Lo has entendido o no? —quiere saber Virginie, extrañada de la rapidez con que le da la hoja.

—Sí.

—¿Y ya está?

—Pura palabrería. Una historia cuesta cincuenta euros en Barbès.

—Pues esta no parece comprada. Demasiados detalles.

Virginie coge de nuevo el papel, irritada por la desconfianza de su compañero. Al parecer al hombre lo buscan los agentes del Ministerio de Seguridad por alteración del orden público. Sostiene haber sido arrestado, introducido en un coche, esposado, trasladado a una casa, encerrado en un sótano, torturado durante varios días. Alude a unos hombres con pasamontañas que llegaban en grupos de tres o cuatro, a cualquier hora del día y de la noche, para darle palizas, escupirle, reventarlo a patadas y bastonazos.

—Me he cruzado con una mujer que conocía su dossier, en el centro. Este hombre denunció una red de trata de personas.

Lee en voz alta:

—«Me colgaron de unos cables de hierro, me torturaron con electricidad durante veinticuatro horas. Por aquel entonces yo era fumador, llevaba tabaco encima. Cuando se cansaron, me preguntaron si quería descansar, si quería fumar y yo dije que sí. Cogieron una máscara de gas, me pusieron un cigarrillo dentro y cerraron la máscara para que me ahogara.» Más adelante: «En

el hospital, el médico tuvo miedo, porque estaría obligado a dar fe de mi testimonio».

En el semáforo, le pasa el documento a Aristide, que parece un pulpo en medio de un garaje. Finge no saber cómo cogerlo, lo sujeta haciendo pinza con dos dedos, como si se tratara de un papel maligno. Le echa una ojeada, lee las palabras «temores», «electricidad», «hematomas», le devuelve la hoja a Virginie.

—No sé leer.

El hombre asegura haber cruzado la frontera para huir de sus agresores. Haber llegado hasta Saratov, en Rusia, a la estación de autobuses de Riazán y luego a Moscú. Alcanzó Francia a pie, en tren, en autocar, escondido en camiones. Virginie no sabe ubicar Tayikistán en un mapa, pero él supo encontrar Francia, a la que afirma haber llegado en camiones de mercancías, oculto en la parte reservada para el catre en cada paso de frontera o disimulado entre el cargamento, sin más recursos que la suerte, buscando el aire para no morir asfixiado, obligado en ocasiones a doblarse en dos, con la cabeza entre las rodillas. Van a devolverlo al punto de partida en dos vuelos de larga distancia, poco más de cinco horas.

Para refrendar la denegación de la OFPRA, una frase procedimental que debe de ser la fórmula más habitual, de lo monótona que resulta: «Los documentos presentados para respaldar la solicitud y las declaraciones del interesado, carentes de valor convincente, imprecisos y poco personalizados en lo relativo a los motivos de la encarcelación, no bastan para apoyar los hechos que se alegan ni para fundamentar los temores formulados».

Hay también una carta anodina, traducida por una asociación de defensa de los derechos humanos, que termina de perder a Virginie:

Señor director:

Por la presente pongo en su conocimiento las dificultades de interpretación con que me he encontrado durante la citación. Deseo precisar que yo había pedido que la entrevista se desarrollara en tayiko, mi lengua materna. Sin embargo, el intérprete era uzbeko, me di cuenta desde las primeras frases y me sentí muy desestabilizado. No dominaba la lengua tayika, lo que me impidió comprender del todo las preguntas que el funcionario me hacía. No entendía ciertos giros, expresiones completas. Yo respondía en tayiko, pero no entiendo cómo pudo el intérprete traducir correctamente mis respuestas.

Virginie ha querido ver y ya está hecho. Suspira en silencio, se vacía de aire. Había entrado en el cuerpo porque su padre formaba parte de él, porque le gustaba el ambiente fraternal que reinaba entre los colegas cuando acudían a cenar a su casa, porque la policía es una gran familia, porque quería ayudar a la gente y perseguir al malhechor. No tardó en dejar de lado a los ladrones de cajas fuertes, a los criminales de sangre y los profanadores de niñas pequeñas. Pase que su día a día sea un mano a mano con lo humano y sus efluvios, un popurrí de poderes que registrar, animales vagabundos en la vía pública, niños olvidados en la guardería, agresiones físicas infames, ocupaciones agresivas de portales, robos de caravanas, escándalos nocturnos, quejas por ladridos, neumáticos demasiado lisos, partes de accidente interminables, lunáticos, alertas falsas y bromas; pequeños delincuentes liberados antes de que haya terminado de redactarse el informe. Pase que sean los machacas de las mil funciones a los que llaman como ultimísimo recurso cuando la escuela ya no puede hacer nada, los asistentes sociales tiran la toalla, los porteros se desquician. Pase que sean las navajas suizas del orden republicano, que soporten la jerarquía y sus jefecillos de toda condición cuando la tarea es poco menos que intentar arar en el mar. Pase que no puedan cantar mientras trabajan, que tengan que comerse, sin filtros, todos los problemas en los que se debate este pobre mundo, que reciban chorros de

guisantes congelados, huevos podridos, pilas, pelotas de petanca. Pasen los trabajos de pintura de una comisaría a otra, pase que su oficio les inspire vergüenza, pase que se lo oculten a los vecinos y a los padres de la guardería. Pero esta noche es demasiado para Virginie. Esta noche, en este vehículo, a la altura de Nogent-sur-Marne, la situación no es del todo clara. La muerte se ha instalado entre ellos dentro del coche. La muerte con su látigo de siete puntas. La muerte apestosa.

—En un dossier hay de todo —dice Érik—. ¿Por qué iba a dictarse una resolución de expulsión si existiera la certeza de que van a liquidarlo en su país? Piénsalo.

—Ha habido un problema de procedimiento.

—No me digas.

—Es lo que ha dicho esa mujer.

—Conduzco mal pero rápido —advierde Aristide a la vez que acelera remontando el bulevar de Estrasburgo.

Anuncia que lamenta que le haya tocado el Renault, para una vez que hay un poco de carretera por delante. Intenta alargar la conversación, prueba a ensalzar el Ford Focus, que la administración ya no compra, para gran desesperación suya.

—Me acuerdo de que hacía un ruido ronco... La gente se giraba. Era más fiable, más recio, había buen material debajo del capó.

—Todavía quedan algunos Mondeo —comenta Érik.

Para ellos también sería más cómodo no ver lo que están llevando a cabo. Virginie comprende por qué los sobres están cerrados. Ignorar su contenido permite que sus colegas, los escoltas de la COTEP, hagan mejor su trabajo. Uno es más eficaz cuando no empatiza demasiado, la distancia es más adecuada. Los sentimientos avergüenzan, parasitan el gesto.

—A ver, que yo no digo nada, pero no paraba de marear el balón por la banda desde el principio, cuando tenía siete campos de fútbol por delante —comenta Aristide.

—Pero es que de todos modos no hay profundidad de campo —se indigna Érik de pronto—. No había tres soluciones, ni dos, solo había una solución, y esa solución se llama Antoine Griezmann. Porque en fin...

Las palabras no son más que cadáveres de sonidos, significantes despojados de significado. Interrogan, chequean, exacto, de hecho, flipante, penalti y expulsión, controlan, está guapo eso, a tope, modo curro, te lo compro, o no, punto pelota, me dan ganas de decir, joder que sí, planchado, eso cuesta un huevo de pato, un ojo de la cara, un riñón, hay que echar gasofa, hacer mucho ruido, repellar los silencios con palabras comodín, muletillas, rellenar los intersticios para crear un fondo sonoro donde no se dice nada. Pero es demasiado tarde. La conversación cae ya con la zancadilla de la muerte. Ya no pueden actuar como si no supieran. No pueden hacer como si la ponzoña de la duda no estuviera propagándose. El silencio se apodera del coche cuando llegan al extremo del bulevar de Strasbourg, a la altura de la gasolinera Total; las luces de Neuilly-Plaisance arden a lo lejos, a no ser que se trate de las de Neuilly-sur-Marne.

La muy chula se pensaba que iba a conseguirlo, tener un hijo, un amante, abortar, seguir trabajando como si nada. Su desasosiego se complica y se perfecciona. Ella es aquella que trae consigo la desdicha. Esto no puede ser sino un extraordinario malentendido. Nunca llevo encima los papeles porque me da miedo que me los roben. No llevaba puesto el cinturón porque acababa de arrancar. Cuando he pasado estaba en ámbar, no en rojo. No estaba hablando, estaba escuchando los mensajes del contestador. Un malentendido, eso es, del mismo tipo que las excusas que le ofrecen a ella a lo largo de todo el día. Érik va a echar el asiento hacia atrás, a apoyar los pies en la guantera. Habría caramelos mentolados y cedés olvidados en el portaobjetos. Unos amigos los esperarían a orillas del Atlántico. Pinos rubiales y Dalida. Diástole y sístole. Se irían de parranda a la costa. Tres amigos, eso serían. No pondría policía en ninguna parte.

Surge un Dia a la derecha, justo antes del puente de Nogent-le-Perreux. La visión del hipermercado de baja gama, mezclada con la de la nuca granulosa de Aristide bajo el reposacabezas, evoca imágenes del piso.

Virginie no sabe cómo pudo invitarla sin tomar precauciones oratorias. Sintió vergüenza por él, se preguntó de pronto qué pintaba ella allí, dispuesta a volver sobre sus pasos inmediatamente, como si el mero decorado le gritara a voz en cuello lo que ocurría. Estaba cayendo en el adulterio y la mediocridad. Jamás en la vida había visto una vivienda tan triste ni tan deshabitada. Las zonas comunes tendrían que haberla puesto sobre aviso: piedrecitas negras feng-shui en el recibidor, pasillos insonorizados con activación automática de la luz, como en algunos hoteles. Un inmueble nuevo en el que la altura de los techos se calculó al centímetro legal.

El domicilio de Aristide: un piso de dos habitaciones con suelo de baldosas donde se diseminaban varios elementos de mobiliario: cajones de melamina, estanterías Billy, djembe fantasía, minicadena estéreo, torre para cedés de plástico negro. La cocina era de madera de imitación, una cocina en la que Aristide no cocinaba: placas eléctricas, congelador y varitas de pescado. Más allá: ducha angular y cortina de material sintético impermeable, donde se lavaba con champú cuando se quedaba sin gel y precisamente tenía que comprar. Aquí y allá, cajas de mudanza que acumulaban polvo desde hacía dos años, todo ello sumergido en una luz de bombillas de bajo consumo. Ni té ni café en las alacenas. Un piso nuevo, mal ventilado, tan insonorizado que los vecinos no existían.

Al penetrar en él, Virginie se sintió tan indiscreta como si avanzara por el alma de Aristide. Se le confirmaba la grieta; Aristide no sabía quién era. Su espacio de vida abría entre ellos un abismo insalvable, tan sólido como el que habrían creado unas convicciones políticas antagónicas o una diferencia de edad demasiado acusada. En ese instante, Virginie tuvo la certidumbre de que jamás estarían juntos, de que nunca podría quererlo de verdad; el escalón era demasiado alto. Había observado con frialdad de entomóloga para mantener el control de la situación, ser dueña de sí misma, como siempre, no dejarse llevar. Era una estupidez por su parte, porque sabía perfectamente lo que iba a pasar y en vez de aprovechar ya que estaba allí, ya que había aceptado seguirlo, se resistía, malgastaba el placer como solo ella sabía hacer.

Hizo falta que Aristide se desnudara para que el piso recuperase el color. Su virilidad radiante daba más luz que las bombillas fluocompactas 18 W = 75 W. Virginie se partía de risa viéndolo circular en cueros vivos, con el sexo erecto precediéndolo una décima de segundo. De pronto le hablaba de otra cosa, mostrando la mercancía, como si nada, la verga elevada en una erección definitiva y permanente, similar al mango de una maleta por el que agarrarlo. Cambiaba de tema y a Virginie se le hacía la boca agua solo de verlo. Se reía de su comodidad, aceptaba por fin dejarse llevar, cegada por aquel bello mortal de pectorales marcados y musculatura lisa que ella habría sido capaz de estudiar e identificar como si estuviera desollado. Ahí, el pectoral mayor y el dorsal ancho. Aquí, los deltoides que envuelven el hombro para permitir su rotación. Más

abajo, el par de glúteos, para aturdirla mejor. Muslos y pantorrillas de piedra, para terminar de abrumarla. Hasta la arquitectura de sus pies fuertes, anchos y venosos la asombraba. Era demasiado hermoso para ser verdad. Jamás lograría abarcar un cuerpo así, ni siquiera estaba segura de merecerlo. Pero él no le dejaba tiempo para pensar. No te me escaparás, pareció decirle cuando se acercó para cogerla por la cintura y acariciarle los pechos desde el centro. Y, de repente, Aristide dejó de ser un guaperas de revista, una imagen, Aristide tenía olor, Aristide se volvía carne, ella veía su piel de cerca, frágil, llena de defectos. Cuando la abrazaba, sentía que se derretía, quería aceptarlo tal como era, con su bobería, su inmadurez, su impudor, su necesidad de hacerse pasar por otro. Sus manos anchas la vaciaban, la apartaban, la trastornaban. Los dedos crispados en su pelo, los labios ardientes, Virginie se vio haciendo el amor con ese hombre, se obligó a constatarlo para no tener dudas, después, de que aquello había tenido lugar realmente. Y luego se abandonó por fin y alcanzó unos orgasmos deslumbrantes que la dejaron sin aliento, mientras él se dejaba caer de lado y ella declaraba, sonriente, muñeca de trapo entre sus brazos, que iba a denunciarlo por desacato a la autoridad pública.

A la entrada de Le Perreux-sur-Marne, a la altura del restaurante Maryland, Aristide prueba de nuevo a quebrar el silencio, rectifica la posición del retrovisor para buscar su mirada.

—¿Todo bien?

—Todo bien.

—Lo dices con la boca pequeña.

—Estoy cansada.

—Tienes que hacer una cura de cobre.

Aristide no se atrevería a prodigar consejos de salud si estuvieran los dos solos. Finge estar agotado él también, pone pegas, pretexta que hay que hablar para mantenerlo despierto.

—Cuéntame qué has hecho hoy —pide, lisonjero.

Ella le lanza una mirada torva a través del espejo, tan irritada que le cuesta hablar. En un día así va y le pregunta qué tal.

—¿No quieres?

Exige un poco de consideración, que ella le dedique, al menos, su atención.

—Ha sido un día de mierda. Érik ya se lo sabe.

—No hables mal de un día que todavía no ha terminado.

Hay crueldad en ese hombre o ella no sabe cómo tomárselo.

—¿Sabes hacer dos cosas al mismo tiempo? ¿Vas a poder escucharme y conducir al mismo tiempo?

—Yo no conduzco, yo piloto.

Virginie se calla al principio y luego se obliga a hablar para darle la réplica. Tarda doscientos metros en encontrar su propia voz.

—Hemos intervenido en una reyerta delante del Léo-Lagrange —anuncia con fingida ligereza.

Aristide ha tenido que oírlo por la radio: una pelea con una veintena de implicados, delante del estadio, a primera hora de la tarde, en las inmediaciones del parque. A Virginie le proporciona un malsano placer contarle una misión como esa, la clase de misión a la que no se manda a una mujer embarazada. Un amistoso de fútbol que acaba mal, tantos protagonistas que uno pierde la cuenta. La confusión era absoluta, entre gesticulaciones y gritos, un cuerpo a cuerpo feo y anárquico, golpes mezquinos o ridículos. La mirada no llegaba a acostumbrarse, atraída únicamente por los detalles fotográficos del conjunto. Un chico con la cara ensangrentada suelta puñetazos al cuerpo de otro como si se tratara de un saco de boxeo / un tipo en *shorts* sintéticos vomita flemas, a gatas, agachando la cabeza / otro persigue a una chica, adelanta un pie para abatirla al vuelo / un chaval chilla y titubea a un lado, con las dos manos en la nariz. El grupo de los combatientes ocupaba de repente mucho espacio para luego concentrarse en el epicentro, dotado de una vida propia y pulsátil. Las embestidas acababan en el suelo, al que los adversarios se aferraban para mejorar sus golpes. Todo ello iluminado por un sol vertical que no proyectaba sombras.

—A todo esto, no vuelvas a hacernos esa jugarreta —advierde Érik.

—¿Qué ha pasado? —quiere saber Aristide.

—Pues que al principio se ha quedado mirando la pelea. Como si no quisiera meterse, ¿a que sí, Virgi?

—¿Te daba miedo que se te bajaran las medias?

Érik la tacha de traidora. Ella no había sabido por dónde empezar, es cierto. Se había quedado indecisa, a un lado, paralizada por el espectáculo, incapaz de distinguir a los agresores de las víctimas, sin querer reducir a las malas personas. Su equipo no estaba solo, habían acudido dos más para arrimar el hombro y, sin embargo, Virginie se había quedado en suspenso durante unos segundos, en la frontera del rudimentario pugilato, inmóvil durante el resto de su vida entre los olores a hierba recién cortada y alquitrán tibio, por instinto de protección quizá, sin una idea clara, ausente frente al acontecimiento. La batalla parecía ralentizada por el calor. Se había sorprendido contemplando las camisetas estriadas de sal, el orbe de sudor que un joven greñudo había salpicado al girar bruscamente la cabeza. Sus colegas, en cambio, se habían precipitado sobre la riña sin pensárselo. Y hacían bien, por supuesto, había que paralizar la situación, la cháchara ya vendría después. Virginie había tenido una extraña visión de Érik levantando la vista hacia ella, ciñendo un brazo alrededor del cuello de un individuo, interrumpiéndose en su detención para preguntarle amablemente:

—¿Piensas venir a ayudar o no?

Ella había dicho sí con la cabeza, torpemente. Y entonces el tono cambió, despabilándola de golpe:

—¡Reduce! ¡Al suelo con todo lo que se menee!

Había contraído los músculos de los antebrazos, cerrado los puños un segundo para recuperar la conciencia de su propia fuerza, y a continuación se había tirado a la piscina, con los codos por delante para proteger el rostro, respirando con fuerza, separando con sumo empeño a los rivales, cizallando el aire con las manos, recibiendo golpes cuyo origen ignoraba y que le trituraban los hombros, las piernas. Había derribado a un chico y casi le había dislocado una muñeca para poder esposarlo. Enseguida había vuelto al contacto con treinta kilos de diferencia, cabeza gacha, las dos manos por delante para protegerse.

A posteriori, su vacilación la había preocupado. Se acordó de un instructor que les había dicho en las falsas calles de su academia de policía, en Nîmes, al acabar una clase de tiro:

—En el ejército, las más peligrosas son las jóvenes reclutas, porque todavía tienen escrúpulos, están tiernas aún, porque al principio todavía inhibe matar. Y la primera vez que tienen que disparar de verdad, para defenderse o para proteger a un compañero, dudan medio segundo de más.

Virginie creía que el oficio le había calado hasta los huesos, pero ya no experimenta el estremecimiento de los primeros años, la mano en el tirador de la puerta del coche, en el momento de cerrarla, cuando no sabe qué habrá al final del camino. El operador del puesto principal informa de una trifulca delante del estadio Léo-Lagrange y allí desembarcan sin conocer el número de implicados, si van armados, si se trata de un pequeño altercado o de una batalla campal con bates de béisbol y cascos de botellas. Llegan a una disputa familiar y se encuentran con un hombre armado y atrincherado en su piso. Detienen a un padre de familia al volante por una infracción menor y lo llevan a comisaría por haber proferido amenazas de muerte. A menudo se ha dicho a sí misma que ese escalofrío la llevaría a dejar la policía tras veinte años en el cuerpo, cuando se cansara de no ser más que un pedazo de carne estresada. Ese escalofrío, lo sabe también, le salva la vida varias veces al año al hacer que tome decisiones

automáticas en las que no interviene el valor. Sin embargo, hoy ha asumido el papel de pasiva espectadora, ha observado a unos tipos recibiendo una paliza desde la barrera, dejando que sus colegas encajaran los golpes, sin su intervención, como si la cosa no fuera con ella.

Cuando la pelea se sofocó, había muchos hombres en el suelo, bocabajo, esposados, palpitantes como peces fuera del agua agonizando en la cubierta del barco. Virginie había mirado con gratitud a sus colegas, agobiados de calor.

—Tonifica, ¿eh? —le había soltado Érik, jadeando.

Virginie había asentido con una sonrisa, con la cara lacada de transpiración. El sudor le picaba en los ojos. De pronto tuvo la extraña impresión de que nevaba. Una fina película de copos se asentaba sobre ellos y empezaba a empolverar la hierba del terraplén. El incendio del centro de internamiento había cobrado magnitud. Las primeras cenizas de la cremación se dispersaban ya por todo el distrito.

En el instante en que reconoce sus errores delante de Érik y admite que ha tenido un momento de duda, su mano derecha se acerca a las muñecas del tayiko, seguida de la izquierda. Sí, confiesa que ha tenido miedo, pero se defiende recordándole a Aristide:

—Llevo dos años sin dormir una noche entera.

Abre descuidadamente las esposas, como por capricho.

—¿Qué andas haciendo? —pregunta Érik al oír el chasquido de los dientes metálicos a su espalda.

—No pasa nada, está tranquilo.

—¿Estás de coña? ¿Qué bicho te ha picado?

—Que no pasa nada, cálmate...

—A ver, ¿a ti qué te pasa hoy? ¿Es acaso colega tuyo? ¿Tienes familia en Tayikistán?

—Se las he puesto por delante y no tengo ganas de que te estrangule con ellas, punto.

—Antes convendría saber si es tranquilo o no es tranquilo.

—Es una malva. No da un ruido. ¿De qué tienes miedo?

—¿Qué pasa, que te gusta?

—Lo que tú digas.

—Joder, qué coñazo. Eres un puto coñazo. ¿Es o no es un coñazo de tía?

—Es un coñazo —confirma Aristide.

Si hay alguien que la otosigue, ese es Érik, y Virginie lo sabe. No por nada es el de mayor rango de los tres. Solo ascienden a quienes ya están formateados. Si se ha ganado el galón de plata y el ribete rojo es porque trabaja en pro de la jerarquía. Tiene fama de ser meticuloso, y acaso sea precisamente eso lo que irrita de él, esa mezcla de precisión y ambición.

Ese mismo día han acompañado a una mujer maltratada a su casa. A instancias de la demandante, fueron a su domicilio para que ella pudiera recoger sus cosas sin exponerse a posibles represalias por parte de su compañero sentimental. Érik se apeó del coche a la vez que ella, como suele hacer, con el objetivo de ofrecer dos blancos en lugar de uno solo.

Ya en el ascensor le preguntó a la denunciante por el piso.

—No, no, el quinto —corrigió la joven al verlo pulsar el botón del sexto, creyendo que no la había entendido.

Virginie sonrió bajando la vista, abochornada. Incluso en esa circunstancia se tomaba la molestia de bajar andando la última planta, por si le aguardaba un recibimiento demasiado intenso en el rellano.

—¿Tú de qué te ríes? —le soltó Érik, entre serio y cómplice, acostumbrado a sus burlas.

Una vez en el quinto, Virginie se arrimó ostensiblemente a la pared para seguir mofándose de él sin que la mujer se diera cuenta. Llamó dos veces con los nudillos, suavemente, alargando el brazo, protegida por la pared, por si se producía un disparo a través de la puerta, como le habían enseñado en la academia, para demostrarle a Érik que no había olvidado lo aprendido.

Dentro del piso, su compañero retuvo al hombre en la cocina mientras ella echaba una mano a la chica. Sin embargo, poco después se cansó y se le antojó ir a ver al tipejo, meterse un poco con él. Tomarle el pelo a Érik por el camino le había dado la confianza necesaria. Así que fue a tomar el relevo, solo por el placer de fulminar al sujeto con la mirada, mantenerlo a distancia, demostrarle que una mujer de verdad también sabe hacer eso. Era tirando a guapo, con los ojos color pizarra. Labios llenos y sensuales. Una dentición tranquilizadora, muy blanca.

—Como te muevas, te reviento —le advirtió al tiempo que se plantaba ante él, con los pulgares enganchados al cinto.

El hombre no se movió. La contempló con atención densa, una intensidad casi dolorosa.

Virginie se había engañado con respecto a sus propias capacidades, como un perro que hubiera olvidado la longitud de su cadena. Nada bajo la máscara, ningún vigor. El hombre debió de sentir la fisura, su fragilidad en ese momento, hay quien tiene un don para esas cosas. Ocurrió despacio, tranquilamente. Se puso a insultarla en voz baja.

—Zorra. Mala puta.

Tenía una voz bonita, un poco áspera.

—Perra.

Mascaba las injurias, las soltaba una por una, con los dientes apretados, moldeando las sílabas como cartuchos cargados al máximo. Algo en él cobraba peso bajo la mirada de Virginie. Había adivinado que podía permitírselo, que ella le daría juego.

—Cómeme el rabo, hija de puta.

Fue entonces cuando Virginie se dejó caer en la trampa de los insultos pronunciados en voz baja, sin testigos. Se dejó atrapar por las redes de la ofensa a la autoridad pública, que cuesta detener una vez iniciada, que a menudo una prefiere no revelar por orgullo, para no pasar por persona débil, por pereza, por cansancio, por cobardía, porque no cuentas con los medios, porque sabes aguantar la injuria, porque la negrura del alma es tal que siempre puedes encontrar un fondo de verdad en las que recibes. Se quedó impasible ante la ofensa cuando podría haber abierto la caja de las hostias, agarrarlo por el cuello y ponerlo contra la pared, como había prometido. En lugar de eso, él siguió abrevándola y ella bebió y bebió a grandes tragos. Solo levantó un murete de indiferencia para salvar la cara, fingiendo quedarse impasible, capaz únicamente de repetir una amenaza sin consecuencias:

—Muy bien dicho, sigue.

Y él siguió, seguro de su ascendiente, gozando un poco más de su fuerza de penetración con cada invectiva.

—Anda y lávate, puerca, guarra.

—¿Ya? ¿Ya te has desahogado?

—Putá.

La insultaba tan bien que Virginie empezó a balancearse adelante y atrás sobre los talones, vacilando casi bajo la agresión verbal.

La autopista se acerca. Virginie ha visto el primer letrero color azul real anunciando la dirección de la A86. Acaban de entrar en Fontenay-sous-Bois.

Érik reapareció en la cocina.

—¿Qué está diciendo este?

—Tonterías —respondió Virginie.

La limpia interrupción de la sarta de improperios, como si alguien hubiera cerrado un grifo, la hizo volver en sí un segundo.

—¡Cállese la boca! —le espetó Érik al hombre con voz cristalina—. ¿Estamos o no? ¡No quiero escuchar ni una palabra!

Érik supo timbrar su voz con exactitud para hacerse obedecer, casi al semitono. Érik acudió en su ayuda, sin olvidarse de mantener el tratamiento de cortesía. Érik conoce la teoría. Tan bien la ha entendido, que la aplica mejor que sus propios instructores de la academia de policía. Pesa lo mismo que cuando empezó: setenta y ocho kilos sin uniforme. Es un falso hombre tranquilo que se volvería inmanejable si no saliera a correr tres veces en semana. Érik cree en la ejemplaridad de la pena y en la restauración del valor de la autoridad. Érik está a favor de la pena de muerte en ciertos casos. Érik dice que ellos son los últimos baluartes de las instituciones. Érik considera que Europa es una ciudadela asediada. Érik está a veces tan tenso que parece que va a empezar a sangrarle la nariz. Érik va a llevar a Asomidin Tohirov al aeropuerto Charles de Gaulle porque le han pedido que lo haga, con o sin esposas.

La radio sigue vertiendo su jerigonza de cifras y acrónimos, que no les atañe desde que abandonaron el sector. Las luces de la ciudad se aferran a los pómulos asiáticos de su prisionero. Atraviesan una zona de actividad en obras, recortada por vallas y pasos en zigzag. Una vez alcancen la vía rápida ya habrá pasado el momento. A Virginie le cuesta creer que ese hombre haya tenido el valor de denunciar una red de trata de personas, pero es lo que asegura el dossier que reposa en su regazo. Va derecho a la boca del lobo, le ha dicho la mujer. Al final del camino está la muerte, obscena, echando una mano. En el semáforo siguiente, a la altura de un

restaurante que se hace pasar por italiano, aprovecha que el vehículo está parado para indicarle al hombre que se vaya. ¡Eh!, agita la mano bajo sus narices con desdén, para facilitar las cosas. En realidad no se trata de algo premeditado. Lleva todo el día dando vueltas en ese coche. Sabe que el cierre centralizado no funciona, al igual que el de la mitad del parque de vehículos. Con un poco de suerte, tampoco contará con sistema de bloqueo de puertas. Agita los dedos con un mohín ridículo, una mueca de enojo, como a un perro que le lamiera los pies. Circula de aquí. Ya te tengo muy visto. Desabróchate el cinturón, abre la puerta, largo. Qué harta me tienes. Fuera de mi vista. No puedo seguir respirando el mismo aire que tú. Yo no te elegí, yo no te quise.

El hombre parece no entender, le dirige un semblante perplejo, inquieto. No hay soltura en sus movimientos, impregnados de un largo cansancio. Le falta un hervor, piensa Virginie. El semáforo se pone en verde. Ella se gira instantáneamente, como si no hubiera pasado nada. El tayiko no ha sabido aprovechar la oportunidad; peor para él. Ella abandona la partida. Haga lo que haga, invente lo que invente, Virginie es impotente, abandona todo lo que empieza.

Pero se cruza con la mirada de Aristide en el retrovisor.

Él ha visto sus gestos silenciosos en el espejo. La mira de reojo desde que le ha quitado las esposas al pasajero. Sabe que ha visto algo que no debería haber visto.

Aristide reajusta tanto los retrovisores exteriores como el interior para atrapar a Virginie en ellos. En el siguiente semáforo, simula reducir la velocidad pero no se detiene, se lo salta, deja que el coche siga deslizándose. Érik pone mala cara, echa la cabeza hacia atrás.

—Vamos bien de tiempo. Tampoco hace falta que pongamos la sirena.

Aristide ignora el comentario, vigila la reacción de Virginie a través del espejo. Ella, desorientada, le sostiene la mirada para intentar comprender. En vez de protestar de viva voz después de lo que ha visto, Aristide calla y circula con un huevo debajo del pedal del freno, ajusta la velocidad del coche al color de los semáforos que regulan la circulación, aminorando para mantener el vehículo en movimiento y no hacer más paradas. Virginie hinca la rodilla en el respaldo del asiento. ¿A qué juega? ¿No es todo bastante complicado ya de por sí? La A86 se abre ante ellos. Poseído por la impaciencia, Aristide mete las marchas con brutalidad, con un deseo infantil de omnipotencia. Acelera para asegurarse la ventaja, se precipita sobre la vía rápida con un deleite gélido. El favor de Virginie hacia el tayiko ha sido demasiado vistoso. Qué poco caso le ha hecho estas últimas semanas cuando necesitaba hablar con ella. Aristide no va a dejarse excluir de su propio drama por el primer extranjero que llegue. Es él quien decide qué dirección toma el vehículo, la velocidad, las paradas, él quien tiene la vida de ese hombre en sus manos. Virginie espía su cara en el espejo. Le cuesta creer que se comporte así. En el retrovisor se libra una guerra a cuchillo. Acceden al territorio de Seine-Saint-Denis, bordean los arcos de un túnel que describe una curva. Virginie tiene que agarrarse al asidero que hay encima de la portezuela para no dejarse desplazar por la fuerza centrífuga. La carretera bondadosa se despliega ante ellos, devorada por la velocidad. Con las manos en posición de las diez y diez sobre el volante, Aristide se irrita por los obstáculos que lo obligan a reducir la velocidad.

—¡Avanza, coño! —exclama de pronto, agresivo por la emoción—. ¡«Veículo largo» mis cojones!

Érik chasquea la lengua para manifestar su irritación, pero Aristide no lo oye. Está hendiendo los dominios de la carretera, florecido de cólera, enloquecido en dirección al aeropuerto, los ojos fijos en la tumba abierta de la vía. Un terraplén central los protege de la circulación en sentido inverso. Varios puentes suprimen las intersecciones. Ya no hay semáforos, solo ramilletes de señales, letreros con mensajes variables, asignaciones de vías. Está metido en su papel, cada uno con su inmigrante ilegal, cada uno con su frontera. Él expulsa a este hoy y ella se encargará del suyo mañana por la mañana. La idea se ha apoderado de él desde atrás, como un repunte de orgullo, para proporcionarle el regusto amargo de su poder desorbitado.

Con alivio, Virginie oye que Érik interviene más claramente:

—¿Sabes lo que puedes hacer? —propone, levantando la voz para imponerse al zumbido de los neumáticos—. Pon música. Sáltate todos los semáforos en rojo. Coge las rotondas en sentido contrario. Joder, ¿quieres que nos veamos con el motor encima de las rodillas? Te acabo de decir que vamos bien de tiempo. ¿Qué te pasa?

Aristide levanta un poco el pie, desacelerando pasa por delante del primer cartel oficial del

aeropuerto.

BOBIGNY
CH. DE GAULLE
LILLE

Ahora que lo ve escrito, Aristide puede estar seguro del desenlace del viaje. Hay tiempo, eso es cierto, es él quien pone obstáculos.

Pasan por encima de un restaurante Léon de Bruxelles. Aquí, las letras chillonas de un Office Dépôt. Allá, la sede social de Air China.

El sol ha dejado una banda fina y clara en el horizonte. La atención de Virginie se concentra por un momento en un edificio de ladrillos pegado a la autopista, cuyas dos últimas plantas no están protegidas por las barreras acústicas. Hay ropa tendida en las ventanas. Virginie se pregunta cómo será la vida allí a la vez que su cerebro fotografía el inmueble, pequeño y hastiado.

Se dice que cada vez que pase por delante, dentro de un mes, dentro de un año, de veinte, se acordará de ese momento de su existencia.

—Hoy te has cargado un retrovisor, ¿no? —bromea Érik.

—¡No he sido yo! —se indigna Aristide—. Yo iba detrás, conducía Viking. ¿Cómo te has enterado?

—Lo sé y punto.

—De todos modos no hemos sido nosotros, ¿eso lo sabes también? —comprueba Aristide, como si fuera absolutamente necesario restablecer los hechos—. Ha sido un negro que se ha abalanzado sobre el coche y le ha dado un porrazo, pum, nosotros no hemos visto nada. Escúchame con las orejas: eran dos, estábamos en plena tarde y ellos iban hechos polvo. Tenían sangre en las camisetas, prefiero no saber qué habían hecho. Viking quería que detuviéramos al que había reventado el retrovisor, pero Mathieu ha dicho que no, que siguiéramos adelante y pidiéramos refuerzos. Acabábamos de oír lo del incendio por radio, en el centro de internamiento, sabíamos que no iban a darnos prioridad, así que nos hemos bajado, hemos pillado al colega, lo hemos esposado y lo hemos metido en el coche. Pero, no sé por qué, Viking se ha transformado de pronto en bailarina, ha empezado a conducir muy despacito y el cabronazo ha conseguido abrir la puerta desde dentro. Su colega...

—¿Qué colega?

—El otro macarra, el amigo, que se había quedado aparte mientras arrestábamos al otro. Lo habíamos dejado allí, estaba tranquilo. Se ha puesto a correr al lado de la portezuela, que estaba abierta, intentando entrar para liberar al tío que estaba dentro del coche. Se agarraba con todas sus fuerzas al respaldo del asiento delantero. Y Viking gritando: «¡Quítame de aquí a este hijoputa! ¡Quítamelo de encima!». Y el coche mientras en marcha, ¿eh? Los zapatazos que le he soltado, ¡tendrías que haberlo visto! Lo he dejado hecho un cromo. Viking se arrimaba mucho a los otros coches para que el tío se llevara por delante algún retrovisor. Al final lo he gaseado. Le he dejado el morro niquelado.

—¿Y se ha soltado?

—Pues claro que se ha soltado.

Aristide esboza una pequeña sonrisa de vándalo bruto y racista. ¿Por qué se empeña en mostrarse bajo ese ángulo? Les cuenta la peripecia con aire alegre, como si comulgara con semejantes acciones. Pero hay tanta rabia y tanto dolor en su apariencia feliz...

—El problema es el sistema de bloqueo de puertas, ¿sabes? —añade.

Virginie le dedica una mirada de consternación a través del espejo.

—Habría que revisar todo el parque. En este coche, por ejemplo, no sé si funciona.

Se gira sin dejar de conducir, suelta una risita mirando al tayiko.

—Tú estate tranquilito, ¿eh, muchacho? Qué tontos somos, no hemos sacado la sillita infantil.

Virginie se asfixia, frenética. Aristide ha decidido hostigarla, no deja lugar a dudas a este respecto. Lo de los zapatazos iba por ella. ¿Cómo puede odiarla tanto? Casi se lo reprocha a sí misma, se enrabia consigo misma por estar tan conmovida. Le pican los ojos. Está al borde de las lágrimas.

Él sigue vigilando por el retrovisor el efecto de sus palabras.

—Que-te-den —articula Virginie en silencio.

Aristide agacha la cabeza, sonríe dolorosamente al percatarse de que ella parpadea y tiene los ojos empañados.

La ha perseguido, se ha acercado tanto que ha penetrado en su sistema de defensa.

Ahora duda, enemigo timorato que se asusta en el último momento. Casi tiene ganas de recular, inmaduro como no está en los escritos, todo lo mezquino que puede uno ser cuando está triste.

Pasan por debajo de un segundo letrero que anuncia la dirección a seguir para llegar al aeropuerto. La A86 se unirá pronto a la A3, que a su vez desembocará en la A1. Las autopistas encajadas unas con otras los lanzarán hasta el Charles de Gaulle de un solo empujón.

Ahora que ha logrado su objetivo, Aristide se siente un imbécil. Ha conseguido entristecerla, cabrearla, de modo que ya quiere volver a caerle en gracia, así es el juego. Virginie ha estado muy cerca de odiarlo, ¿no es cierto? La sobreprotege con los ojos ahora que hay un corazón por reconquistar, la acaricia con la mirada, a duras penas se fija ya en la carretera. Solo ha sido un toque de atención, ¡un tiro al aire!, alega con la mirada. Le ha complicado la vida, pero tenía sus motivos. Si tú te pinchas, yo me pincho, parece decir su sonrisa de medio lado.

Su error le quema, se ha pasado de la raya.

Él solo quería que triunfara su insignificante voluntad, que Virginie se enrabiera un poco, intercambiar los papeles. Era su carnaval particular. La magnitud de su secreto lo asfixiaba. No soportaba más la tragedia de su historia, la senda estúpida que han tomado, como tantas parejas antes que ellos, del amor clandestino al peligro venéreo. Ahora se siente mejor. Ha disipado la cólera en la velocidad. Ciertamente, se arrepiente de haber quedado mal. Si pudiera, se pondría de rodillas. Sus ojos mendigan en el rectángulo del espejo. La contempla con una sumisión casi perruna. A partir de hoy, comerá de su mano, esperará que le dé permiso para ir a hacer sus necesidades, velará por ella, hecho un ovillo a los pies de su cama, vigilará hasta sus gestos más mínimos, solo reaccionará al timbre de su voz. Lanza miradas incesantes a un lado y a otro, cuestiona con inquietud cada retrovisor. ¿Ya no queda nada que salvar? Querría rescatar en su mirada un destello, un pestañeo, una señal que pueda interpretar como el perdón.

Pasan por debajo de otra estructura de señalización antes de la bifurcación.

Virginie observa que el semblante de Aristide se ha apaciguado. Hoy no le queda energía para despreciar ni para enfrentarse a nadie. Experimenta una visión fugaz de Thomas, con el cuerpo quebrado sobre la bañerita de plástico azul. Quizá esté dándole un baño a Maxence, pasándole una mano por la espalda, el índice y el pulgar ciñendo un hombro para que el bebé no resbale. Virginie ve el cuerpo bien proporcionado de su hijo, abandonado al placer del agua caliente.

Es entonces cuando la primera autopista desemboca en la segunda. Un letrero de confirmación da fe de que van en la dirección adecuada. La A1 no tardará en anunciarse. Aristide se pasa al carril de la derecha para congraciarse con Virginie y aminorar la velocidad, muy contento de acudir ahora que ella lo necesita. Reduce una marcha porque de su cara emana una feminidad turbia que lo entenece. Aristide toma la salida número cinco a la altura de Aulnay-sous-Bois, como un jugador que quisiera recuperarse.

—¿Por qué te sales? —pregunta Érik.

—Tengo hambre.

—No, si al final vamos a llegar tarde.

—Ser puntual es de mala educación.

Entran en Aulnay-sous-Bois, ciudad florida. Detrás del Carglass, más abajo de la vía rápida, un McDonald's de dos plantas está abierto todavía. Lo rodean para acceder al aparcamiento, pasan por delante de una casa de exposición de la agencia Phénix. Aristide aparca. Virginie es la primera en bajar, abandona al hombre en el asiento trasero.

—Aligerad —les espeta Érik bajando la ventanilla.

—¿Quieres que lo espose otra vez? —propone Virginie.

Érik se queda callado un segundo, vacila. Él también tiene su orgullo. Masculla unas palabras inaudibles a modo de negativa y se conforma con repetir:

—Daos prisa, que no tenemos toda la noche.

—Son cinco minutos —sonríe Aristide—. Ya sabes que conmigo la cosa nunca pasa de cinco minutos.

Virginie y él caminan en silencio hasta la terraza de la hamburguesería. Atraviesan un cinturón de cercas, pasan por delante de las mesas, una familia, una pareja, bordean los módulos lunares de la zona infantil de juegos. Empujan la puerta y penetran en el olor azucarado del local. Los colores cálidos maridan con materiales nobles, madera, cuero y aluminio bruñido. Aquí, esta noche, en este restaurante de comida rápida, la Tierra parece casi habitable. Como prueba, es posible incluso sentarse a comer. Las mesas están atornilladas al suelo para toda la eternidad, enjambradas en torno a varios puestos táctiles. Se ponen a la cola y se miran un instante para reconocerse. Virginie lo ve de frente por primera vez en todo el día. Hasta ese momento, de él no ha visto más que la nuca, el cráneo, la nariz, la masa de las orejas, los ojos en el retrovisor. Le llega a la altura de los hombros. No sabe por dónde empezar, enarca las cejas con una sonrisa, como para tomarlo como testigo de las pequeñas dificultades de la vida. Todavía lo encuentra guapo en un momento como ese, es insoportable.

—No me mires así —le suelta Aristide— que vas a echarte a arder.

Él querría sonreírle con sinceridad, pero no sabe si ya han hecho las paces.

—Vaya carácter te gastas, ¿eh?

—Pues anda que tú —responde Virginie.

Están los dos solos, ya no pueden hacer trampa. Virginie siente ganas de acercarse para abrazarlo, enternecida como una princesa pobre que no tuviera nada más que ofrecer. Experimenta una repentina bocanada de amor, un calor que brota del centro de su cuerpo y la desborda. Reprime el deseo de pegarse a él, de apoyar la cabeza en su pecho. Se imagina la escena, la mirada de los clientes y los camareros ante dos policías haciéndose carantoñas delante de todo el mundo.

—¿Por qué sonríes? —pregunta Aristide.

—Por nada.

Baja la vista un segundo para recobrar la compostura, vuelve a concentrarse en el tayiko. Lo más importante es concentrarse en el tayiko.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que el tío huya?

Aristide no está seguro de haber comprendido el sentido de la pregunta, si Virginie alude a un riesgo objetivo desde que el hombre se ha quedado a solas con Érik o si está formulando una esperanza.

—No —responde, por decir algo.

—Pero ¿tú lo dejarías marchar?

Ha hecho la pregunta a toda prisa, temerosa de desaprovechar el momento, el intersticio en que cabe formularla. Se calla enseguida, casi avergonzada de haberla planteado.

—¿Yo? —pregunta Aristide, extrañado. Desvía la mirada con una sonrisa melancólica—. No lo sé... Si tú quieres...

Y añade, prefiriendo retomar el tono jocoso:

—De todos modos yo no tengo personalidad.

Virginie conoce el peso de la verdad existente en el escarnio que hace de sí mismo. Aristide puede tomar una decisión definitiva y retractarse un cuarto de hora después, es de los que vuelven a congelar lo que han descongelado, de los que se las dan de duros, de los tatuados, cuando en realidad es tremendamente quebradizo. Ella lo ha visto en acción. Víctima, perseguidor, salvador, sería capaz de pasar por todos los estados con tal de llamar la atención. En cualquier momento puede retirarse y desdecirse. Le encanta hacer promesas porque su palabra no vale nada, es dinero fácil, un crédito al consumo que no hay que devolver. En la ciudad no es un hombre tranquilo. Cuando está ahí, está por completo, seductor, generoso, da la impresión de ser alguien. Para luego huir mejor al minuto siguiente, no devolver las llamadas durante dos días, desaparecer sin previo aviso; es su forma de soltar la advertencia constante: «De mí no te enamores, no soy domesticable, nuestra historia terminará mañana».

Observan el coche cargados con sus bolsas de papel marrón. Ella consulta la hora en el reloj y pica unas patatas de la bolsa, que muerde con la punta de los dientes. Todavía no es medianoche, puede comer. El dolor de tripa ha caído en el olvido durante la persecución imaginaria en la autopista. Érik y el tayiko los ven acercarse. A Virginie le dan ganas de sonreír al verlos uno detrás del otro. No son conscientes de lo cómicos que resultan, con la cara vuelta de forma idéntica, como un par de suricatas.

Antes de subir, Aristide abre cortésmente la portezuela con un amplio ademán del brazo, pero cuando Virginie se inclina, le empuja la cabeza con autoridad para que se agache más. Acompaña el movimiento, como en las películas, como si su compañera fuese una detenida a la que hay que impedir que se lesione voluntariamente. Sabe que ese gesto la hace reír siempre y es cierto que Virginie no consigue reprimir una sonrisa, pues adivina que es su manera de hacer las paces.

Aristide se sienta al volante, se vuelve en el asiento y le ofrece una hamburguesa al detenido.

—¡Este no tiene hambre, coño! —se enfurece Érik—. Ya comerá en el avión. ¡Andando!

Se ha enfadado porque lo han dejado solo con el individuo sin esposar. Ha permanecido al acecho durante la ausencia de sus colegas, dispuesto a saltar del vehículo al menor ruido, al más mínimo movimiento. Le asusta tener que rendir cuentas ahora, tener que justificar por radio su posición.

—¿Qué les digo si llaman, eh? ¿Que estamos terminando de merendar? ¿Qué me invento, cuando hemos salido hace veinte minutos? Joder, yo estoy currando, ¿eh?

El telegrama para que los autorizaran a salir del distrito procedía del Estado Mayor. Las esposas, el bloqueo de puertas, las paraditas. Lo hacen para joderlo.

Aristide arranca de mala gana. Calla ostensiblemente para manifestar que desaprueba ese tono. En el breve trayecto que los separa de la autopista, se las apaña para detenerse en todos los

semáforos, reduce la velocidad para darles tiempo de ponerse en rojo.

—¿Pero qué coño haces? —se desespera Érik—. ¡Ya está bien! ¿Os pensáis que no me he dado cuenta? ¿Os creéis que me he caído de un guindo? ¡Ahora que si husmeo el dossier como si fuera una picapleitos, ahora te quito las esposas, ahora me paro en el McDonald's, ahora me como todos los semáforos! Nos han pedido que llevemos a un fulano al Charles de Gaulle, pues llevamos al fulano al Charles de Gaulle. Las decisiones no las tomamos nosotros. Nos pagan para que tengamos eso muy clarito. Policía, aeropuerto, avión.

Les habla como si Virginie y Aristide hubieran perdido el sentido común, la boca cerrada por la mordaza de la obediencia.

—No es ni el primero, ni el último. Si no os gusta, os aguantáis. Si nosotros no cumplimos, lo harán otros. Menos mal que los de la COTEP no son como vosotros. Joder, menudo caos se montaría. ¿Os han cagado en la cabeza o qué pasa?

Aristide inspira hondo, como si se oxigenara ante la perspectiva de una respuesta muy visceral, pero al final no, espira despacio el aire que ha tomado y coge la salida hacia la autopista.

Sus caras titilan bajo el resplandor sulfúreo de las farolas. Cada uno de ellos se enfrasca en la porción de paisaje que le corresponde, Érik a la derecha, Virginie a la izquierda, Aristide delante y detrás, dividiendo todavía en zonas el espacio de la autopista como si estuvieran patrullando.

Atraviesan las áreas periféricas donde las casas se distribuyen más generosamente, penetran en los territorios de las clases medias bajas, de los empleados, los obreros, los pequeños funcionarios como ellos, relegados extramuros, que quisieron acceder a una propiedad al mínimo coste y adquirieron viviendas de obra con tejados de cartón alquitranado, abierto ese nuevo intervalo urbano donde ahora se deciden los resultados de las elecciones nacionales.

Como si fuera tan fácil permitir una fuga, piensa Érik. La idea es muy romántica, pero su realización no lo es tanto. No habría helicópteros por un extranjero que se ha quitado de en medio, por supuesto. Aun así, no podrían saltarse ningún paso. Empezar por tirar a la basura las esposas de Virginie en una de las bolsas de papel del McDonald's, para que parezca que el hombre iba con las manos esposadas y no tener que justificar el hecho de que las llevara libres. Dejarlo ir velando por que otros colegas de patrulla no lo vean salir del vehículo. Y luego esperar unos diez minutos, darle ventaja. Él, Érik, tendría que ponerse a hiperventilar para que pareciera que se ahogaba. Por la radio, en tono de pánico, tendría que efectuar una llamada al puesto principal, explicar que el detenido había aprovechado una parada del vehículo para salir corriendo, mostrarse confuso, equivocarse en la dirección que el individuo había tomado.

¿Acaso han vislumbrado siquiera Virginie y Aristide los pormenores de su amable delirio? Es él, el comandante, el único al que todavía le queda algo de sentido común, quien se sorprende planteándose fríamente todos los aspectos de la cuestión. Cuando los colegas del departamento 93 acudieran como refuerzo, tendrían que adoptar un aire contrariado y furioso por haber permitido que el tipo huyera. El jefe sería informado inmediatamente. Al día siguiente, toda la comisaría estaría al corriente. Virginie y Aristide se saltan a la torera unos líos que ni se imaginan. Los días siguientes tendrían que responder en varias ocasiones a las preguntas de los de arriba, repetir muchas veces que no se habían dado cuenta de que el tayiko se había desabrochado el cinturón. Para justificar la falta de vigilancia, tendrían que reconocer también que no habían comprobado el funcionamiento del cierre centralizado, identificar tal vez al colega que sabía que estaba defectuoso y no lo había señalado, establecer un cabeza de turco. Antes de imaginar la fuga del pasajero, ¿han pensado Virginie y Aristide que tendrían que ponerse de acuerdo en una única versión de los hechos, pero sin caer en un relato demasiado coherente que levantara sospechas? ¿Que tendrían que velar por que sus testimonios fueran a un tiempo inexactos y coincidentes, dar con el detalle que no puede ser una invención, el que concedería automáticamente el sello de autenticidad a su relato y eliminaría la hipótesis de que el detenido hubiera podido beneficiarse de su complicidad?

Luego habría que aceptar ser repudiados durante semanas, meses, olvidarse de ascensos, de primas al mérito, encajar sanciones disciplinarias; una advertencia o una amonestación, en el mejor de los casos. Si la evasión perjudicaba al teniente o al comisario, oírían hablar de ella

mucho tiempo. Les negarían las vacaciones en las fechas solicitadas, los descansos entre turno y turno, las horas extra.

Érik se muerde el labio en la semipenumbra del coche. Virginie y Aristide siguen guardando un silencio grandioso, ensordecedor. Sus miradas ya no se cruzan. Molesto, Érik tiene la vaga sensación de que debe retomar la palabra, defenderse, encontrar una excusa cualquiera para no perderlos del todo.

—Vosotros queréis que nos transfieran a la brigada ciclista, ¿no? ¿Cómo pretendéis que se traguén algo así en comisaría? Soy el que más rápido corre de todo el distrito XII.

No quiere poner en peligro su reputación, eso es lo que ocurre.

—Yo nunca dejo escapar a mis presas, eso lo sabe todo el mundo.

Virginie se adentra en la fisura.

—¿Cómo lo haces, por cierto? Me prometiste que me lo dirías.

—Pensaba que no volverías a preguntármelo —suspira Érik.

Ella sonríe.

—Te lo voy a explicar. Por ser tú. Y porque mientras hablamos sé que no andas haciendo gilipolleces.

—No entiendo.

—Lo has entendido perfectamente.

—No.

—Da igual. Un fulano echa a correr y al principio va a toda leche. Así que es inútil gastar pila. Lo persigues, pero no para cogerlo, sino para mantener el contacto visual. Lo que hay que hacer en un primer momento es pisar un poco el freno para ahorrar fuerzas.

—Pisar el freno, claro.

—Que sí. Hay que hacer tiempo. Mientras no te dejes arrastrar a un sitio al que no quieres ir, todo bien. Total, que tienes que estar al loro. En un momento dado es el otro el que aminora el paso. Ya no puede más, le da flato, echa los pulmones por la boca, está cansado. Y entonces es cuando tú vas y pisas el acelerador, que va como la seda, y le das caza. Y chimpún.

—Qué pena que te lastimaras jugando al fútbol el domingo pasado —declara Aristide.

—Sí, qué lástima —reconoce enseguida Virginie, mezclando su voz con la de él.

—Me estáis tocando los cojones. Vale ya de pamplinas. ¿Me tomáis por gilipollas o qué pasa?

Levanta la voz por principio, pero el tono ha cambiado. Es el detalle que buscaba, muy a su pesar, para dar credibilidad a su hipotético testimonio. Sus colegas se lo ponen en bandeja de plata. Tendría que exagerar la rigidez que experimenta en los muslos desde el último entrenamiento. Tendría que fingir que cojea un poco por efecto del calambre.

—Aquí hemos venido a sufrir —añade para no enredarse.

—Ya estamos con las palabras altisonantes —se mofa Aristide.

Virginie recupera el aliento, como si repetirlo ahora le costara un tremendo sufrimiento.

—¿Por qué tenemos que hacer esto? —pregunta con un hilillo de voz.

—¿Ya estamos otra vez?

La discusión queda en suspenso unos instantes, peligrosa. Han confiado la sucia tarea a los mal pagados trabajadores de una administración estatal, que tendrán que cargar con ello. La responsabilidad se reparte entre la prefectura, los vigilantes, los escoltas, la policía de fronteras, los pilotos, los azafatos, los auxiliares de vuelo, para que cada uno disponga de la comodidad de pensar: no soy yo, es el otro.

—Mi objetivo —declara solemnemente Érik— es que esta noche regreséis a vuestras casas sanos y salvos.

—¿Te sientes amenazado? —se interesa Aristide—. Pero míralo, si tiene el cuerpo de un niño de diez años.

—No me refiero a él.

—¿A quién te refieres, entonces?

—A nadie en concreto. Hablo en general.

Los halos de las farolas se diluyen en la noche. En el interior del vehículo, la luz los hipnotiza con su parpadeo mínimo.

Érik se deja caer contra el reposacabezas. Los oye pensar desde hace un momento. Indudablemente, lo consideran un soplón, una sanguijuela. Creen que solo sabe acatar órdenes. Cometen una suerte de error permanente con respecto a Érik. No se han percatado, porque el comandante goza de cierta reputación dentro del cuerpo, pero está haciendo aguas. La policía ha calado en todos los compartimentos de su vida desde hace dos años. Ya no cuenta las nocheviejas, las comidas familiares, las invitaciones a casas de amigos, los cumpleaños, las ferias, los fines de semana en los que no participa debido a los turnos. En el tren de cercanías se sienta sistemáticamente al fondo del vagón para no tener ningún pasajero detrás y poder mantener todo el espacio dentro de su campo de visión. Su vigilancia se ha vuelto tan mecánica que no puede evitar comprobar si lo siguen de noche, cuando vuelve a casa. Antes de contratar una canguro, la «rastrea», pese a que está prohibido. Teclea el nombre de la chica en la base de datos de antecedentes judiciales para asegurarse de que no hay nada que temer. En el coche, antes de arrancar, se mantiene en guardia hasta que se activa el antirrobo. Incluso en vaqueros va de uniforme. Incluso al volante, con los niños armando jaleo en el asiento de atrás, está patrullando. En los espacios públicos Pascale le pide que deje de escudriñar a todo el mundo. Es superior a él, hasta el punto de que a veces le preguntan: «¿Nos conocemos?». Por la calle, insiste en que su mujer lleve el bolso del lado de los edificios. En los medios de transporte, en que no saque el móvil. Por principio, jamás se despiden enfadados. Porque cualquier día de estos puede que no sea él quien la llame. Érik está casado con su trabajo, como todos los polis del mundo. Visto desde fuera, parece muy concentrado. Diríase que se ha vacunado contra los golpes, día tras día, inmunizándose contra la violencia del mundo mediante la tolerancia, con dosis progresivas. Se ha insensibilizado, sin más. No es más resistente, ni más fuerte, ni más profesional que los demás, simplemente ha puesto distancia. En su rostro, una máscara se solidifica año tras año. Pero por dentro se ha iniciado la hemorragia. Por las mañanas, a la hora de vestirse, ha tomado por costumbre escoger el calzoncillo diciéndose que, si hoy va a quedarse en el sitio, al menos que esté presentable, en el depósito, en la morgue, sobre la mesa de autopsias. El pensamiento dura apenas un segundo, pero lo tiene. Elige ropa interior que no lo ridiculice a ojos del forense. Ya no es capaz de separar. ¿Esas cosas se notan? Algunas noches, cuando vuelve a casa después de haber estado en presencia de un cadáver, se detiene delante de la puerta. Espera hasta que la luz se apaga para desvestirse en el descansillo. Se despoja de las prendas, una por una. Le gustaría poder dejar la mierda en el umbral de ese modo, entrando completamente desnudo en el piso. Atraviesa las estancias a oscuras, va directo al cuarto de baño, apretando contra él la bola de ropa, la mete directamente en el tambor de la lavadora. Dos ciclos de lavado no bastan para eliminar el olor a carne echada a perder. Se da una ducha interminable, sin lograr desprenderlo de su piel. Pascale nunca le ha comentado que huelan a muerto, pero él reconocería ese aroma entre miles: azucarado, insidioso, punzante como el amoníaco. Al ir a darle dos besos a una colega una mañana, lo identificó bajo su perfume. Su piel lo había retenido para siempre.

Hoy, durante la tarde, Érik fue a constatar un robo con allanamiento en un chalet en un extremo de Vincennes, con Virginie y Hervé. Esperaba la habitual visita de condolencias, encontrarse con una familia traumatizada por la intrusión, que tuvo lugar mientras dormían; habían sacado los cajones de las mesillas de noche sin que se despertaran. Érik sospechaba que tendría que reconfortar a esas personas, explicarles que podían darse con un canto en los dientes por no haberse despertado, pero no, la mujer que les abrió la puerta no parecía devastada. Y, si lo estaba, no lo ponía de manifiesto. Era delgada, guapa, tenía arrugas y la silueta de una profesora de danza jubilada.

Era un chalet viejo de piedra moleña, con marquesina, una escalinata de entrada desportillada y limpiabarros. Las persianas bajadas conservaban el frescor de la piedra. Un par de esquís, una horquilla y varios tubos con pelotas de tenis atestaban la entrada. Pasando por debajo de un tragaluz embellecido por un sol poniente, el desorden continuaba en el salón de baldosas hexagonales rojas. Algunas estaban sueltas, inestables, se tambaleaban un poco bajo la reverberación de las botas. Unos bafles Elipson en forma de bolas de escayola con el piquito de los agudos, un cenicero de jardín, sillas tulip con sus respectivos cojines en el asiento; todo daba la impresión de que el tiempo podía aminorar su ritmo. Allí se había demorado en los últimos años de la década de los setenta, una época en la que todavía podían robarte los limpiaparabrisas. Alguien escuchaba Queen en el piso de arriba, sin que por ello se alterase la quietud de la casa, su sonoridad propia de las tardes de verano. Érik avanzaba contando los pasos, se sorprendió mirándolo todo, desplazándose despacio, muy despacio, como si pudiera rejuvenecer en la dulzura de aquel sepulcro.

—Qué casa más grande tienen —comentó, por decir algo.

—Sí, cuando terminamos de limpiar una parte, ya toca volver a empezar con la otra.

Era casi como si lo tuteara. La mujer sonreía, divertida, viva, descalza. Visiblemente, el dinero no era un problema, como tampoco su uniforme.

—Y veo que tienen jardín...

—¡Ah, el jardín! Cuando nos mudamos, creí que nos daría más espacio, ¡pero es todo lo contrario! Ahora es el jardín el que invade la casa...

La mujer señaló, contrariada, un rastrillo de desbrozar apoyado contra la pared del salón, un puñado de flores en el suelo, un semillero de poliestireno.

Lo había invitado a salir mientras Virginie y Hervé procedían a efectuar las primeras comprobaciones. El terreno poseía el mismo aire de libertad que la vivienda. Varias herramientas jubiladas conformaban un mikado al lado de un barril para el agua de lluvia. Por el suelo, entre la hierba alta, un kayak del revés terminaba de desteñirse. Érik dio unos pasos, protegido de las miradas y los ruidos de la ciudad por el vigoroso verdor, turbado por la aparición inesperada de la naturaleza a las puertas de París. El jardín parecía no tener fondo, perdido entre masas borrosas de gramíneas. Destacaba un peral, que ostentaba con orgullo sus frutos pequeños y duros. Se distinguían raíces esculpidas, trozos de madera recogidos en alguna playa nudista,

atravesados por retoños que brotaban entre la hierba descontrolada. Los dueños del lugar no querían rendirse. Daba fe de ello un bote de pasta cicatrizante, bidones de enraizante orgánico. La mujer se ensombreció y se agachó delante de una corola de hojas.

—No plante nunca gardenias. ¡Mire cómo está! Con todo lo que he hecho por ella...

Gesticulaba como si se tratara de una disputa muy antigua en la que Érik debiera tomar partido.

—¡A las gardenias nada les sienta bien! Ni el calor, ni el frío, ni que las rieguen, ni que las dejen de regar...

Había girado sobre los talones con intención de volver a entrar en la casa.

—Voy a ver si mi marido no está contándoles muchas sandeces a sus compañeros. ¿Toma café? Sí, usted toma café. De todos modos iba a prepararlo para mí. ¿O prefiere algo fresco, mejor?

El fino perfil de los arbustos recortado contra el cielo azul, el carácter repentino de esa sensación de bienestar, la libertad de esa mujer que llevaba con brío los sesenta, esa impresión de seguridad; todo lo había desarmado, como cuando una comodidad demasiado súbita llega a resultar desestabilizadora, la pista demasiado clara de la alegría de vivir. Érik había avanzado un poco más en el aire caliente, al descubierto. Aplastaba tallos de hierbabuena bajo las botas, respiraba más hondo para rejuvenecer la sangre, para aligerarse de su carga por un momento. Más allá, detrás de un parterre de ortigas, un seto vivo parecía cerrar el jardín. Se había marcado el objetivo de alcanzarlo para ganar tiempo, para prolongar el instante, aunque tuviera que poner el pretexto de una comprobación rutinaria. Le habría gustado ser capaz de nombrar los arbustos que lo rodeaban, espinos, endrinos. Había franqueado un matorral de juncos y se había encontrado ante una especie de muro de vegetación, detrás del cual se había topado con un caballo. Al principio no dio crédito. El matorral delimitaba un vallado de varios metros de longitud donde había un francés de silla. El animal había efectuado un movimiento de repliegue al verlo.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Érik, sorprendido.

El corcel castaño lo miraba con sus ojos tiernos y abombados. El pelaje tembloroso dibujaba efímeros reflejos tornasolados. Érik se quedó inmóvil frente a la elegancia del animal, el contraste entre sus patas, tan finas, y el cuello potente que iba de la quijada al hombro. Entonces ¿era posible llevar otra vida? ¿Más lenta, más apacible? ¿Una vida en la que uno se exponía a los robos, sí, pero donde no sufría interrupciones sin cesar ni se veía obligado a pasar de una misión a otra? ¿Una vida en la que se podía criar un animal de monta? Un horizonte insospechado se abría ante sus ojos, una vida sin hamburguesas dobles de pollo barbacoa con bacon, en la que no se comía a escape en el coche, en la que no había que enfrentarse a la crueldad del mundo. Una vida cuyas jornadas no se desmigaban en intervenciones insignificantes e irrelevantes. Estando de servicio, ya no formateaba entre una misión y la siguiente, ahora era incapaz de poner los contadores a cero. Después de tres horas de insultos, ya no sabía escuchar con paciencia a la siguiente anciana sin hacerle pagar por unas injurias que ella ignoraba por completo. Anotar sin temblar una denuncia por robo de tapacubos tras la detención de un marido violento que pegaba a su mujer delante de los chiquillos. Tenía quince años de fondo. Quince años enterrando sus deseos, escapándosele la vida. Quince años preparando vagamente el traslado, el regreso a Bretaña, agotado como un centinela al que olvidan relevar. Se había dejado mecanizar, echar a perder por el oficio, ya solo podía ofrecer técnica. Empezaba a perder la partida. Hasta el punto de que el pelo le había encanecido precozmente. Su boca ya no tenía color. Cuando miraba ahora su rostro en el espejo, sus cicatrices de acné mal curado, veía a un hombre triste.

El nerviosismo del caballo lo sacó de su ensoñación. Percibía en él unos movimientos de caderas un tanto extraños. La propietaria había vuelto con una taza en cada mano.

—Podría usted poner barrotes en las ventanas de la planta baja —propuso Érik a la vez que aceptaba el café que ella le ofrecía—. Si quiere evitar que vuelva a pasar.

—Ah, no, eso sí que no.

El francés de silla triscaba sin moverse del sitio, abriendo bruscamente las patas, dando latigazos al aire con la cola para espantar moscas invisibles.

—¿Siempre es así?

—Qué va, esto es nuevo. No para quieto. Maúlla como un gato, no sé qué le pasa.

—¿El calor, tal vez?

—No, es algo que viene del bosque.

El animal olisqueaba el aire en dirección a los bosques, con los ollares dilatados.

—Debe de pasar algo fuera de lo habitual allá abajo —sugirió la mujer, traspasando el cercado para acariciar al caballo—. ¡Chiss! No pasa nada... ¿No sabe usted qué puede ser? Y eso que hoy no hay carreras... ¡Anda, mire!

Y señaló el horizonte con un dedo. A lo lejos, más allá de los árboles, detrás de la pista de carreras, una voluta de humo se deshilachaba despacio en el cielo.

En medio de la noche, dos luces de posición, una roja y otra verde, indican que un avión acaba de salir de una de las pistas de despegue del Charles de Gaulle. Aparece otro letrero, obsesivo, anunciando la próxima ramificación. Esta misión tiene algo raro, reconoce Érik.

Sus convicciones se desmoronan, pero él aún resiste.

Muere un hombre por segundo. Un dato que se aplica a él como a cualquier hijo de vecino. Un verdugo no es un asesino. Ese hombre es tayiko, pero mañana será angoleño, iraquí, afgano, sirio, tamil, kurdo, marfileño. Nadie ha dicho que haya que ser indiferente, pero uno no puede sentirse responsable de la suerte de cada ser humano que se encuentra. ¿Por qué hay que concederle más atención a este que a otro?

Érik sabe que Virginie y Aristide no piden gran cosa, en el fondo. A sus colegas solo les gustaría dar un empujoncito a la suerte. Si me tocan mucho los cojones, dimitiré, decide de pronto, sorprendido él mismo de la sencillez de la proposición, de haber logrado formularla, incluso. No esperaré el traslado, piensa, me mudaré yo solito como un niño mayor, buscaré otro trabajo, mataré dos pájaros de un tiro. Hace mucho tiempo que no espera nada, ahora lo admite. Lo fingía, había renunciado, buscaba excusas para no moverse, porque tenía miedo. Lo reconoce, lo reconoce por fin. Le ha hecho falta este día, esta misión, para comprenderlo por fin. Necesitaba verse sentado en este coche, con estos dos energúmenos, para tener el valor de confesárselo a sí mismo. Hace mucho tiempo que no espera nada.

El revestimiento de la carretera acaba de cambiar bajo los neumáticos, más liso, más sordo en este tramo rehecho por completo. A pesar de que la calidad de la recepción es buena, agarra el transmisor.

—TV12 llamando a TN12. Cambio.

Sabe que la perspectiva del traslado se alejará un poco más con la evasión del extranjero. Cierra los ojos porque, en el fondo, hace mucho tiempo que lo tachó con una cruz. Ya no creía en ello y no se atrevía a reconocerlo. Tenía miedo.

—TN12. Adelante.

—Estamos a la altura de Aulnay-sous-Bois, estamos perdiendo la señal.

Apaga la radio.

Se hace un silencio. Aristide lo mira de soslayo, sin mediar palabra. La recepción era correcta. Las ondas rayadas del puesto principal les llegaban sin problema. Al desconectar, Érik ha interrumpido la geolocalización del vehículo. A partir de ahora son libres, independientes. No tienen que rendir cuentas a corto plazo. En el coche, la tensión cobra vida. En la parte de atrás, Virginie tampoco se atreve a interrogar a Érik. Eliminar la ambigüedad lo pondría todo en peligro. Si esa es la manera que Érik ha encontrado de mirar para otro lado, deben permitirle que abdique sin deshonor, sin que tenga que reconocerlo, seguir su impulso, de un modo natural, sin tratar de remar más deprisa que la corriente.

Un centro comercial amuebla el paisaje a la derecha, cercado de grandes letreros, Carrefour, Toys“R”Us, UGC Ciné Cité. Luego, un ramillete de tres torres de agua, como un punto de referencia. Aristide deja que el vehículo se deslice por la circunvalación menor que acaba de ofrecérseles, pasa de la A1 a la A104, desacelera para abandonar de nuevo la vía rápida.

—¿Y ahora qué es lo que pasa? —gruñe Érik para hacerles creer que no cede del todo—. Antes tenías hambre, ¿ahora qué? ¿Tienes ganas de mear?

—Vamos a disfrutar de la naturaleza —propone Aristide—, te sentará bien.

—A mí no me hagas la maña de la avería, ¿eh? Te lo aviso: ni besos, ni mamadas.

Sarcasmos, porque todavía no tiene fuerzas para decir que sí ni para proponer la conversación sobre la versión común que tendrán que presentar.

Emprenden el bulevar André Citroën, que bordea la fábrica del grupo PSA, toman la rotonda en dirección Chelles y Livry-Gargan.

La luz escasea. Atraviesan la zona industrial de Villepinte, rodean un Leclerc Drive. La masa oscura del bosque de Sausset aparece a la izquierda, se encrespa a un lado del vehículo, negra, imprevisible.

Aristide reduce la velocidad, se acerca a un sendero donde mete bruscamente el coche. Se adentran entre los troncos por un camino difícil, abofeteados por las ramas. Los conos de luz cuajan arcos de zarzas, crispaciones de helechos a ambos lados de la vía. En perpendicular se abren caminitos estrechos, senderos cortafuegos que se desvanecen enseguida, tragados por la oscuridad.

Ya no se atreven a pronunciar ni una palabra, zarandeados por las anchas raíces que levantan el vehículo, rendidos a la vida salvaje donde cada contorno constituye una amenaza. La luz artificial de los faros parece excavar el paso, levantar el telón de matorrales. Si Aristide apagase las luces ahora, tal vez el camino podría cerrarse, la tupida vegetación podría sepultarlos.

Circulan hasta la espesura del bosque, se detienen debido a un ensanche del sendero, una aparición tranquilizadora del cielo. La vegetación negra de los árboles se ha iluminado en lo que semeja el inicio de un claro. Aristide apaga el motor. La extinción de los faros devuelve a las sombras su delicadeza. Se apean los tres, abandonando al detenido en el vehículo.

El silencio resucita el chirrido de los insectos, el silbido lejano de la autopista. El bosque ha perdido lobreguez en esta parcela.

Dan unos pasos adentrándose en el abetal, se alejan del coche para que su protegido entienda que ha llegado el momento.

Aristide y Virginie van delante, seguidos de mala gana por Érik. Las acículas de los pinos bajo sus botas generan un ruido ensordecedor en sus oídos. Érik se queda un poco rezagado contemplando los árboles, presa del falso silencio del sotobosque, desorientado por la irrupción de la naturaleza, por su austera belleza, tan cerca de la ciudad, tan cerca del aeropuerto, supervivencia inesperada de la Francia de los bosques profundos, de los señoríos de caza. El olor acre de la vegetación recalentada por el sol penetra en sus pulmones. Érik husmea el aire

perfumado de resina y hierbas secas a la vez que reanuda, por donde la había dejado, la construcción de sus planes, su solicitud de nuevo destino, la dimisión, la mudanza. En Bretaña, su región natal, será más fácil encontrar una casa con jardín. A través de las ramas, las estrellas se han reavivado. En ese bosque que protege un poco de la contaminación lumínica, Érik vuelve a tener acceso al cielo. Hay tantos otros oficios que él sabría desempeñar...

—Desde aquí podrá llegar sin dificultad a la estación de cercanías de Villepinte —constata Virginie en voz baja.

Aristide se aleja para orinar, expresa a voz en cuello su satisfacción masculina.

—¡Me flipa mear en el bosque! ¡Tendrías que probarlo, Virgi! De hecho, diremos que paramos para eso. Una parada para hacer aguas menores, porque no aguantabas más. Te echaremos a ti la culpa. ¿Qué hora es en Tayikistán?

—Cállate, anda, que no sabes ni dónde está Tayikistán.

Aristide regresa con cara de felicidad. Al constatar ese aire guasón, Virginie no puede evitar sonreírse. De pronto se sienten ligeros, vagamente excitados por ese ambiente de encuentro en el bosque para efectuar un intercambio de prisioneros.

—Si algún día quisiera pegarme un tiro —declara Aristide—, me vendría aquí.

—Qué majo.

Hace bocina con las manos e imita el ululato de una rapaz no identificada.

—¿Todo bien, amigo de los bosques? ¿No puedes cerrar esa boca un segundo? ¿Solo uno?

Aristide se pone a explicarle por qué los hombres son más fuertes que las mujeres.

—Si quieres equilibrar un equipo, nunca pongas más de una mujer por coche. Un oficial al mando jamás dejaría a dos tías patrullando sin un tío. Jamás.

Virginie se tapa las orejas para no escucharlo.

—¿Cómo se hace un policía, mona de cara? Coges a un hombre. Una mujer sola no hace un policía. Ni siquiera dos mujeres solas hacen un policía. Hace falta al menos un hombre y una mujer para crear un policía, ¿te enteras?

Virginie lanza una mirada en dirección al coche. El tayiko sigue dentro. El plano de sus pómulos forma una mancha clara en la parte trasera.

Vuelve sobre sus pasos, rodea el vehículo para abrir del todo la portezuela de su lado, de manera que la invitación sea todavía más evidente. El hombre no reacciona, helado de inmovilidad, la mirada fija al frente en una especie de perplejidad estúpida. Puede que necesite más tiempo, admite Virginie. Vuelve con sus colegas, guiada por las bandas reflectantes paralelas de los uniformes, bien recortadas en la noche.

—¿Qué está haciendo? —pregunta Aristide.

—No lo sé.

—¿Le han dado tantos palos que se ha vuelto gilipollas o qué pasa? Tendríamos que haber cogido un Citroën Evasion en vez de un Renault Captur.

—¿Era necesario? —suspira Virginie.

—Llevo un rato con el chiste en la cabeza, tenía que hacerlo.

Un poco más allá, el hombre sigue sin moverse. Sus tres vigilantes le lanzan miradas de reojo, desconcertados. Desde lejos parece observarlos con un aplomo extraordinario. Casi los intimidaría con su impasibilidad. Diríase que los espera. La puerta está abierta a la noche y él se queda confinado en el coche, seguro de que está en su derecho. De pronto, los policías tienen toda la pinta de tres fugitivos apuntados por la mira de sus ojos. Un poco más, y es él quien los ha escoltado desde Vincennes.

—Me encantaría que alguien me dijera qué estamos haciendo aquí —dice de repente Érik.

Virginie vuelve de nuevo sobre sus pasos, irritada, comprendiendo que ya es hora de poner los puntos sobre las íes, que el jueguecito no puede prolongarse eternamente, que la paciencia de Érik tiene un límite. Se inclina sobre el tayiko, busca su mirada.

—¡Vete! ¡Lárgate!

Le muestra el bosque. El hombre la escudriña como si su voz tardara varios segundos en llegarle. Sus ojos negros arden de angustia. No se mueve del asiento, atontado, reducido a funciones vegetativas.

—Te dejaremos ir —le asegura Virginie, con la esperanza de que el tono de su voz cumpla su función—. No diremos nada. No intentaremos cogerte. Atraviesas el bosque, llegas al tren de cercanías, que va directo hasta Châtelet. ¿Quieres dinero? Toma, coge. Para el billete...

Le pone un puñado de moneditas en la mano, le tira de la manga, lo desequilibra para que ponga un pie en tierra. Lo agarra por la espalda del jersey, lo yergue.

—¡Venga! ¡Lárgate! ¡Ya no nos necesitas! Ya eres mayorcito. Haznos el favor. Nos tienes hartos.

Se sorprende empleando el tono de voz que usa a veces con Maxence. El hombre está más seco que un palo, tiene el torso de un pajarillo, pero Virginie confía en él. Decide que se trata de una delgadez de las buenas, de las que dan resistencia. Le ve aspecto de maratonista, de corredor flaco con los dientes muy blancos. Puede caminar, trotar hasta desfallecer. Un desencantado de Asia Menor como él, que ha llegado hasta ahí, que ha atravesado pedregales en la noche helada de las cumbres, que ha dormido en un saco con capucha en su país de montañas muy viejas, aligerado hasta lo esencial para avanzar mejor, huir en cuanto sea necesario, andar hasta la embriaguez, ¿se dejaría achantar por una parcelita de bosque en plena región parisina? ¡A otro perro con ese hueso!

Lo abandona de nuevo, recuperando la esperanza de verlo echar a andar, como si lo más duro hubiera pasado, segura de que lo demás vendrá solo.

—¿Se está riendo en nuestras narices? —pregunta Aristide cuando Virginie regresa.

—Qué va. Lo que pasa es que no entiende.

—Sí, este se está quedando con nosotros. Por cierto, no se dice «lárgate», se dice «lárguese». No tutees, bebé. Menos mal que Érik no te ha oído.

El comandante no responde. Vigila el camino muy a su pesar, estresado por la espera que se alarga, por la incongruencia de su presencia en medio de unos árboles resinosos a esas horas.

Virginie lanza una mirada para volver a comprobar. El prisionero está de pie delante de la portezuela, en el lugar exacto donde ella lo ha dejado, paralizado ante el tupido muro de árboles. ¿Por qué está dejando pasar semejante oportunidad? No tiene sentido. No lo detienen los troncos que se alzan sombríos, ni las zarpas del monte bajo. Virginie reconoce a regañadientes lo que su inteligencia se niega a ver desde hace un rato. Su mirada, ese pavor que ella ha sentido en lo más hondo de su pecho cuando lo ha obligado a salir del coche... Que la policía te libere después de que se haya decidido devolvarte a tu país, cuando no se han creído tu historia, es una posibilidad que no existe para él. Virginie le ha abierto la puerta para quitárselo de en medio. Van a abatirlo de un balazo en la nuca. Están buscando una excusa, han recibido órdenes de ejecutar una operación no oficial. El hombre supura de miedo, convencido de que lo han llevado hasta allí para someterlo a una ejecución sumaria. Si echa a correr entre los árboles, le reventarán el cráneo a culatazos y lo enterrarán allí mismo. Eso es lo que el tayiko se está diciendo, encerrado en su silencio. No sospecha que intentan ayudarlo. No puede adivinar que la policía tayika y la policía francesa no entran en el mismo saco. No sabe que ninguno de los tres ha disparado jamás a objetivos que no sean de papel. ¿Cómo podría imaginarse que, la primera vez que Virginie sacó

el arma reglamentaria, llamó a sus padres para contárselo? Ese hombre posee la mirada vacía de los torturados a los que se les ha arrebatado para siempre la confianza. Tiene los ojos deslustrados de los huidos a los que se les han inhibido los mecanismos de defensa, quebrado la voluntad, aniquilado la imaginación. Nada más dar el primer paso, lo liquidarán como a una alimaña. De repente Virginie se siente cansada, agotada por el uniforme, agotada por el odio ordinario de la gente. La incapacidad de ese hombre para fugarse la ensucia un poco más. A ojos de los franceses, la policía es enredadora, provocadora, sin dos dedos de frente, holgazana, alcohólica. A ojos del tayiko, es por fuerza torturadora y asesina.

Virginie lo ve en la distancia, montando de nuevo en el coche.

A Virginie le cuesta creerlo, la cabeza le da vueltas. Le dan ganas de abofetearlo. Gira la cabeza para no ver, para no atraer la atención de los otros dos tan pronto, para volver en sí, esperar todavía un poco, dejarle una última oportunidad de hacerla mentir.

Érik, por su parte, va y viene por el caminito para engañar la ansiedad. Al final del camino, cuando da media vuelta, echa un vistazo, se extraña de que el extranjero haya logrado desvanecerse entre la vegetación sin hacer el menor ruido. No, constata él también que se ha metido en el coche. ¡Ha vuelto a sentarse!

La portezuela ha quedado abierta a la noche.

Siente un vértigo, como si fuese a él a quien la puerta descuartizada escupirá en el vacío. Siente que la desesperación de ese hombre se vuelve suya. A él también se le antoja que esa puerta da a lo desconocido. A él también le da miedo la libertad ahora, tan frágil, tan incierta, tan exigente. El pájaro no ha volado. Hay una resignación tal en ese extranjero, tal indiferencia ante su propia suerte, que llega incluso a dudar. Ha dado rienda suelta a sus sentimientos, sus proyectos de traslado, sus ganas de jardín y de verdor, sus castillos en el aire, como quien libera a un caballo de sus arreos para que retoce a placer, porque es agradable dejar volar las fantasías de independencia. Poder decirse en todo momento: lo dejo. Mañana lo dejo si quiero. Es, incluso, la condición para seguir, aguantar el tirón de la mala racha hasta que se restablezca el equilibrio. Ha flaqueado, pero el detenido lo hace entrar poco a poco en razón. La retractación de ese hombre suena como una orden para que se rehaga, una advertencia. Cada minuto que pasa lo devuelve un poco más a la realidad. Se despierta en ese bosque porque se ha dejado llevar por la situación, desorientar por el decorado y los perfumes, porque era un momento bonito, pero ahora casi nota cómo se le suben los colores. Ha desvelado una parte de sí mismo que lo inquieta. ¿Cómo ha podido exponerse de esa manera?

La proposición de sus colegas se le aparece paulatinamente en toda su odiosa desnudez. ¿Él, un policía fracasado? ¿Un hombre en el que los superiores podían confiar? Ha perdido la coherencia, ha errado unos instantes, deslumbrado por el impresionante proyecto de sus compañeros, emponzoñado por sus preguntas insidiosas, sus aires de consternación, su elegancia moral.

Están desacatando una orden.

Están retorciéndola, quemándola, cuando no deberían conocer más que eso. Las bonitas ideas decorativas que invocan sin nombrarlas, la democracia, el estado de derecho en el que sin duda están pensando, todo ello empieza por el respeto de las órdenes. Ellos son los eslabones de una ristra jerárquica que va del vigilante al ministro. Si flaquean, si estallan, se debilita toda la cadena de mando, el edificio entero. ¿En qué ha ido él a embarcarse? ¿Cómo ha podido plegarse tan rápido, adoptar ese aire contemplativo que le pega tan poco? Ha cortado el cordón sonoro de la radio por bravuconería, por jugar a ser él también un macho tranquilo, un dandi de los derechos humanos.

Virginie y Aristide ni siquiera han conspirado, Érik pondría la mano en el fuego. Ellos

también se han dejado arrastrar por la corriente. ¿Acaso no ve, ahora, que la follonera de Virginie ha lobotomizado a Aristide? ¡Aristide, con su rebuscada forma de hablar! ¡Aristide, con sus aires de policía con un gran corazón! Él tampoco está cómodo con la situación. Lleva un tiempo un poco pocho, se lo han dicho. Pero ahora que lo piensa, es tan evidente. Desde hace un momento se las da de poli bueno delante de la poli buena. Ya no sabe ni dónde tiene la cara. Mira que abandonar su honor y su reputación en el triste trayecto que va de París al Charles de Gaulle. ¿A cambio de unas pocas sonrisas y unos ojitos? A ellos les han asignado un lugar, un papel, una misión: escoltar a un hombre de un punto A a un punto B. Les atormenta, ¿y qué? Se hace eso mismo doscientas veces por semana. ¿De pronto es el fin del mundo? Virginie y Aristide son más jóvenes que él, recuerda Érik de pronto. Pertenecen a otra generación, más individualista. Proceden de entornos sociales protegidos. Sobre el terreno, cuando la cosa se pone fea, no hay nadie, y esa es la conclusión de toda esta historia.

Todavía está a tiempo de poner fin al teatrillo. Despacio, vuelve sobre sus pasos, rodea el vehículo, cierra la puerta del tayiko. En un mismo movimiento, se sienta al volante, enciende los faros, empieza a dar media vuelta sin dejar de repasar machaconamente sus pensamientos, furioso. Virginie y Aristide han olvidado que representan a las fuerzas del orden. ¿Les incomoda la palabra «fuerza»? ¿«Orden», tal vez? Qué fácil es desentenderse de las responsabilidades. Todo el mundo quiere las leyes para los demás y la libertad para sí, ¿verdad? El conjunto vale más que el individuo. Gira el volante, lo gira hacia el otro lado, como si cada uno de sus gestos, su rotación milimétrica, fuesen esfuerzos para estar a la altura de dicho principio.

—¿Qué haces? —le pregunta Aristide, que se ha acercado.

Acompaña la maniobra paseándose alrededor del coche, velando por que Érik no le pase por encima de los pies.

—Vamos al Charles de Gaulle. Subid.

—Pero ¿qué te pasa?

—Olvidaos ya de vuestros conflictos de conciencia y subid al coche. Tenemos una misión como cualquier otra. Si tu trabajo consiste en hacer lo que te ordenan, y no haces lo que te ordenan, más vale que cambies de trabajo.

—¿Eso crees?

—¡Siempre tiene que haber alguien haciendo de padre, joder! Llega un momento en que yo ya no puedo más.

—¿No tienes ojos en la cara o qué?

—Pero míralo. Míralo bien. Con todas tus fuerzas. No tiene hambre. No le apetece fugarse. No va a irse. ¡Así que dejad de tocarme las pelotas y subid!

Aristide da un paso atrás, se encoge de hombros con un gesto de incompreensión dirigido a Virginie, que también se ha acercado a la escena. Érik continúa la laboriosa maniobra. En el momento en que el coche lo roza, Aristide da una palmadita sobre el techo. Érik frena en seco, lo escudriña con cara de pocos amigos, pregunta con voz sorda:

—¿Te las vas a dar de buenazo conmigo? ¿Te han salido ya pelos en los brazos?

Permanece en la región de los graves, sin estridencia, como el jefe que jamás debería haber dejado de ser, que no tendría necesidad de levantar la voz para que le obedecieran.

—Es un buen perro, sí, un perro que te trae el hueso cuando se lo lanzas —suelta Aristide con una sonrisa torva.

Las palmas de Érik aprietan el cuero del volante.

—Sube. Deja ya de hacer el gallito. Tenemos que terminar este trabajo.

La voz ha bajado una octava más.

—A ti lo que te pasa es que no tienes cojones —añade Aristide.

—Los tuyos desde luego que no. Sube.

Mira fijamente un punto de la maleza que hay frente a él. Sabe que esta discusión no tendría que estar teniendo lugar. Le demuestra lo mucho que se ha equivocado, la excesiva libertad que ha dado a sus colegas.

—¿Quieres que te lo pida como superior, por ver qué pasa? —propone súbitamente—. ¿Tienes ganas de comprobar cómo es eso de recibir una orden directa por una vez en tu vida? ¿Una de verdad, quiero decir? ¿Mirándote a los ojos?

—Y si me niego, ¿qué vas a hacer? ¿Llamar a la policía?

—¡Que subas!

Al ver que Aristide no obedece, se apea y se planta delante de él.

—¡Ya está bien! —exclama de pronto Virginie—. ¡Parad ya! ¡Sois un par de gilipollas! Aristide, sube al coche. Yo subo al coche. ¡Al coche todo el mundo, joder, putos gilipollas de mierda! ¡Nos largamos de aquí! ¡Ya está bien, hombre!

Esta pedazo de puta es la que maneja los hilos desde el principio, piensa fugazmente Érik.

Aristide y él se miran de arriba abajo durante un largo segundo y acto seguido se apartan. Aristide rodea sin prisa el capó, regresa al asiento delantero del coche, a la derecha. Virginie vuelve a sentarse detrás dando un portazo.

Érik mete primera, acelera exageradamente por el camino lleno de baches.

El coche desemboca en la avenida Raoul Dufy, vomitado por el bosque, y derrapa en el asfalto.

—¡Sois un par de subnormales integrales! —apostilla Érik dando un puñetazo en el volante para evacuar el exceso de tensión—. ¡No somos las hermanitas de la caridad, coño! ¡Somos la policía! ¡LA POLICÍA!

El coche avanza como una pesadilla por el silencio que reina de nuevo, rozado apenas por el parpadeo de los intermitentes.

La avenida Raoul Dufy desemboca en el bulevar André Citroën, que los precipita de nuevo sobre la autopista. Han desmigado el trayecto, pero de nada ha servido. Se lanzan a la A1 como si el Charles de Gaulle ejerciera sobre ellos la atracción de un imán infernal. Varios puntos festonean la oscuridad, dejando ver los presagios de la zona aeroportuaria y sus hoteles parásitos. Son aspirados por la vena-madre que la nutre, atrapados por sus tres mil hectáreas de influencia.

Los aviones aparecen en el cielo con mayor nitidez, se elevan con una lentitud que evidencia esfuerzo. El tayiko los mira, fascinado, desde el cristal trasero. Van a separarse antes siquiera de haberse conocido. Los letreros ahondan ya en los detalles de las terminales.

Para reafirmar aún más su autoridad, y aunque podría esperar al trayecto de vuelta, Érik se desvía en la estación de servicio que marca la entrada del aeropuerto. Les dan a elegir aún entre Excellium sin plomo de 98 y Excellium diésel, entre sin plomo de 95-E10 o diésel a secas.

Prolonga la agonía para jugar con sus nervios, para hacerles pagar por el amotinamiento. Pospone el momento, sereno, les demuestra que ya no tiene miedo, ni de ellos, ni de sí mismo.

Bordean una hilera de coches aparcados muy pegados unos a otros, a un lado de la vía. Los conductores muy tempraneros han estacionado más arriba o más abajo para evitar los gastos de aparcamiento del aeropuerto, duermen a oscuras, acarician sus teléfonos móviles, salen a la noche cálida para sacudir las alfombrillas, esperando la llamada del amigo, de la esposa, del cliente que han venido a buscar y que recogerán al vuelo llegado el momento, en la zona de recogidas exprés.

Érik inmoviliza el vehículo en medio del parking improvisado, cerca de un puesto de repostaje. Se apea para llenar su miserable depósito, con una máscara de normalidad en la cara. Aristide y Virginie lo ven apurarse despacio alrededor del vehículo, coreografiando la reconquista de su rango, manejando con precaución la manguera, con la mano en el gatillo, el ojo puesto en el marcador del terminal. Aristide se gira en el asiento, contempla cómo Virginie se muerde las mejillas. Le gustaría lamerle las heridas, no sabe cómo. Ella le dedica una sonrisa afligida, como a un compañero de fatigas que ha hecho todo lo que estaba en su mano. Aristide admira la dignidad de su porte, la inmensa tranquilidad que Virginie transmite aún, su orgullo de mujer que no se deja acogotar por la rabia superficial de un jefecillo. Y entonces se gira por completo para enfrentarse al tayiko.

—¿Y si te fueras ahora? —le propone parpadeando mucho, con una sonrisa exhausta en los labios.

Asomidin Tohirov le mantiene la mirada. En su triángulo silencioso se revela un perfume dulzón. El aroma agrio de las flores olvidadas en un jarrón, el olor de la sopa fría echada a perder, que los tres conocen muy bien. Asomidin Tohirov ya no está en el lado de la vida. Su rostro ha retrocedido. Sus ojos se han hundido. Su piel sobresale por encima de los huesos agudos de la nariz y los pómulos. Las comisuras de los labios se han deprimido. Un poco más y

cederá los líquidos de su cuerpo.

Érik abre bruscamente la portezuela trasera, creando una corriente de aire muy oportuna. Vuelve a ponerle las esposas al detenido para no presentárselo a la policía de fronteras con las manos libres. Al apretar los brazaletes en torno a las muñecas, no puede evitar olfatear para comprobar.

—¿Eres tú el que huele así?

El escándalo de un reactor le roba el final de la pregunta.

Los primeros contrafuertes del Charles de Gaulle aparecen en medio de un matorral de luz. La ciudad aeroportuaria ilumina el cielo con su halo de incendio.

La carretera se ramifica, se enrolla en torno al anillo de un intercambiador. ¿En qué momento entran oficialmente en la plataforma, en su vapor de ruido? Nunca terminan de llegar. Un letrero de mensaje variable ofrece diez minutos gratuitos en todos los aparcamientos. La vía rápida se zambulle bruscamente bajo un talud herboso, remonta, estrecha edificios satélite, sedes sociales, oficinas, hoteles. Navegan a la vista, aturridos a golpe de viraje, zarandeados entre muros de separación, armazones, pilares de puentes que se alzan a medida que avanzan. La carretera caprichosa se divide aún, se eleva para descender inmediatamente, desviando el coche con sus espiras. Las derivas de los aviones en su aparcamiento emergen a flor de tejado, como aletas de tiburón fuera del agua. Avanzan por una complejidad de vías y pistas superpuestas, un diseño complicado cuyo fin o principio ellos ignoran, un lugar inhabitable y sin historia, alternancia de vacíos y de llenos, una arquitectura de ronda, de estructura abandonada o de puerto industrial.

Érik ha tomado la dirección del aparcamiento de larga duración Px. Se alejan de la terminal, pasan por delante de la sede de Air France con su aguja apuntando hacia el cielo, bordean una nueva zona de oficinas, un inmueble de aparcamientos al aire libre, dan de pronto la espalda al aeropuerto como si fueran a salir de allí gracias a una banal rotonda. Ante ellos se alza una extraña escombrera, montón gigantesco de desechos que la vegetación se afana en recubrir. Érik reduce para bordear la pobre duna sin salirse de la órbita de la terminal 2. La carretera ciñe la amplia zona de estacionamiento a cielo abierto. Surgen palabras, perturbadoras en medio de ese desierto. El camino ha sido bautizado como «calle de las Acacias» por alguna agencia. Les habla de ramas espinosas maltratadas por el viento, de flores fragantes, de miel. Se presentan en los confines del complejo aeroportuario, donde nunca va nadie, donde quedan relegadas la central termo-frigo-eléctrica y el centro técnico de conexiones. Se deslizan a lo largo de una alambrada doble de separadores de vías provisionales, de hormigón rojo y blanco. El primer nácar de los aviones aparece en la pista. Más allá de ese límite, y hasta donde alcanza la vista, comienza el sector de tráfico aéreo.

Varios módulos prefabricados dan de lleno a las pistas, al final del camino.

No hay puesto de acceso con inspección o control, solo una ratonera para automóviles, un acceso sin salida. ADP 6197. Las persianas abatibles de la unidad local de expulsiones están bajadas. Una alambrada coronada de espinos delimita un minúsculo aparcamiento inundado de luz por una batería de proyectores.

Érik se identifica por el interfono. Sin hacer ruido, el portón se desliza por el raíl para permitirles entrar, dándoles la impresión fugaz de que ese sitio del que ignoraban hasta la localización exacta, que funcionaba día y noche desde hace décadas, los esperaba, a ellos, desde siempre.

Aparcan al lado de los otros coches de policía, salen al aire fresco y salobre de la explanada.

Un puñado de escoltas, cigarrillo en mano, se apartan a su paso bajo el pórtico de la entrada.

La estancia central de la unidad local de expulsiones es de techo bajo y está rodeada de una decena de celdas administrativas. Las puertas de las más estrechas están provistas de una lámina de plexiglás que puede ocultarse con una cortinilla de cortesía. Otras, más grandes, de amplios ventanales, tienen capacidad para acoger a familias enteras. Las paredes están rayadas por todas partes, ennegrecidas de inscripciones. Aquí un «Viva Francia», allá un pene erecto que eyacula en todas direcciones. El espacio está saturado y parece macerarse en su propio jugo desde su construcción.

En el centro, bajo la luz blanca de los tubos fluorescentes, ocupa el lugar de honor una mesa de madera rústica, rodeada de sillones desparejados de plástico, tela o falso cuero, cuyos respaldos exhaustos dejan escapar la borra. A un lado, un baño ha sido condenado, el marco de la puerta sellado por gruesa cinta marrón.

Érik entrega al detenido al encargado que se encuentra detrás del mostrador, le quita las esposas bajo su atenta mirada. Dos escoltas vestidos de paisano se levantan al verlo, adivinando que es su hombre. Érik se da la vuelta para coger el dossier de las manos de Virginie. El encargado lo abre sin molestarse porque el sobre haya sido abierto. Desperdiga el contenido por el mostrador, desliza el pase consular en una funda de Air France, entrega los demás documentos a la pareja de escoltas. Antes de conducir a Asomidin Tohirov a una de las celdas más espaciales, uno de los acompañantes le pregunta rápidamente a Érik:

—¿Cómo es?

—Es tranquilo, colabora.

A través del ventanal de plástico ven que su detenido y los dos escoltas se sientan en el banco integrado a la pared. Mientras el primer policía se pone a leer el dossier, el segundo inicia la entrevista, cuyas preguntas oyen nítidamente a través de la puerta, que han dejado abierta.

—¿Cómo se llama usted? *What's your name? Where do you come from?*

¿Es porque el inglés lo entiende mejor o porque los interlocutores han cambiado? Asomidin Tohirov responde con un hilo de voz, pero responde. Érik, Virginie y Aristide oyen por fin el sonido de su voz, más sorda de lo que pensaban.

—Está usted a punto de marcharse. ¿Ha comprendido que va a montar en un avión? *Is it your first time? Have you ever taken a plane before?*

Pasan del francés al inglés, del inglés al francés, en un flujo continuo de preguntas que parecen un mero trámite.

—¿Nos podemos ir ya? —pregunta Érik para que el encargado no se olvide de él.

—Tenéis que permanecer aquí hasta el despegue.

Érik consulta el reloj, enarca las cejas.

—¿En serio? Pero si falta... ¿cuánto? ¿Una hora?...

—Y ya puedes dar gracias, que tendríais que esperar tres cuartos de hora más, hasta el punto

de no retorno del vuelo. Hasta que el avión se desvíe a otro aeropuerto en caso de aterrizaje de emergencia.

—¿Os estáis quedando con nosotros? ¿Nos estáis tomando el pelo porque no somos de la COTEP?

—No, es el procedimiento habitual, pero me dejáis un móvil y listo. Podéis ir, pero estad al loro, que si el avión regresa tendremos que llamaros. Pero de todos modos eso no pasa nunca. Eso sí, al despegue es obligatorio esperar.

Concentran toda su atención en los dos escoltas de la celda abierta, que siguen haciendo las preguntas que se les van ocurriendo conforme leen el dossier. Parecen indiferentes a las respuestas, sin preocuparse realmente por su comprensión, como si lo único importante fuera hablar, como si eso fuese lo fundamental.

—*Is someone waiting for you? Friend? Family?* ¿Tu familia está al corriente?

Imperceptiblemente, Érik, Virginie y Aristide se acercan a la celda, fingiendo interesarse por el contenido de las máquinas expendedoras de *snacks* y bebidas enchufadas a un lado. El más parlanchín de los escoltas es un niño mono de ojos grises y temblorosos. El otro, más alto, más flaco, de pelo escaso, desprende una impresión de fuerza parecida. Las manos de ambos van y vienen por los documentos que aplanan sin cesar, golpetean las rodillas, giran sobre las muñecas gruesas, atravesadas por una amenaza. La intimidación reside ya por completo en esas manos seguras que no temblarán, llegado el momento, si hay que apretar. Deben de ser de los que se toman como una cuestión de honor el no recurrir a la violencia, cosa vulgar, al alcance de cualquiera. Ellos no pueden ir armados. Han tenido que formarse para inmovilizar con sus propias manos, para ser capaces de mantener una posición estática durante largos minutos en el angosto espacio de un furgón o de una fila de sillas, acostumbrados a claves interminables, seleccionados por su tenacidad, su resistencia, su carácter testarudo y cerril.

Sin embargo, siguen interrogando al tayiko, sin dejar de vigilarlo como a una cacerola de leche al fuego, con humildad. Por las malas o por las buenas, el hombre montará en el avión para ser repatriado. Él ha debido de comprenderlo en el preciso instante en que han entrado en ese lugar absurdo donde solo faltan las ratas, donde el rincón más insignificante proclama una miseria total, tan vetusta que aprieta inmediatamente la garganta. Va a coger el avión. Pero los dos escoltas no paran de interrogarlo para ver si se dejará, si en el fondo está de acuerdo. Lo miran a los ojos con el fin de evaluarlo, como a un adversario de envergadura. Le hacen preguntas para ponerlo a prueba y para tranquilizarlo también, porque saben que las palabras apaciguan, calman, que tal vez retendrán su mano si se le pasara por la cabeza hacer un mal gesto. Han tomado la costumbre de ponerse en lo peor para reducirlo, porque saben que el segundo transcurrido no presagia nada de lo que vendrá al siguiente. Ya han visto a un joven ucraniano ponerse histérico en menos de lo que se tarda en decirlo y enfrentarse a seis de sus colegas; a un somalí esconderse una cuchilla de afeitar en el esófago, suspendida de la glotis por un hilillo; a un checheno enviado al centro de rayos X del Charles de Gaulle tras haberse tragado cinco tenedores metálicos en varios trozos; de modo que Asomidin Tohirov es, además de tayiko, ucraniano, somalí, checheno, y los dos escoltas le hablan como dos charlatanes a los que les costara disimular su desconfianza, dos viejas pesadas que hubieran decidido embrutecerlo a golpe de palabras hasta el avión, para prevenir el peligro sin por ello dejar de mostrarse simpáticos, porque no se pierde nada por intentarlo. Incluso le ofrecen servicios para engatusarlo, se preocupan por averiguar si tiene coche en Francia del que alguien tenga que encargarse, si quiere hacer una llamada, si por casualidad desea cambiarse de ropa, le ofrecen un traje que le proporcionará un aspecto más presentable a su llegada, lo tranquilizan a propósito del

procedimiento en curso cuando en realidad él no ha exigido nada, afirmando que la medida podrá anularse tras la devolución. A Érik, Virginie y Aristide les parecen sinceros, casi conmovedores en su torpeza, en su deseo de instaurar, sin saber cómo, una relación sencilla y sutil, para que la repatriación se desarrolle de la mejor manera posible.

Lo pasan a otra celda para un último cacheo, para examinarle el interior de la boca, proceder al inventario de sus efectos personales y de su dinero en efectivo para que no haya malentendidos a la llegada. Los dos acompañantes penetran con él en el cuchitril, cierran la puerta y la cortinilla. Virginie y Aristide aprovechan la tregua para dejar plantado a Érik, salen a estirar un poco las piernas por la orilla de las pistas.

—¡Cuidado con los mosquitos! —les advierte el compañero que hay detrás del mostrador y ellos no saben si se trata o no de una broma—. Aquí tienen paludismo...

El gran manto de la pista se despliega bruscamente a sus pies. El espacio los aturde. Después de asfixiarse en el coche, en los prefabricados, respiran a pleno pulmón. La tibieza de la noche los pilla desprevenidos. Es verano y nadie se lo había dicho. A lo lejos, más allá del asfalto duro y prieto, entrevén la estepa desnuda del aeropuerto, su hierba amarilla, silueteada por el contraluz de los caminillos de luz a ras de suelo. El viento lleva hasta ellos unos olores de llanura quemada por el sol. Más allá, en la otra ribera, varios aviones se alinean formando un abanico en torno a la terminal 2, posados sobre sus trenes minúsculos. Parecen las presas consentidoras de unos vehículos parásitos e inofensivos: camiones de reabastecimiento, carros de equipaje, plataformas elevadoras de tijera. Otros pasan por el cielo, aviones de línea o cargueros nocturnos que desaparecen en las tinieblas.

A tres metros, unas marcas en el suelo delimitan la frontera arbitraria que no tienen permitido franquear, a falta de un permiso de acceso a pista.

—Aquí hay conejos —anuncia Aristide con énfasis.

Asegura que hay tantos que pueden cogerse a manos llenas.

—Y zorros también.

—Qué bien —dice Virginie—, te crees todo lo que te cuentan.

—Y hasta jabalíes.

Parece que esperen un autobús improbable en un barrio periférico y remoto.

—Moras hay, eso seguro —dice Aristide señalando una frágil zarza atrapada entre la maleza, al lado del edificio.

Se acerca, se agacha para coger un puñado. Vuelve y se las ofrece a Virginie en el hueco de su mano. Ella se traga una, negra y perfumada, todavía tibia de sol. A continuación, consulta el reloj como si hubiese olvidado un detalle.

—¿A qué hora tienes la cita mañana? —pregunta Aristide.

—A las ocho.

—¿Y vas a ir tú sola?

—No.

—¿Con Thomas?

A Virginie no le gusta oír ese nombre en sus labios. Aristide está comprobando si el marido está al tanto, no es la primera vez que le tiende esa clase de trampas pueriles.

—Voy con una amiga.

—¿Quién?

—No la conoces.

—¿Quién es?

—Magali.

—Muy bien. Para ir a abortar, lo suyo es que te acompañe una buena amiga que se llame Magali.

Virginie odia esa palabra, ese verbo, abortar; Aristide lo hace adrede.

Se pregunta qué le quedará de esa noche cuando se atenúe en su recuerdo, cuando ella sea vieja, cuando se le escape una espumilla de las comisuras de los labios. ¿Y Aristide? Le acarició las manos, un día, cuando estaban los dos solos en el coche. Se las llevó a los labios para besarlas. ¿Se acordará él de ese gesto? Virginie se siente un poco embriagada. No ha comido nada desde mediodía, aparte de la mora y de unas pocas patatas fritas. En otra ocasión, inclinándose sobre ella para coger algo, se concedió una caricia al pasarle el brazo por la mejilla, a la manera de un gato. ¿Se acordará?

—¡Oye! ¿Has entrado en *stand-by* o qué?

Los minutos pasan y notan los brazos lacios. El tayiko ya no es responsabilidad de ellos. Saben que están esperando para nada, en una especie de sutileza administrativa inútil.

Érik se reúne con ellos, quiebra su intimidad, suscitando con su mera presencia una incomodidad inmediata.

—Morirás de un largo cáncer de testículos —le augura Aristide.

Virginie no puede evitar sonreírse al oír la sentencia, deja escapar una risa nerviosa, irreprimible, que autoriza a Érik y a Aristide a carcajearse con ella.

—¿Te acuerdas —dice Érik—, cuando estabas recién llegado, de ese padre esquizofrénico que había matado a su hijo de cuatro años y luego se suicidó? ¿Lo recuerdas?

—Sí —suspira Aristide.

—De los gritos de la madre, ¿te acuerdas?

Aristide agacha la cabeza.

—Todavía me sé la dirección de memoria, y el piso. Me acuerdo del código del portal. ¿Quieres que te lo diga?

—No, no hace falta.

—No soy un perro que trae el hueso.

El convoy se forma en previsión del preembarque; un vehículo abre la comitiva, seguido de dos furgones. Los girofaros encendidos barren sin hacer ruido los rostros de Érik, Virginie y Aristide.

Los dos escoltas y Asomidin Tohirov salen del local, pasan por detrás de ellos. Han vuelto a esposarlo, lo flanquean como una pareja de gendarmes. Ganan la pista y montan en el furgón del centro, que tiene las puertas abiertas. El que cierra el cortejo llevará a varios hombres de refuerzo hasta el pie del avión, en caso de necesidad. Uno de los miembros de la compañía de intervención se ha enfundado un arnés que lleva fija una cámara para filmar el embarque, tener pruebas de la buena conducta de los acompañantes en caso de incidente.

A escasos metros de distancia, Asomidin Tohirov se gira por última vez, los dedos aferrados a la manga de uno de los escoltas. Está lívido de terror. Tropieza como si hubiera trastabillado en un escalón, parece querer ganar tiempo, retener las miradas de los tres policías que se quedan en el borde de la zona internacional. Con voz incierta, los llama en tayiko, en su lengua materna, que ellos no comprenden. El corazón de Virginie empieza a latir con mucha fuerza bajo el chaleco antibalas. Se enjuga la boca, nerviosa, adivina que algo cede en silencio dentro de ella. Parpadea para reprimir las lágrimas, pero una de ellas germina en el ojo, le ofusca la visión, se desprende, rueda por su nariz hasta la boca. Se desborda igual que un grifo mal cerrado. Sabe que se trata de una reacción mecánica, que no puede hacer nada, que no es más que el contragolpe nervioso de una noche agotadora y que no sirve de nada contenerse. Pero Asomidin Tohirov divisa las lágrimas en la sombra, las mejillas mojadas a la luz parpadeante de los girofaros. Aristide y Érik todavía no, pero él ve que la agente de policía llora. Reconstruye muy a su pesar el sentido global de los gestos de los tres, sus paradas intempestivas, su comportamiento extraño, a partir de las mejillas húmedas que brillan en la noche, al borde del terreno de aviación. Admite por fin que esas personas no querían hacerle nada malo, que todo ha sido un malentendido, que no había trampa ni cartón, que no les habían ordenado que lo liquidasen, que no era la policía torturadora que le vendieron quienes lo ayudaron a cruzar fronteras. «¡Ya verás! La policía en Francia es peor que en tu país. No les hables. Jamás recurras a ellos.» Comprende a una velocidad aterradora al ver la piel de esa mujer, que titila en la oscuridad. «Si trabajas en una obra, no hagas preguntas. Tú pasa de todo. Aunque te encuentres una bolsa con mil euros dentro; la dejas y sales corriendo. Porque como te cojan, desaparecerás y nadie volverá a saber nada más de ti.» Era lo que la red tenía interés en hacerle creer. Nadie le ha dado buenos consejos, información salvadora. En general él no es ninguna lumbrera, tarda mucho en pillar las cosas, así ha sido siempre, no puede ponerle remedio. Ni siquiera consiguió que lo hospitalizaran cuando todavía era posible, en Vincennes. Se merece lo que le está pasando. Y ahora esa mujer llora porque él no ha conseguido descifrar sus intenciones a tiempo, agarrarse al clavo ardiendo que los policías le ofrecían, asumir el riesgo adecuado en el momento adecuado. Todo esto lo entiende, pero sobre todo que ya es tarde, demasiado tarde. Y, por su parte, Virginie adivina la toma de conciencia tardía de su detenido merced a su repentina febrilidad, el camino que recorre en un cuarto de segundo, lo trágico de su desazón. Ve que el mismo hombre que en el coche

presentaba una rigidez cadavérica eclosiona sobre la pista, florece de repente, como si lo despertaran en medio de un sueño. Ahora se debate en los brazos de la policía de fronteras, profiere gritos de melusina. Después de todo lo que ha aguantado, no quiere volver. Se desgañita como un condenado, embriagado de rabia contra todo el mundo, los de la red, la policía, contra sí mismo, por haber esperado al momento en que ya no le queda alternativa.

—¡Se-ñora! ¡Se-ñora! —balbucea con voz confusa.

La llama desde otra orilla, le suplica con la mirada, cuando ya está todo dicho. Las lágrimas de Virginie no dejan de brotar, le resbalan por la nariz, le empapan las mejillas, la boca. No trata de enjugarlas, espectadora ahora, impotente ella también, de pie en el umbral de la desdicha, detrás de una línea de demarcación blanca, nítida como la de una cancha de tenis. Virginie la mira, la línea a sus pies, como quien desvía la mirada al vislumbrar sangre. Más allá, el otro empieza a propinar patadas, despliega una fuerza insospechada y los escoltas entienden que ha llegado el momento de mostrarse enérgicos. Ese hombre es tan imprevisible como se temían, tenían motivos para desconfiar. Lo inmovilizan en el suelo, apoyan todo el peso de sus cuerpos contra los hombros del inmigrante, le colocan los brazos a lo largo del cuerpo mientras él sigue gritando a voz en cuello. Lo amarran con velcro, le atan los tobillos, las rodillas, el torso. Momificado, ya solo le queda la voz, que alza más y más, chillando hasta quedarse ronco.

Una vez concluida la operación velcro, los escoltas lo levantan como un fardo para subirlo al furgón, cierran las puertas sobre sus alaridos.

Los tres vehículos se precipitan hacia la terminal y sus pasarelas radiantes.

El levantamiento del cadáver ha terminado.

Vuelve a hacerse el silencio en el sector de tráfico aéreo.

Virginie da un paso atrás, con las piernas temblorosas.

—Venga, vámonos ya de aquí —dice Érik, asqueado.

Pasa de nuevo por el prefabricado, dicta rápidamente su número de móvil al encargado.

—Normalmente, como ya os he explicado, tenéis que esperar al despegue.

—Si hay algún problema volveremos. Ya hemos cumplido, ¿no? —zanja.

Se meten en el coche para regresar a sus casas, para reencontrarse con las calles del distrito XII, para poner fin a la jornada.

Virginie ya no llena el uniforme, tira de las perneras del pantalón para no pisárselas.

Se derrumba en la parte trasera como una bola de ropa sucia, destruida de cansancio. Varias monedas brillan por el suelo bajo el asiento. A su lado, el espacio libre le parece más grande que hace un rato.

Érik arranca, retoma en sentido inverso el camino hacia la autopista, deja atrás el centro técnico de conexiones y la central termo-frigo-eléctrica, rodea el aparcamiento de larga duración, la escombrera, pasa por delante de los bloques de oficinas y la sede de Air France.

Con la cara vuelta hacia el cristal, Virginie se quita maquinalmente las horquillas del pelo, descongela con un par de gestos el peinado reglamentario. Su pelo desatado se esparce por el chaleco antibalas, se apodera del peto. Aristide lanza una mirada por encima de su hombro para verla. Érik mueve el retrovisor, reduce la velocidad. Estando de servicio, únicamente la han visto con el pelo recogido. Se abraza el pecho con los brazos, con algunas lágrimas prendidas de la punta de las pestañas, indómita, abrumada, más guapa que nunca.

Un olor sorprendente, acre, queda en suspenso en todo el habitáculo durante un largo segundo. Ha dispersado, sin quererlo, las últimas cenizas polinizadas por el incendio. Su cabello, completamente suelto por primera vez en todo el día, ha liberado los copos grises que mantenía cautivos desde la intervención en el estadio Léo-Lagrange.

—¿Estás bien? —pregunta tímidamente Aristide al verla tan pálida.

Virginie siente que una saliva agria se le sube a la boca.

—¡Para! —exclama, dirigiéndose a Érik.

Abre la portezuela sin esperar que el coche se detenga, vomita en el arcén sujetándose el pelo. Se incorpora, se inclina otra vez, escupe, maldice con voz ronca. Pone entonces un pie en el suelo, pasa por encima de la estrella de bilis de la calzada, desciende del vehículo para volver a tomar aire, con la frente salpicada de sudor.

«Hemos contactado con el Tribunal Europeo de Derechos Humanos para detener la repatriación. El fax llegará mañana por la mañana.»

Todavía no han salido del intercambiador del Charles de Gaulle.

Da unos pasos por la minúscula acera de la rampa, se detiene. «Más habría valido que lo dejarais arder en su cuarto, habría sido menos hipócrita.»

Virginie escucha el rugido monocorde de los albores de los motores, que se mezcla con un ligero silbido, tembloroso como una nota sostenida demasiado tiempo. Los aviones se elevan por

encima de las terminales con su pequeño desfase acústico, pasan detrás de la atalaya de la torre de control, giran despacio. Virginie avanza un poco más por la rampa, se aleja del coche.

Aristide y Érik salen del vehículo para llamarla, pero ella no los oye. Camina más rápido. Echa a trotar en el borde de la calzada. Pasa por encima del parapeto, baja a todo correr el talud herboso, resbala y cae de culo, se pregunta qué está haciendo. «En cuanto ponemos en marcha las diligencias, deportan lo más rápido posible, ¿no? ¿Les da miedo la respuesta?» Se pone de pie, titubea como si estuviera borracha. Está haciendo una gilipollez y lo sabe. Reanuda la carrera hacia abajo dando pequeñas zancadas, con toda su atención puesta en el ruido de su propia respiración, en el latido de su corazón, en la sangre que fluye, dejando para más tarde toda reflexión, consciente de cada una de sus extremidades flexibles, de sus huesos duros que vibran con los impactos, de su cuerpo, solo y único vehículo. Bordea la línea de la lanzadera, se tira de cabeza sobre los parapetos de hormigón para atravesarlos, va atajando. Atraviesa una vía de acceso saltando por encima de los quitamiedos, trastabilla, pasa por debajo del millo de las carreteras superpuestas, cruza evitando los coches que surgen a toda velocidad en la curva, reanuda la huida por la acera contigua a la terminal. Sin dejar de correr, se recoge el pelo, lo retuerce de aquella manera para ajustarlo a la nuca, reconstruir un moño improvisado. ¿Qué vamos a hacer contigo?, se pregunta. Hay que encerrarla, hay que atarla, no ve otra alternativa. Llega a la parada de taxis, a las plazas de aparcamiento previstas para las recogidas exprés, las conocidas filas de carritos para equipaje encastrados los unos en los otros. Aminora la marcha para permitir que las puertas automáticas se abran ante ella, se adentra en la nave susurrante del vestíbulo y su falso día eterno. Se abre camino a través de los turistas, las maletas rígidas, los picaportes retráctiles que hacen las veces de percheros, las marquesinas con publicidad de relojes, perfumes, tarjetas bancarias. El arma percute sobre su muslo. La gente se aparta a su paso, sin duda preguntándose a quién persigue y por qué corre sola. Bordea los mostradores de facturación, las máquinas plastificadoras de maletas, las oficinas de cambio, los cajeros automáticos, echa un vistazo a su espalda, se percata de que Aristide le pisa los talones. Acelera, presa de la aprensión, llega al panel de información de vuelos, se detiene un segundo para localizar la puerta de embarque, arranca con más brío, atrapada entre dos peligros, el de que le den alcance y el de no llegar a tiempo, escapa entre las cintas de distribución de filas, las máquinas de autofacturación, corre con todas sus fuerzas, porque cuando te falta el aliento sientes menos el miedo. Rodea los paneles de la policía destinados a los controles de pasaportes, se salta la triple serpentina de pasajeros que hay delante de los puestos de control de equipaje de mano. Al verla acercarse a las cintas transportadoras y pasar rápidamente bajo el arco de detección de metales, uno de los agentes de seguridad levanta una mano con intención de darle el alto. Ella se abalanza sobre él, ardiente, despeinada, furiosa, con pinta de querer ajustar cuentas con alguien.

—¡Tenemos un problema con un extranjero que va a ser repatriado en el siguiente vuelo a Estambul! ¡Un hombre que es responsabilidad de mi brigada!

Tiene la cara color ladrillo, veteada de manchas blancas. Hay tanta urgencia y tanta exasperación en su voz que el joven agente teme no estar ponderando la gravedad de la situación, debatiéndose entre el respeto que le debe al uniforme de Virginie y las consignas de seguridad, que no permiten que la policía nacional cruce los controles sin autorización.

—¿Tiene tarjeta de acceso?

Virginie echa un vistazo en derredor, abarca la muchedumbre de pasajeros, las miradas quisquillosas del personal de supervisión que no tardará en intervenir, avista a Aristide, que llega a la carrera para fulminarla allí mismo.

—No, no tengo tarjeta de acceso, ¡pero eso da igual! —se irrita, con el pecho jadeante, como si su interlocutor no estuviera en absoluto a la altura de las circunstancias.

Vuelve a girarse, ve la masa bien recortada de Aristide echándose sobre ella.

—Lo siento, pero si no tiene tarjeta de acceso ni de embarque y no es agente de la PAF⁵...

Virginie ya no lo escucha, se prepara para la masacre, hipnotizada por la cercanía de Aristide, dispuesta a encajar el sermón de su vida, del que se sabe merecedora —¡y tanto!—, prevé una escena penosa y humillante, no le extrañaría nada que su compañero le echara la mano al pescuezo para llevársela por la fuerza al coche, como a una niña que ha cometido una tremenda estupidez; pero Aristide saca la placa, la identificación profesional de la policía que jamás muestra, la levanta a la altura de los ojos del joven agente de seguridad, lo mira como si estuviera viéndoselas con un insignificante vándalo de extrarradio sin el graduado escolar al que una empresa de seguridad aeroportuaria hubiera dado una segunda oportunidad.

—¡¿Tú sabes leer?! —le chilla con los ojos centelleantes de ira.

Dona su cuerpo, desafía al planeta entero con su cara de bofetón, los viajeros, los colegas, los jefes, todo el personal del aeropuerto Charles de Gaulle con sus tres terminales.

—¡¿Y esto que llevo en el pecho?! ¿Lees lo que pone aquí? ¡Pone POLICÍA, joder!

—Lo siento mucho, pero no pueden pasar —susurra el muchacho.

Unas puertas se abren a un lado, los supervisores se acercan dando zancadas, alertados por la escandalera. En ese momento, Aristide agarra a Virginie por el brazo para pasar por el filtro sin más formalidades, seguro de que ninguno de los jóvenes agentes se atreverá a llegar al enfrentamiento físico.

Reanudan la carrera juntos, dejando tras ellos una estela de agitación. Unas escaleras mecánicas se elevan a su encuentro y ellos las atraviesan con tres trancos, dándose impulso con ayuda del pasamanos.

—¡Estás totalmente tarada! —grita Aristide, a pesar de que él mismo ha pasado por la fuerza—. ¡Disimulas muy bien, pero eres gilipollas, gilipollas perdida! ¡Y encima lo sabes!

Sin dejar de correr, la mira de perfil, sin comprender, desestabilizado por esa chica que le sonríe estúpidamente.

—¿Estás borracha o qué? —le pregunta.

Ella profiere una carcajada infantil, convulsiva. Sus rostros irradian luz por un segundo, uno junto al otro, felices como si hubieran conseguido escapar de los monitores, de los vigilantes, de todos los títeres sin los que la excursión escolar sería mucho menos divertida.

—¡Menuda gilipollas estás hecha!

Galerías simétricas frente a frente, espacios gemelos acondicionados para la espera, entreplantas. Se adentran por los pasillos de transición, queman los puentes, corren a toda velocidad por la moqueta pelada, desfilan por delante de los *duty-free*, irrumpen en el gigantesco vestíbulo de casco de navío vuelto del revés, apuntalado con todas sus luces contra las aguas negras de la noche. El morro de los aviones relumbra detrás de la cristallera transformada en espejo. Siguen corriendo tras su fugitivo imaginario, conscientes del poder del uniforme que los disculpa ante la gente, contentos de pronto de llevar ese chaleco que se sube, esos zapatones que rechinan, toda la parafernalia prendida del cinturón que traquetea como la carraca de un leproso para advertir de su llegada.

Tendrían que haberse puesto vaselina en los pliegues de las ingles, talco en las zonas de contacto de los elásticos, esparadrapo en los pezones. El frotamiento de los tejidos empieza a irritarlos. Corren desde hace ya un buen rato, sus tiempos de apoyo son más largos. Tienen prisa por ser vaporizados, por pasar por delante del puesto francés de avituallamiento para engullir un

tubo de crema. Habrá respeto por el sufrimiento del otro, sean cuales sean sus tiempos. Saben que el cerebro es lo primero que cede, mucho antes que el cuerpo, que tendrían que haber escuchado los consejos de Érik y no echar a correr a las bravas. Pero la energía que les falta la extraen de las miradas de asombro de los pasajeros que se cruzan, todos esos rostros en fuga que desaparecen al instante tras ellos, autores de infracciones múltiples y variadas, denunciantes de mañana, verdugos, víctimas, variedad de perfiles que no están acostumbrados a ver reunidos en un mismo lugar, caras caucásicas, nórdicas, asiáticas, norteafricanas, signos característicos que harían las delicias de las tablas descriptivas de sus fichas policiales, atuendos disparatados, ropa de camuflaje o pantalones de pitillo, zapatos de tacón o suelas de esparto, prendas que son como uniformes, personas a las que ellos ayudan, que protegen a diario y que nunca les dan las gracias.

—Vamos a terminar en la inspección general por culpa de tus gilipolleces —suspira Aristide.

En el extremo del arco, los pasajeros para Estambul ya han empezado a embarcar. Virginie y Aristide alzan sus placas ante las azafatas apostadas detrás del mostrador de la puerta de embarque, ignoran soberbiamente sus preguntas, hacen caso omiso de su resistencia, las apartan como a meras sirvientas y se abalanzan sobre las fauces de la pasarela, que tiembla bajo el peso de sus botas de montaña.

El rumor del aeropuerto se desvanece tras ellos. La luz cruda se atenúa en un brusco anochecer. Los recodos y los fuelles apagan el bullicio, los arrojan de pronto a un crepúsculo de sótano. El túnel enmoquetado se dobla bajo sus pasos. Resuenan los golpes de sus talones. El pasillo anillado sigue descendiendo, se articula en torno a unos rótulos amplios, se desarrolla en forma de collar, se estrecha por fin en un pozo de luz.

En la entrada del avión, una morena muy guapa con el suelo pélvico bien tonificado termina de dar indicaciones a una familia de pasajeros antes de dirigirles a ellos una sonrisa de bienvenida.

⁵ Policía Aérea y de Fronteras.

La desaliñada Virginie, pantalón deforme, cara colorada, frente rayada de sudor, pelo medio suelto en mechones hirsutos, desentona con el *chic parisien* de la azafata de vestido azul marino, ceñido por un ancho cinturón de tela color cereza, con un nudo sencillo en el centro de la cintura, el peinado perfectamente definido, el bulbo del moño engastado en una redecilla negra.

—Tenemos que hablar con el comandante —anuncia Virginie, penetrando en la aeronave.

—¿De qué se trata?

La azafata busca con la mirada una insignia, un distintivo o una tarjeta de acceso en sus uniformes.

—Vaya a buscar al comandante —ordena Virginie, adivinando sus pensamientos.

A ella misma le sorprende la inesperada autoridad que emana de su voz, depurada por la exasperación. Se vuelve hacia la cabina de pilotaje, distingue el panel de vuelo que brilla en la oscuridad, los instrumentos, la consola central, vigila la salida del piloto como si estuviera allí para cantarle las cuarenta.

Alertado por la sobrecarga, el piloto sale del *cockpit*, saluda a los dos policías con una inclinación de cabeza.

—Hay en este avión un extranjero en proceso de expulsión del territorio francés —explica Virginie—. Hemos sido nosotros quienes lo hemos trasladado desde Vincennes. Es usted consciente de que el hombre se opone a la repatriación, ¿verdad?

El comandante la escucha sin confirmar ni desmentir, esperando lo que tenga que decir. Virginie no quiere dejarse intimidar por la elegancia de la chaqueta cruzada que le amplía los hombros, por el pantalón de pinzas ni por las insignias aladas que luce en el pecho; sigue hablando para no sucumbir al respeto hacia el uniforme.

—Nos ha hecho pasar un infierno en el coche durante todo el trayecto. Ya desde el centro de internamiento nos lo ha puesto muy difícil. Hemos tenido que limpiarlo con papel de cocina antes de salir. ¿Cómo se lo explico? Se había embadurnado todo el cuerpo con sus propios excrementos. Una cosa absurda. Y ya es la segunda tentativa de repatriación. La primera vez se bebió un bote de champú para ponerse malo.

Da otra vuelta de tuerca. La saliva le afluye a la boca para lubricarle la voz, para ayudarla a organizar el mundo alrededor de su idea.

—En vista de la escenita que acaba de montarnos en la pista, tenemos la sensación de que no está bien, pero nada bien. Usted puede negarse a que un pasajero suba a bordo, ¿no? Yo se lo digo para que lo sepa, ya...

El silencio que sobreviene abre entre ellos un espacio donde parecen rodar los dados del destino. El comandante examina a esa mujer eruptiva, las llamaradas de su cabellera mal apagada, ese inusual vaho de pelo que le confiere un aspecto de loca. Tiene que reconocer, como Aristide, y como Érik antes que él, que, pese a la educada contención de su voz, es guapa a rabiar. A su lado, su armado acólito luce una vaga sonrisa suspendida en el semblante, ahí olvidado, que podría pasar por provocación. En conjunto conforman una extraña recua y puede

que eso sea precisamente lo que les da credibilidad en ese instante. Uno no se inventa una historia semejante. El piloto se dispone a preguntar por qué no es la policía de fronteras quien viene a hacer la advertencia, pero se lo piensa mejor; el resultado será el mismo, hay un porculero a bordo. El piloto suspira con una mueca de fastidio.

—¿Por qué nos tiene que tocar siempre a nosotros? —le dice a la jefa de cabina con intención de tomarla como testigo, cómplice.

No es la primera vez que una expulsión perturba su vuelo.

—Todos los marrones nos los endilgan a nosotros —protesta el piloto.

Sufre un arrebató de cólera amable para ponerse al nivel de Virginie. No engaña a nadie. Podría jurar, maldecir, soltar las palabras más groseras, que jamás mancillaría su elegancia. Da las gracias a los agentes por haberlo avisado.

—Acompáñenme —dice, confiado.

Se deslizan entre los pasajeros que están de pie en el pasillo, madres de familia que se afanan en colocar bultos en los compartimentos, hombres de negocios a medio instalar, acondicionando su espacio, parejas de todas las edades, jubilados achispados. El comandante atraviesa el avión hasta el *galley* trasero. Asomidin Tohirov y sus dos escoltas ocupan la última fila de la clase turista. El tayiko está sentado como un niño entre sus acompañantes, con los brazos pegados con velcro al torso. Al verlos acercarse, se sobresalta, mudo de estupefacción. Los escoltas escudriñan a Virginie y Aristide, desconcertados. Su embarque se ha producido antes que el de los demás pasajeros. El supervisor de la unidad nacional de escolta se ha retirado y el convoy ya ha vuelto a atravesar la pista en sentido contrario. Y hete aquí que vienen a buscarlos al interior del avión, cuando ya están esperando el despegue.

—Señores, me comunican que hay un problema con su pasajero —arranca el comandante.

—¿Un problema?

—Me dicen que se opone a la repatriación.

—Pero si está tranquilo, mírelo —se extraña el más ancho, atónito de tener esa conversación con el piloto a escasos minutos del cierre de puertas.

—¿Me dice usted que no ha habido incidentes? Porque estoy viendo que este hombre está atado.

—Porque se ha puesto un poco agresivo al salir de la unidad, pero eso a veces pasa. Ahora ya se ha calmado.

—Le habéis dejado los velcros —señala Virginie.

—Una vez que se ponen ya no los quitamos hasta la llegada, es una cuestión de protocolo. Pero ¿y a vosotros qué más os da? ¿Quiénes sois? No me lo puedo creer.

Alineada con las caras de los dos miembros del cuerpo de escoltas, la de Asomidin Tohirov parece expresar el mismo sobrecogimiento. Le ha dado tiempo a resignarse de nuevo, a rehacer tan complicado camino, extenuado por la rebelión en la pista, por la demostración de fuerza resultante. Ha vuelto en sí en el furgón, una vez cerradas las puertas. Ahora está sentado, bien fajado, ha accedido a someterse a sus acompañantes y piensa con nerviosismo en el despegue, porque es la primera vez que viaja en avión. La reaparición de Virginie y Aristide termina de desorientarlo.

—Tememos por la seguridad del vuelo —repite Virginie, para no perder el control de la situación.

—De la seguridad del vuelo ya nos encargamos nosotros —tercia el otro, el más delgado—. ¡Y ya no está agresivo, mírelo! No entiendo esta intervención, sinceramente.

—Es posible, pero no saben lo que nos ha hecho por el camino —comenta Virginie

misteriosamente para seguir preocupando al comandante—. ¡No le faltan recursos! El que avisa no es traidor.

—Os lo dejamos, si queréis —propone Aristide con deportividad.

—Insisto, lo hacemos por ustedes —repite ella, con la esperanza de disipar las dudas del piloto con ese falso aire de indiferencia.

Pero Virginie oye que su voz ha perdido sonoridad, que su farol es de una candidez digna de lágrimas. No tiene suficientes galletitas. Necesitaría aportar otros argumentos enseguida, dar más ejemplos de lo que el detenido es capaz, cantar las gestas del tayiko, seguir hablando para turbarlos, insistir un poco más para adelantarse a las objeciones y aterrorizarlos a todos. Sin embargo, no reacciona con suficiente rapidez y es el comandante el que toma la palabra.

—No es eso... —suspira, abochornado.

Ve perfectamente que el expulsado no resulta tan peligroso como se lo han pintado, y que ahora mismo no parece que vaya a serlo, reducido como está. Lanza una rápida ojeada a su alrededor. Los pasajeros disimulan mal su curiosidad, pero no manifiestan signos de solidaridad, como a veces ocurre. Si hubiera un poco de jaleo, si algunos tomaran partido por el extranjero, el piloto podría poner de nuevo en entredicho la presencia a bordo de ese hombre, con toda legitimidad. Se lo explica en voz baja a Virginie, haciéndola partícipe del secreto de las instrucciones protocolarias para enmascarar su malestar:

—Comprendo lo que me dice, ¿eh? Pero la decisión de obligar a este señor a desembarcar es complicada. Tendría que defenderla ante mis superiores, habría que informar a la prefectura. Sin embargo, ahora mismo, a tenor de la actitud del pasajero, no tengo motivos para pensar que represente una amenaza seria para la seguridad del vuelo, ¿me entiende? Va escoltado. No percibo riesgos de mal comportamiento en cabina. Si hubiera follón, ataques, si sospechara que veinte personas se moverán durante el vuelo y el centrado del avión se verá afectado, entonces de acuerdo. Pero no creo que sea el caso...

Virginie acompaña con la vista la mirada fugaz de él a toda la cabina. Siente bruscamente en sus carnes la gran violencia de la calma que los rodea. Se le está escapando la partida. Se pierde aquí, en la atmósfera serena de la aeronave, los sonidos que, absorbidos por la moqueta y los revestimientos de los asientos, no llevan consigo los lejanos latidos procedentes de la bodega, el ronquido del motor auxiliar. Toda violencia parece haber desaparecido en esa cabina de paredes abombadas, en el suave fuselaje, el pico de excitación de esas personas que marchan de viaje, profesores de lengua jubilados con polares baratos, turcos con saharianas de algodón blanco bautizadas con el nombre de un oficial inglés, aventureros de ciudad vestidos de Célio, H&M y Decathlon, burgueses bohemios de la zona este de París, tan seguros de su virilidad que usan pantalones naranjas o rosa fucsia, francesitas *middle class* con pantalones étnicos y melenas rubias con trenzas africanas que sin duda despliegan duras palabras contra la sociedad de consumo y sin embargo están depiladas como estrellas del porno.

—Tenemos visita —advierde Aristide al ver aparecer en el pasillo a la policía de fronteras.

El comandante se vuelve hacia Virginie, casi afligido. Empieza a haber demasiada gente en su avión. Entorpecen desde hace varios minutos el pasillo central por el que no pueden pasar dos personas de frente. La sobrecarga de la cola ha hecho una señal a la de la cabecera para pedirle que ralentice el embarque. Con un mohín educado, el comandante le indica a Virginie que no puede disponer libremente de su tiempo.

—El estado mayor nos ha encomendado una misión de escolta —le espeta Aristide a bocajarro a los policías de fronteras que se les han sumado.

—Y yo soy la reina de Inglaterra, pero todavía está por ver —replica el agente que lleva la

voz cantante.

Han acudido a sacar de allí a ese par de cantamañanas. Virginie adivina que solo les queda darse por vencidos, que ya han agotado todas sus palabras, todos sus recursos. Su angustia no sabe dónde concentrarse. Mira por última vez al tayiko, a ese hombre imposible que solo reacciona a contratiempo, trastornado por la tortura y el miedo, un tipo que ha caminado seis meses con el mero objetivo de contrariarla esta noche. Seguro que se pone a dar voces en cuanto salgan del avión. Asomidin Tohirov lleva retraso con respecto a todo y Virginie no puede hacer nada por él. Le sonrío dolorosamente, agachando la cabeza.

La policía de fronteras intenta rodear a Aristide, que hace barrera con el cuerpo para proteger a su compañera y ganar tiempo. Los policías se dirigen directamente a los escoltas por encima de su hombro, hacen balance con ellos.

—Nosotros tampoco entendemos nada. La situación está totalmente controlada —asegura el primer acompañante, con cuidado de permanecer sólidamente sentado para demostrar que no piensa moverse.

—No están ustedes autorizados a estar en este avión —repite el policía, reconfortado por el resumen de los escoltas.

Virginie y Aristide han invadido sus aguas territoriales. Forman parte de la misma administración, pero esto es casi un incidente fronterizo.

—¿Te sabes el chiste del perro Paf? —pregunta Aristide, presa de un repentino deseo de pelear con su nuevo amigo.

—Tienes ganas de guasa, tú.

—¿Y el chiste de Paf el de la PAF?

—Marchaos —ordena su colega con un tono que no tolera contradicción alguna.

La frase transmite un sonido ridículo por lo esencial del mandato. Marchaos, rápido. Y si bien Aristide intenta convencerlos de que él la tiene más grande, Virginie comprende que han agotado la paciencia de todo el mundo, que van a tener que ahuecar el ala enseguida si pretenden al menos salir de esta sin demasiados daños. Vuelve a girarse hacia los dos escoltas, con amargura:

—Bonito trabajo el vuestro, tíos.

Una oleada de sangre se le sube a la cara al oírse decir esas palabras.

—Alguien tiene que hacerlo —responde el primero.

—Eso es —replica el segundo—. Y que cada perro se lama su cipote.

Virginie gira sobre los talones, remonta el flujo de pasajeros que hay detrás del comandante, Aristide, los policías de fronteras, en fila india por todo el tramo central. Retroceden juntos por el pasillo, grotescos, se deslizan de perfil entre los pasajeros, a los que rozan desafortunadamente con las porras, las bombas lacrimógenas blancas, las armas letales, atrezo de una representación que no está preparada para semejante decorado.

Alertados por los agentes de seguridad, unos suboficiales paran a Aristide en la puerta del avión, lo instan a que se explique con más claridad. El exiguo cortejo se inmoviliza. Virginie oye que sube el tono. Están llevando a cabo una misión de refuerzo que emana del estado mayor de París, explica Aristide, fingiendo que ellos lo ignoran todo de los procedimientos en vigor en el Charles de Gaulle.

Reconoce la voz de Érik en la pasarela, en el exterior, cerca de la puerta de embarque. Ha ido a su encuentro, intenta sacarlos del apuro. Adiestra a los perros, se inmiscuye en la conversación antes de que esta degenere, bajando un poco el volumen. Virginie lo oye alegar que se trata de una excepción, apela a las circunstancias, al incendio del centro de internamiento de Vincennes, a la evidente falta de conocimiento de los protocolos de seguridad. Incluso profiere una risilla

que le resulta de lo más conseguida, muy natural, para calmar los ánimos y obtener la indulgencia de sus colegas. Se produce un trasvase de autoridad, en el que Aristide y Virginie no son más que meros subalternos a sus órdenes. Érik se hace responsable de la mala reacción de sus compañeros, que sin embargo partían de una buena intención, estúpida, desafortunada, pero buena intención al fin y al cabo. Pide disculpas en nombre de todos y en el suyo propio, como si eso bastara con respecto a la falta cometida, como si sus compañeros se hubiesen extraviado inoportunamente en la aeronave y el incidente ya estuviera zanjado. No pintan nada allí, eso es verdad, y de hecho, casualmente, se van ya. Maneja tan bien la situación, que incluso sabe parar las negociaciones a tiempo para minimizar aún más la algarada. Explicándose largo y tendido solo conseguiría acusarlos todavía más. El movimiento se reanuda, caótico, hasta la estrecha boca de la puerta, que Virginie franquea agachando la cabeza, atraído el ojo por una cesta de toallitas refrescantes a la entrada del avión que no había visto al entrar, un revistero con ejemplares de *Le Monde*, *La Croix*, *Libération*, *Les Échos*, *L'Opinion*, *L'Équipe*, alterada por los insignificantes detalles que proclaman que el mundo no ha parado de girar en el tiempo que ha durado su salida de tono.

Más allá, en la pasarela, Érik le pasa una mano por la espalda, impresionado tal vez por su valor, como ante alguien que ha dado realmente lo mejor de sí.

—Venga, vamos, hoy ya no das más de ti.

Reunidos los tres, caminan a buen paso, se alejan lo más rápido posible. Recorren el pasillo telescópico en el sentido inverso del flujo de pasajeros, seguidos de cerca por sus colegas del aeropuerto. Érik olfatea con nerviosismo, consciente de jugar sobre seguro con la policía de fronteras, que sin duda no se quedará allí.

—Larguémonos antes de que cambien de opinión —les suelta en voz baja a Aristide y Virginie—. Antes de que les entren ganas de ponernos a la sombra y llamar a los nuestros.

Entonces Virginie levanta de pronto la cabeza, como si fuese inmune a cualquier sanción. Hace como si esperase a sus colegas de la policía de fronteras para no distanciarse de ellos, los escudriña con un aplomo extraordinario. Podría intimidarlos, casi, tan segura parece de su justa razón. Los apunta torvamente con la mirada. Casi parece que es ella quien los acompaña al coche.

—TV12 llamando a TN12, reanudamos la comunicación. Cambio.

—TN12. Adelante.

—Los efectivos de la PAF se han hecho cargo del individuo. Volvemos a nuestro servicio.

Abandonan el aeropuerto, toman la autopista en el otro sentido. Aristide ha retomado el volante.

—¡Has dejado con dos palmos de narices a los de la PAF! —exclama, burlón, para mostrar su reconocimiento a Érik.

—Gracias —susurra Virginie para reforzar el cumplido.

—Joder, con amigos con vosotros, ¿quién necesita enemigos? —espeta Érik en un tono que pretende ser hiriente, pero que enmascara mal su alegría por haber participado en la operación.

Virginie baja la ventanilla para que el viento la zarandee, la obligue a respirar más hondo, le hinche los carrillos, le azote los labios, agotada como una actriz tras una representación demasiado larga. Delante, Érik y Aristide retoman el hilo. Hay que seguir haciendo pases en los últimos treinta metros. El Laguna 2 es una bestia parda.

Se callan al entrar en París, turbados porque las calles sigan en su sitio.

Entonces, Aristide dirige la mirada al retrovisor, le propone a Virginie dejarla en su casa.

—Voy en la moto, no me cuesta nada. ¿Cómo pensabas volver, mona? ¿En taxi? ¿En bus nocturno?

En Le Raincy, al pie del edificio de Virginie, Aristide pone el caballete a la moto.

Se quitan el casco bajo la luz mandarina de las farolas, se miran con cara de pollitos desgreñados.

Virginie se ha dejado puesto el uniforme para no verse tan pronto de paisano, emocionalmente desnuda, como si todavía contara con que la ropa la protegiera de sí misma. Se desliza en los brazos de Aristide, le abre la cazadora de cuero para rodearle la cintura, levanta la cabeza. Le pasa el pulgar por los labios para que no diga nada, para que no eche a perder el instante con un decepcionante «¡Feliz Navidad!» o cualquiera de las chaladuras de las que Aristide es capaz.

Pero él ya ha entendido que no puede competir con una mujer así; es mucho más fuerte que él, ha sido un iluso por pensar que podría convencerla de nada, sus súplicas no servirán para nada, Virginie es indestructible, y ahora, después de tan hermosa velada, tiene la sensación de que la ama, de que la ama un poquito, sentimiento extraño, nuevo, que lo debilita a la vez que le ha permitido engañar a una brigada entera de policía de fronteras, atraído hacia ella por un impulso que nunca antes había conocido, comprendiendo que está un poco enamorado de ella, eso es, esas son las palabras que se le vienen a la cabeza.

Nota que las lágrimas se le acumulan detrás de los ojos, porque él también está cansado.

Están guapos, desorientados, en esa calle desierta de Le Raincy: dos supervivientes que se sostienen la mirada para no caer. Ella lo besa en la cara, al azar, lo acibilla de besos rápidos y voraces, en la nariz, las mejillas, la boca, el mentón, y a continuación se desprende de sus brazos, le sonríe rápidamente para darle confianza, la suficiente para que vuelva a su casa sin historias, se da media vuelta y desaparece en la oscuridad del hueco de la escalera.

Virginie entra en el piso durmiente, incómoda por la inusual presencia del arma en el cinturón.

La luz de la calle basta para constatar que los muebles siguen en su sitio: el sofá en el salón, la mesita baja, el televisor de pantalla plana, las cajas de juguetes; todos los objetos que la han esperado para herirle los ojos ahora, en la penumbra anaranjada del alumbrado público. No es ya la repatriación de un hombre condenado a muerte lo que le resulta extraño, ni tampoco el hecho de haber arrastrado a dos colegas a los parajes de la ilegalidad y el desacato, ni el de haber puesto en peligro, únicamente con su descaro, cuatro o cinco servicios de un mismo aeropuerto; sino aquello, los contornos absurdos de esos objetos manufacturados, los muebles desaparecidos, las estanterías fijas a la pared, la lámpara redonda de papel suspendida del techo, la guirnalda luminosa en el ángulo vertical de la sala, la jirafa entre dos cojines del sofá.

De repente se estremece ante la idea de haberse excluido ella sola de esa vida de la que todavía formaba parte por la mañana. Ha pasado miles de veces del salón al cuarto de Maxence, pero hoy esos tres pasos se le antojan como un trayecto difícil. Más allá del perfil de remate, dos metros de moqueta la separan de su hijo. Los atraviesa con cuidado de no despertar ningún juguete bajo sus botas. Se inclina sobre la cuna, deja colgando la mano para sentir el aliento en la punta de sus dedos. Hace tanto calor que Thomas no lo ha tapado. El niño duerme apoyando todo su peso en el colchoncito, los puños cerrados, en un reflejo de prensión. Con la yema del dedo índice, Virginie roza la redondez de la mejilla para demostrarse la realidad de su existencia. Distingue a sus pies el volquete articulado que tan feliz lo hace de un tiempo a esta parte, su libro de dibujos que leen y releen hasta la saciedad, el rulo de papel de cocina que se ha entretenido en desenrollar, las pruebas correspondientes.

Deambula por la cocina, mira por la ventana que da al patio, por encima de los tejados, para asegurarse de que el cielo no se aclara todavía. No quiere creer que mañana será de día. Ahora mismo se le antoja improbable, descabellado, impensable. En un par de horas tendrá que levantarse para ir al hospital y volver enseguida. Volver a ese piso artificial. Y después de ese día, habrá otro, y otro más. Agarra el asidero de la nevera para mantenerse en pie, se queda un momento con la mano muy apretada. Tira suavemente, la resistencia de la juntura cede sin hacer ruido. Se queda inmóvil bajo la luz ártica, los ojos perdidos entre las baldas, la huevera, la mantequera. Cae en la cuenta de que no se ha despedido de Érik. ¿Qué estará haciendo en ese momento? ¿Habrà comido? ¿Estará arrastrándose por la cocina él también? Cierra la puerta, ociosa, desocupada, sin lograr decidirse, comprendiendo lo que vendrá después. Bebe un vaso grande de agua del grifo, y luego otro que no se termina, que vacía en el agujero del fregadero como quien observa desaparecer el universo. Escucha la respiración del compresor de la nevera detrás de ella, el eructo silencioso del desagüe. Teme haber oído los primeros pajarillos del alba, pero no, la noche todavía es joven.

Vacila un segundo en el quicio de la puerta. Hace amago de quitarse el uniforme, pero cambia de parecer. Entra vestida en el crepúsculo del dormitorio. Thomas duerme en calzoncillos atravesado en la cama, las sábanas apartadas, un tobillo suspendido en el vacío, fuera del

colchón. Mira la línea de sus muslos, de sus pantorrillas finas. Se dice que las piernas de los hombres son casi siempre hermosas y que no saben la suerte que tienen. Se desliza a su lado, vestida, penetra en el exiguo ruedo de la cama. Siente contra ella el calor vivo de su hombre de cabecera, ese gilipollas al que todavía quiere un poco, ese hijo de puta que todavía consigue hacerla reír y que no se lo ha currado nada en el último año y medio. Levanta la mano para acariciarle la espalda, hasta que él se da la vuelta y la besa. Ella le toca la cara en el duermevela, le roza el mentón, nota el picor de la barba incipiente. Sus labios blandos se encuentran. Ella insiste hasta que él posa un brazo en su cintura. Le da un beso cerca de la oreja, desliza la nariz por su cuello. En la penumbra, la mano de Thomas le sube por los muslos hasta el desnivel de las nalgas, tropieza con el cuero del cinturón, los relieves del arma reglamentaria en su funda que lo despiertan del todo. En su cama hay una poli que le besa la muñeca, le coge la mano, la desliza con decisión bajo la camisa para que le acaricie los pechos. Virginie siente que la mano de Thomas responde, esboza una caricia más insistente, sus senos se alzan imperceptiblemente. Ella no tiene mucha fe, duda que el deseo pueda pillarse por sorpresa de ese modo. Pero él desabrocha el pesado cinturón, baja el pantalón masculino de invierno, que cede sin oponer resistencia, hace aparecer la piel desnuda bajo las bragas, la porra telescópica, las esposas, el estuche negro del arma, sorprendido, feliz, excitado por esa criatura en uniforme que tiene al lado, salida de no se sabe qué ensoñación, como si Virginie hubiera decidido ponerlo cachondo con un arsenal de fantasías, como si él hubiera podido elegir entre la animadora sonriente, la criada complaciente, la enfermera leal, la secretaria de moño estricto y, finalmente, se hubiera quedado con la pequeña policía. El aliento de Thomas, sin ser desagradable, le parece a Virginie un perfume de realidad que la ancla a ese momento extraño. Sus dos manos se aferran a su cuello, su boca se prende de su boca, y mientras se besan hasta que les duelen los labios y él baja para besarle la cara interna del muslo, donde la piel es tan suave, el pensamiento de que quizá sea la última vez que hacen el amor cruza la mente de Virginie, porque mañana, ahora lo sabe, no irá al centro de planificación familiar de Port-Royal, lo ha decidido en la cocina, hace un momento, se lo contará todo a este hombre ignorante, que está embarazada de otro, de un colega que se llama Aristide, y la perspectiva la atemoriza, porque la verdad siempre causa estragos, porque no tiene ganas de destruirlo todo, de perder a Thomas, de hacer añicos su balbuciente familia, así que tal vez no le dirá nada, porque siempre ha sido de la opinión de que la verdad por la verdad es algo inmaduro, no sabe, ya no sabe nada en el momento en que Thomas entra en ella, por fin, y ella se aferra a su nuca, a su deseo resucitado, incapaz de decidir si ese hombre sorprendido en pleno sueño viene a salvarla o a hundirse con ella, pero esta noche, en este preciso instante, Virginie toma lo que la vida le da, y de repente sonríe, su rostro se ilumina, porque recuerda que debe cerrar los ojos y pensar en Francia.

Agradecimientos

Gracias a Alexandre, Andréa, Anne-Sophie, Axel, Bernard, Elvina, Hervé, Laurent, Marion, Marina, Mathieu, Mélanie, Rodolphe, Sarah y Sylvain, policías que han tenido la amabilidad de compartir conmigo su día a día, sus alegrías y sus penas; este texto lleva la huella de todos ellos.

Gracias a Bénédicte Desforges, teniente de policía, cuyo desgarrador testimonio en *Flic. Chroniques de la police ordinaire*, en el que relata la expulsión de un escritor rumano en tiempos de Ceausescu, sirvió de inspiración para esta historia.

Gracias a Thierry Rappeneau, David Picot y Alfred Lenglet por su abnegación absoluta a lo largo del proceso de investigación. Deseo que reciban este libro como una muestra de cariño y gratitud.

Gracias a Antoine Astruc, Baptiste Boussac, Henri Castets, Damien Couet-Lannes, Hélène Creus, Serge Evdokimoff, Jean-Michel Giuggia, Christophe Grandjean, Brice Larroque, Delphine Mozin, Arnaud Preney, Geneviève Pruvost, Didier Scalini, Dominique Teulade, Hervé Vient y Viktor Volkman por haber iluminado tanto mi camino.

Gracias a Chloé Altwegg-Boussac, Aline Angoustures, Odile Ghermani, Marie Lindemann y Marie González Pérez por haberme guiado por el laberinto de la expulsión de extranjeros y las solicitudes de asilo.

Gracias a Françoise R., azafata, por haberme hecho partícipe de su experiencia en lo relativo a expulsiones.

Gracias a Zina Hebbache, comadrona, por haberme explicado las etapas de la interrupción voluntaria del embarazo, y por haberme confiado las palabras que lo acompañan.

Gracias a Séverine Barré, Cristina Campodonico, Madeline Da Silva, Boris Lanchon-Armand, Janine y François Lanchon, Vincent Rappeneau, Géraldine Siohan y Didier Soubrier por haber intercedido amablemente en mi favor cuando lo necesité.

Gracias a Grégoire de Calignon, Christine Comeau, David Chambille, Virginie Legeay, Charlotte Sagorin y Mathilde Walton, mis amigos, mis compañeros de viaje, por sus atentas e indulgentes relecturas a lo largo de todos estos años. Os debo mucho más de lo que sería capaz de expresar.

Gracias a Juliette Joste y a Olivier Nora por su confianza desde la primera palabra.

H. B.

Título original: *Police*

Edición digital: 2020

Copyright © Éditions Grasset & Fasquelle, 2016
© de la traducción: Regina López Muñoz, 2020
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-816-8

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com